

La Hermandad de los Siete Reyes



El robo del Banco

CASI seguros estábamos de que Mme. Koluchy sabía ya que se la seguía la pista. El día del Derby la arrojé el guante muy de veras; así que era de presumir que, en adelante, había de procurar hacerme todo el daño posible, y aun quitarme de en medio. Yo vivía rodeado de una atmósfera de inquebrantable misterio, tanto más negra y más horrible cuanto que era palpable sin ser visto. Siguiendo el consejo de Dufrayer, dejé en manos de éste la tarea de desenmascarar á aquella terrible mujer. Destinó los *detectives* más astutos y más audaces de todo Londres para vigilarla en secreto, y de cuando en cuando nos traían noticias interesantes. Recogieron infinidad de indicios y datos que nos sirvieron para seguir algunas pistas, pero siempre con resultado negativo; nada podía probarse. Mme. Koluchy, con su pasmosa sangre fría, lograba eludir todos nuestros esfuerzos encaminados á acusarla directamente. Sin embargo, el dinero que gastábamos no fué del todo infructuoso. Supimos que el círculo de amigos y conocidos de Mme. Koluchy, y la influencia que ejercía,

eran mucho mayores que lo que nos habíamos imaginado. La fama de sus maravillosas curaciones, de sus inmensas riquezas y de su belleza extraordinaria se extendía cada vez más, y yo tenía la certeza de que algún día me había de encontrar con ella, con aquella endiablada mujer. Quiso el destino que sucediera así antes y de la manera más inesperada que me podía haber figurado.

A principios del siguiente mes de noviembre fuí invitado á comer en casa de mi antiguo amigo Enrique Debrett, el cual tenía bastante más edad que yo y hacía poco tiempo había sucedido á su padre en los negocios de banquero.

El Banco estaba situado en el patio de Saint-Mark, en la calle de Gracechurch.

Pocos días antes había yo leído en los periódicos una noticia diciendo que el duque de Friedeck, un noble extranjero, había pedido la mano de Geraldine, la hija única del conocido banquero Enrique Debrett, á quien yo conocía desde muy niña, y me alegré de que se hubiera presentado ocasión de ofrecerla mis felicitaciones y mis respetos.

A la hora convenida me dirigí al hermoso chalet de mi amigo, en Bayswater, y cuando entré en la sala, Geraldine, que estaba al lado de su padre, se adelantó con él á recibirme. Era una joven muy bonita. De cutis moreno y delicado, pelo negro y ojos grandes y expresivos, tenía los modales y la candorosa de una colegiala. Se mostró muy contenta al verme, y en seguida comenzó á darme conversación.

—Venga usted á sentarse aquí á mi lado, Mr. Head, me dijo alegremente. ¡Cuánto celebro que haya usted venido! Quiero que conozca usted á Karl, digo, al duque de Friedeck; no tardará mucho en llegar. Supongo sabrá usted ya que nos casamos muy pronto, añadió bajando la voz.

—Lo leí en los periódicos, contesté, y le doy la más sincera enhorabuena. Tendré mucho gusto en conocer al duque, cuyo nombre he visto estampado muchas veces en las revistas de sociedad.

—Pues él también tiene deseos de hablar con usted. Le dije que venía usted y...

Calló de repente.

—Pero el duque no me conoce á mí, dije sorprendido.

—Creo que sí, á lo menos de nombre, contestó Geraldine. Se interesó mucho cuando hablé de usted. Le pregunté si había sido presentado á usted y me dijo que no, pero que era usted muy conocido en los círculos científicos. Karl es muy aficionado al estudio de las

ciencias y sé que le gustaría charlar con usted. Creo, Mr. Head, que serán ustedes buenos amigos.

En aquel momento fué anunciado el duque. Era un hombre alto y bien parecido; representaba unos treinta y cinco años de edad y tenía el color algo subido, los ojos azules y el pelo rubio del teutón. Vestía



KARL, ESTE SEÑOR ES NUESTRO AMIGO MR. HEAD

muy bien, y á primera vista se advertía en él ese aire de buena educación que revela al caballero y hombre de mundo. Le examiné con curiosidad y hubiera jurado haberle visto antes, aunque no recordaba cuándo ni dónde.

Después de saludar á Debrett se acercó á Geraldine, la cual exclamó:

—Karl, este señor es nuestro amigo Mr. Head, de quien hablamos esta mañana.

El duque se inclinó, diciendo cortésmente:

—Tengo mucho gusto en conocer á usted, Mr. Head. Su nombre de usted es muy apreciado en el mundo científico.

—Casi me parece eso imposible, duque, respondí, pues aunque aficionado á las investigaciones científicas, hasta ahora he trabajado sólo por placer.

—No obstante, replicó, el mundo conoce alguno de sus más notables trabajos. Yo también soy muy aficionado á la ciencia, pero sin fruto, amigo mío, sin fruto. Ultimamente había establecido mi laboratorio particular, pero ahora otros asuntos...

Calló de repente y dirigió una mirada á Geraldine, la cual, sonriendo dulcemente, se ruborizó.

Poco después anuncióse la comida. El duque se sentó enfrente de mí y pude observar que conversaba perfectamente. Todos los asuntos que se abordaron supo tratarlos con ingenio y acierto, y en más de una ocasión sus observaciones eran brillantes y graciosas. Geraldine, con su vestido blanco, sus dulces ojos algo tristes y su carácter afable y cariñoso, formaba vivo contraste con aquel astuto hombre de mundo.

Mirándolos alternativamente á uno y otro sentí una intranquilidad que yo mismo no podía explicarme. A pesar de su bondadosa apariencia y de sus maneras finas y elegantes, no pude menos de pensar si sería posible que aquel hombre que le doblaba la edad á Geraldine pudiera hacerla feliz.

Durante la comida noté que el duque me miraba más de una vez con marcada atención, y que, si por casualidad nuestras miradas se cruzaban, volvía la vista en seguida. No acababa de comprender cómo era posible que el duque hubiese oído hablar anteriormente de mí, pues aunque muy aficionado á la ciencia, nunca había dado á conocer al mundo mis investigaciones. Era aquel un misterio que me propuse aclarar en la primera ocasión que se presentase.

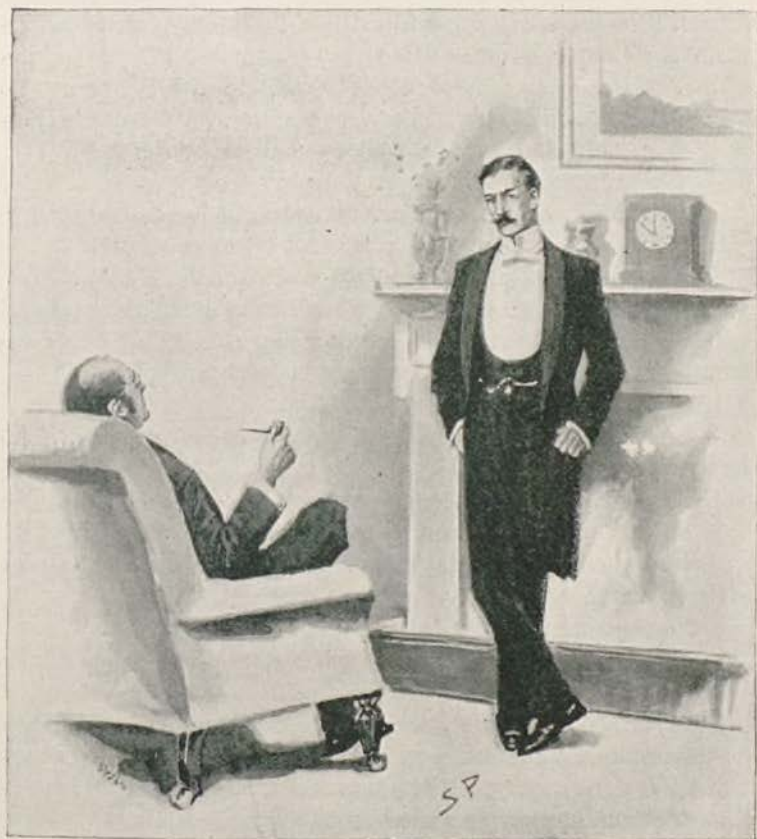
Poco después de las once los convidados comenzaron á desfilas, y yo me disponía á hacer lo mismo cuando Debrett me invitó á fumar un cigarro en su despacho particular. Acepté la invitación, y en cuanto quedamos solos comenzó á hablarme de su futuro yerno, diciendo:

—¿Qué le ha parecido á usted el duque? Creo que es todo cuanto se puede pedir, ¿verdad?

—Ya sabe usted, Debrett, que no me gusta formar juicios prematuros, contestó. El duque tiene un aire distinguido y...

—¡Vaya, vaya! Es usted demasiado receloso, Head. Le aseguro á usted que es todo cuanto se puede pedir, un excelente partido para mi

niña. Por supuesto, Geraldine tendrá un buen dote; pues el duque, no sólo es de familia distinguidísima, sino también muy rico. Procede de Baviera y su título data de muy antiguo. Poco después de las famosas guerras del Duque de Malborough, y casi á continuación de la



ES UN EXCELENTE PARTIDO PARA MI NIÑA

batalla de Blenheim, el gobierno austriaco se apoderó del ducado de Friedeck, y hasta muy recientemente la familia ha vivido en el destierro; pero el año último, el duque tuvo la suerte de recobrar sus derechos y estados. Nada menos que la famosa Mme. Koluchy fué quien me presentó al duque. ¡Ah! veo que se impresiona usted. ¿Habrás usted oído hablar de ella, verdad?

—¿Quién es el que no habrá oído!...

—¿La conoce usted?

—La conozco, respondí bruscamente. Me costaba muchísimos disimulos la excitación que se apoderaba de mí al oír el nombre de aquella mujer.

—Un día de la semana próxima comerá con nosotros, prosiguió Debrett. ¡Qué mujer tan maravillosa! Sus curas son poco menos que milagrosas; aunque, después de todo, eso resulta en ella lo menos interesante. Es tan encantadora, tan bondadosa, tan afable, que no sólo los hombres la adoran, sino también las mujeres. Geraldine está entusiasmadísima con ella.

—¿Dónde conoció usted á Mme. Koluchy?

—En Escocia, el año anterior. Se trata con los de Campbell, y estuvo allí al mismo tiempo que nosotros. Friedeck era también uno de los convidados. Si es amiga de usted, como parece, Head, véngase usted á comer con nosotros el jueves. Vamos á Manor Forest, mi casa de campo en Essex. Tendremos muchos convidados y madame Koluchy nos ha prometido pasar un par de días con nosotros. ¿Vendrá usted?

—Gracias, no me será posible. Ciertó que conozco á Mme. Koluchy, pero...

Callé súbitamente, pues temí que se me fuera la lengua.

—No trate usted de averiguar las causas, amigo Debrett, añadió, pero si he de ser franco, la noticia que acaba usted de darme me ha impresionado mucho.

Debrett me miró sorprendido.

—¿Pues qué le pasa á usted, amigo Head? ¿Está usted hechizado con los encantos de la mujer más preciosa de Londres?

—Dejemos eso á un lado, Debrett, dije después de unos momentos de silencio. Tengo motivos para interesarme mucho en este asunto, pero no puedo ser más explícito esta noche. Haga usted el favor de contarme todo cuanto sepa acerca del duque de Friedeck.

—¿Qué raro me está usted resultando esta noche! Sus observaciones parecen insinuar algo misterioso relacionado con Mme. Koluchy. ¿Quiere usted saber qué opino del duque? Pues bien, nada tengo que decir en contra suya. Es muy rico, y algunas veces juega á la Bolsa, pero poca cosa. Hace ocho días solicitó un préstamo en mi Banco, y depositó en garantía los mejores brillantes que jamás he visto. Cada uno de ellos vale una fortuna, y todos pertenecen á la familia hace algunos siglos. El duque los trajo de Baviera, y piensa mandarlos engarzar de nuevo para ofrecérselos á Geraldine como regalo de boda.

—¿A cuánto asciende el préstamo? pregunté.

Debrett hizo una mueca de disgusto, por la que comprendí que había ido demasiado lejos en aquella especie de investigación.

—Comparado con la garantía, el préstamo fué insignificante, respondió; diez mil libras esterlinas, que Friedeck me devolverá la semana próxima, pues quiere recobrar los brillantes muy pronto, antes de la boda.

—¿Y cuándo se celebrará ésta? pregunté con vivo interés.

—Eso es lo que me tiene disgustado, Head. Bien sabe usted lo que mi hija ha sido para mí desde que murió su madre. Pues el duque se empeña en llevársela antes de Navidad, á fin de pasar las Pascuas, al estilo feudal, en el castillo de Baviera. Será un golpe terrible para mí la separación de Geraldine, pero me consuelo pensando que será feliz. Jamás encontré un hombre con quien me haya encariñado tanto ni tan pronto como con Friedeck. Respecto de mi hija, ya habrá usted observado que le quiere mucho.

—Sí, lo he observado. Y con permiso de usted, amigo Debrett, me retiro, añadí, mas no sin asegurarle que siento el más vivo interés por todo lo que se relaciona con usted ó con Geraldine.

Nos despedimos cariñosamente, y un momento más tarde tomaba un coche para dirigirme á casa de Drufayer, en la avenida Shaftesbury. Acababa de llegar y me recibió con los brazos abiertos.

—¿Qué feliz casualidad! exclamó. Ahora mismo pensaba ir á casa de usted, amigo Head.

—Pues yo vengo á hablarle de un asunto importantísimo. Ante todo, dígame usted: ¿tiene noticia del duque de Friedeck?

—¿El duque de Friedeck? exclamó Dufrayer. Precisamente era de él de quien quería hablar con usted. Supongo habrá usted visto en los periódicos la noticia de su próximo enlace.

—Sí, Geraldine Debrett, su prometida, es hija de mi amigo Enrique Debrett. Vengo ahora de comer en su casa, donde he conocido al duque, y allí he sabido que Mme. Koluchy fué quien se lo presentó á mi amigo. Bastaría esto para despertar mis sospechas, pero creo que usted tiene algo que comunicarme. ¿Qué ha sabido usted?

—Tome usted asiento, Head, respondió mi amigo. Ya está usted enterado de que los agentes vigilan á Mme. Koluchy; pues bien, es indudable que el duque de Friedeck es uno de sus cómplices, y me inclino á creer que preparan algún nuevo golpe.

—Así opino también yo, pero continúe usted.

—Iba á dirigirme á casa de usted para preguntarle si recordaba el nombre, por sus antiguas relaciones con *La Hermandad*.

—No, no lo recuerdo; pero el nombre no significa nada. El hombre tiene tipo distinguido y parece un perfecto caballero. Cuando entró en la sala de Debrett llegó á parecerme que le había visto antes, pero pronto se desvaneció aquella idea, y antes de saber que había sido presentado á mi amigo por Mme. Koluchy, llegó á despertar mis sospechas por las miradas recelosas que me dirigió mientras comíamos. Ahora le considero muy peligroso, y creo que intenta algo mucho más grave de lo que parece.

—Es indudable, dijo Dufrayer, que tiene mucho dinero y que frecuenta la más alta sociedad, aunque también se sabe que lleva una vida muy alegre. Tira en Hurlingham, tiene coches, alquila un coto en Escocia durante las cacerías y dispone de magníficas habitaciones en el hotel Cecil. Por lo demás, únicamente consta que se le ve con frecuencia en compañía de Mme. Koluchy.

—Lo cual es muy bastante, amigo Dufrayer, contesté. Friedeck es uno de los satélites de madame, y por consiguiente no hay duda de que intentan alguna nueva diablura.

—Estamos conformes, y por mi parte creo más: creo que el falso duque no es sino otra cabeza de esta moderna Medusa, en cuyo caso deberíamos avisar á Debrett.

—Le hubiera avisado esta noche, pero necesito más pruebas. ¿Cómo pudiéramos obtenerlas?

—Los agentes hacen todo lo posible, no pierden de vista á madame Koluchy.

—Pero esa mujer es capaz de engañar al mismo demonio, repuse amargamente.

—Es verdad, y tal vez sería fatal para nosotros que tirásemos de la manta antes de tiempo. No podemos hacer absolutamente nada hasta haber adquirido pruebas más convincentes. La cuestión es cómo hemos de adquirirlas.

—Por mi parte he de procurarlo con afán. He conocido á Geraldine desde que era una niña, es una criatura angelical y no tiene madre que mire por ella. El riesgo que en estos momentos corre de perder la felicidad para siempre es demasiado grave para mirarlo con tranquilidad. Si tuviera tiempo, yo mismo iría á Baviera para averiguar si es cierto lo que cuenta el duque. ¿Por qué no envía usted á uno de sus agentes para que indague si existen los supuestos estados?

—Lo enviaré.

—Mientras tanto vigilaré yo, y si se presenta ocasión esté usted seguro de que avisaré á Debrett.

Poco después me despedí de mi amigo y me retiré á mi casa.

Pasé algunos días muy intranquilo y preocupado, pero por más vueltas que le daba al asunto no veía ninguna solución.

Los agentes continuaron recogiendo datos é indicios, aunque inútilmente, porque no servían para nada, y mientras tanto el nombre de Mme. Koluchy sonaba en todas partes, y siempre con elogio, como si á todo el mundo tuviera fascinado. Sus atractivos personales eran sus mejores armas.

El martes siguiente bajaba yo por la calle de Oxford, cuando noté que un landó se detenía cerca de la acera, y al fijarme en la persona que lo ocupaba, vi que era Geraldine Debrett.

—¡Mr. Head! exclamó al verme, precisamente descaba encontrar á usted. Venga usted acá, que tengo algo que decirle.

Me acerqué, nos saludamos y añadió:

—No sabe usted lo que hemos sentido que se haya usted negado á venir el jueves. Papá y yo vamos á Manor Forest á fin de disponerlo todo para recibir á nuestros convidados, que serán numerosos. Encarrecidamente le suplico á usted que venga y espero que no me desairará.

Traté de adivinar la verdadera causa de aquella insistencia, y entonces la joven, tomándome una mano, prosiguió:

—He de decirle la verdad. Tengo muchísimos deseos de que venga usted, pero no soy la única que los tiene. Mme. Koluchy... ¿la conoce usted?

—¿Quién no la conoce, Geraldine!

—Pero usted más que otros. Ya sé que Mme. Koluchy es muy amiga de usted, me lo ha dicho ella misma. Hace una hora estuve en su casa y he comprendido que tiene grandes deseos de encontrar á usted en la nuestra el jueves próximo. Tanto insistió, que tuve que prometerla que le haría á usted venir. De manera que ó viene usted ó me hará faltar á mi promesa.

—¿De veras tiene Mme. Koluchy tanto empeño? pregunté. Estaba comprometido para el jueves, pero será lo que usted quiera; no puedo negarle á usted nada.

—Gracias, gracias, dijo la joven con marcada satisfacción. Madame Koluchy dudaba que lograra hacerle venir á usted, pero yo sabía que á mí me había usted de complacer.

—Y en el caso de que no nos hubiéramos encontrado, ¿qué pensaba usted hacer, Geraldine?

—Pensaba ir á su casa, pensaba haber puesto todos los medios para cumplir mi promesa. La reunión no estaría completa faltando usted. Lo mejor será que venga usted desde el mismo Banco con papá, á quien encargaré que pase á ver á usted para decirle la hora en que



HE DE DECIR Á USTED LA VERDAD

saldrá de aquí. Un millón de gracias, Mr. Head, me ha hecho usted un gran favor.

Y se despidió de mí muy cariñosamente.

Con lo que Geraldine acababa de decirme no era ya posible dudar: Mme. Koluchy intentaba una nueva diablura. Tenía, por lo visto, muy poderosos motivos para desear que el jueves estuviera yo en casa

de Debrett y se había servido de Geraldine como intermediaria para conseguirlo. La sangre me ardía en las venas; era necesario poner en autos á Debrett.

Tomé un coche, para que me condujera inmediatamente al Banco, y poco después de las doce me encontré en la calle de Gracechurch. Desde allí entró el cochero por una calleja que conducía á la plazuela de Saint-Mark, donde me apeé y despedí el coche. Aquella calleja no tenía salida, pero había otra que conducía igualmente al Banco, desde la calle de Gracechurch, paralela á la otra por donde me condujo el cochero y separada sólo por una manzana de casas que terminaba á unos cincuenta pies de los edificios situados al otro lado de la plazuela.

Aunque trataba tanto á Debrett hacía tiempo que no había estado en el Banco. Entré en éste y pregunté por mi amigo al ordenanza, á quien entregué mi tarjeta. Desapareció el ordenanza por una puerta, y pocos momentos después volvió rogándome que le siguiera hasta el despacho particular de Debrett.

—¡Bien venido sea usted, Head! exclamó mi amigo abrazándome. ¿A qué se debe el honor de esta visita? Siéntese usted. Precisamente quería yo hablar con usted, porque Geraldine...

—Acabo de estar con ella, respondí, y casi á nuestro casual encuentro se debe el que venga á molestarle á estas horas.

—¿Molestia? de ninguna manera; usted no molesta nunca.

—Muchas gracias.

—Como decía, amigo Head, quería estar con usted, porque Geraldine tiene grande empeño en que venga usted á Manor Forest el jueves, y me proponía rogarle que lo dejara usted todo para complacerla. El duque le aprecia á usted mucho, y como conoce usted tanto á Mme. Koluchy, todos nos alegraremos de que venga usted, siquiera por un par de días.

—Se lo he prometido á Geraldine ya, pero no es eso lo que aquí me ha traído. He venido á hablar con usted de un asunto muy delicado, y cualquiera que sea la impresión que le haga lo que voy á decirle, suplicole me oiga en confianza.

—Explíquese usted, porque no le entiendo.

—Estoy intranquilo, amigo Debrett, muy intranquilo, pero no puedo exponer todavía el motivo de mi intranquilidad. Usted está satisfecho con la boda de su hija; pues bien, yo tengo razones para dudar de la lealtad del duque. ¿Cuáles son esas razones? No puedo revelarlas; pero por el interés que me inspira la felicidad de Geraldine, debo

advertir á usted que ande con mucho cuidado en sus tratos con el prometido de su hija.

Debrett me contemplaba asombrado.

—Si fuera otro, dijo, el que se atreviera á hablarme así, le pondría en la puerta de la calle ahora mismo, amigo Head. ¿Comprende usted la gravedad de lo que acaba de decirme? Necesito conocer los motivos que tiene usted para hacer esa declaración.

—Por ahora es imposible. Sólo puedo manifestar que los motivos existen y que son gravísimos. Procure usted, por de pronto, conocer todos los antecedentes del duque.

—Nunca hasta hoy, amigo Head, y ya hace años que nos tratamos, le he visto á usted tan desacertado. Sus palabras me ofenden, créalo usted, y es imposible que esta situación se prolongue. Esta misma tarde, en cuanto vea al duque, le haré conocer lo que acaba usted de decirme.

—Espero que no lo hará usted así, repuse; acuérdesse de que le he hablado en confianza.

—Es que no creo que puede hablarse de ese modo sin exponer al mismo tiempo los motivos.

—Los sabrá usted.

—¿Cuándo?

—El jueves por la noche. ¿Quiere usted tener en secreto nuestra conversación hasta entonces?

—Me han molestado mucho sus palabras, Head; pero, sin embargo, esperaré. Sentiría alarmar sin fundamento á Geraldine, y estoy seguro de que vive usted equivocado. ¿No conocía usted al duque hasta que le vió en mi casa?

—Repito que ahora no puedo decir más; tenga usted calma hasta el jueves por la noche.

Nos levantamos, y al despedirme noté cierta frialdad en Debrett.

De regreso en mi casa, y después de meditar profundamente, resolví, si no descubrir al duque, decir por lo menos lo que sabía de Mme. Koluchy. Si Geraldine llegaba á casarse con el duque, lo haría sabiendo su padre la conducta y los antecedentes de la mujer que lo presentó en su casa.

Al levantarme el jueves por la mañana encontré á Londres envuelto en una de las más densas nieblas que jamás se han conocido.

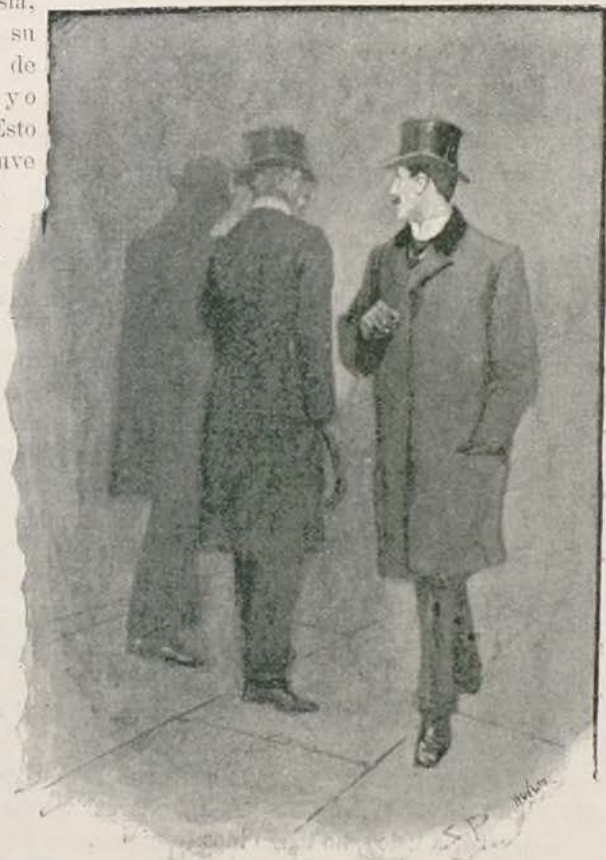
A primera hora recibí un telegrama de Debrett que decía así:

«Venga usted al Banco para las cuatro y cuarto lo más tarde».

Poco después de las tres salí de casa á pie, y sin hacer uso del

tranvía ni de ningún carruaje me dirigí al Banco. Llegué á la plazuela de Saint-Mark algo antes de la hora señalada, y ya me acercaba al edificio cuando, á consecuencia de la densidad de la niebla, dos hombres tropezaron violentamente contra mí. Uno de ellos se disculpó con cortésia, pero continuó su camino antes de que pudiera yo responderle. Esto no obstante, tuve tiempo suficiente para distinguir sus facciones: era el duque de Friedeck.

Al otro lado de la estrecha plazuela, y enfrente del Banco, noté un rayo de luz que brillaba tenuemente en la oscuridad. Atravesé la plazuela para ver de dónde procedía, y vi con sorpresa que salía de la puerta entreabierta de una



TUVE TIEMPO SUFICIENTE PARA DISTINGUIR SUS FACIONES

antigua casa de comidas llamada *El Gallo*. En el momento en que me acercaba á la puerta, los dos hombres que habían tropezado conmigo entraron en la casa.

Volví hacia el Banco, penetré en él y me dijo el director:

—Mr. Debrett tuvo que salir hace poco más de una hora, pero ha encargado que haga usted el favor de esperarle aquí. A más tardar, pensaba volver para las cuatro y media.

Me senté en el despacho del director, un ordenanza me trajo el *Times* y me acerqué á la chimenea.

De cuando en cuando oía decir á los dependientes que entraban y salían que la intensidad de la niebla aumentaba por momentos.

Una hora próximamente transcurrió así. El Banco, según costumbre, había sido cerrado á las cuatro, pero el personal estaba ocupado en arreglar los papeles y poniendo en orden las oficinas antes de retirarse. Vaciaron las diversas cajas, y los encargados depositaron el dinero en los sótanos, donde se hallaban las arcas.

Daban las cinco cuando se oyó el rodar de un carruaje, el cual se detuvo ante la puerta del Banco; era una magnífica berlina. Se apeó el lacayo y presentó una carta al portero, quien la trajo al despacho del director. Era para mí. Al ver que la letra era de Debrett, la abrí apresuradamente y leí las siguientes líneas:

«Querido amigo: Un asunto inesperado, pero de importancia, me obliga á detenerme en el Banco del Comercio, Broad Street. Por eso mando la berlina en busca de usted. Haga el favor de venir en ella, que le espero aquí. Pida usted á Derbyshire las llaves de la arquita. Se las entregará después que haya cerrado el cuarto-depositaria. Suyo afectísimo, *Henry Debrett*».

Me dirigí á Derbyshire (el director), hombre de edad avanzada y de aspecto grave, y le dije:

—Mr. Debrett me encarga que lleve las llaves de la arquita.

—Me extraña, contestó mirándome sorprendido, porque Mr. Debrett no las suele llevar nunca. Las llevamos siempre Mr. Frome ó yo. Mr. Debrett suele decir que le estorban.

—Vea usted lo que escribe en la carta, agregué entregándosela.

La leyó el director y me dijo:

—¿Me permitirá usted que la conserve? Es tan raro que Mr. Debrett lleve las llaves, que me gustaría guardar la carta...

—Guárdela usted, no tengo inconveniente.

—Gracias. Aun tardaremos unos minutos, porque todavía no están vaciadas todas las cajas. En la arquita guardamos siempre todas las llaves.

Los empleados se dieron prisa, acabaron pronto su trabajo y á las cinco y veinte entraba yo en la berlina con las llaves de la arquita en el bolsillo.

El carruaje tuvo que andar muy despacio, porque la niebla era cada vez más densa. De pronto, y cuando tomaba la dirección de Broad Street, comencé á notar una extraña sensación. Tenía la cabeza

mareada, y una extrema debilidad parecía querer apoderarse de mis nervios. La atmósfera de la berlina era malsana y despedía un olor muy desagradable. ¿Cómo no lo había notado antes? Me sentía cada vez peor y procuré llamar la atención del cochero, pero inútilmente; no me oía. Traté de abrir las portezuelas, la ventanilla... y no lo pude conseguir. ¿Qué era aquello? Intenté romper los cristales, pero me faltaron las fuerzas. En mi atolondramiento veía desfilar, como en horrible fantasmagoría, el Banco, Debrett, las llaves de la arquita, el recuerdo de Geraldine, el peligro que la amenazaba... hasta que perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí me encontré tumbado en un solar del barrio de Putney. Al principio no podía darme cuenta de nada, pero pronto lo recordé todo: el duque de Friedeck, el Banco, Geraldine. Me puse de pie, registré mis bolsillos y quedaron confirmadas mis más negras sospechas. ¡Me habían robado las llaves de la arquita! El dinero y el reloj estaban intactos, pero las llaves habían desaparecido. ¿Qué debía hacer?

Me dirigí á la estación más próxima y allí supe que eran poco más de las once. Sin duda había recobrado el conocimiento mucho antes de lo que habían calculado los autores de aquel infame y cobarde atentado.

Tomé el tren para la City y en el camino resolví lo que había de hacer. Avisar á Debrett era imposible, porque ya no estaría en Londres. Perder el tiempo yendo á visitar á Dufrayer no me convenía. Era indudable que el Banco se hallaba en peligro, y decidí volar al Banco. Se me ocurrió que los cómplices de Mme. Koluchy habían elegido la casa de comidas de la plazuela de Saint-Mark para punto de reunión, y resolví disfrazarme y entrar allí. Como sabía el santo y seña de *La Hermandad*, no esperaba hallar entorpecimiento ninguno. Lo demás, ya veríamos.

Al apearme del tren tomé un coche y me dirigí á un teatro, cuyo director era amigo mío. Le expliqué lo ocurrido, y se ofreció muy pronto á ayudarme en todo cuanto le fuera posible. Al cabo de unos momentos salí de allí completamente transformado.

Unos toques y rayas en la cara me hacían aparecer mucho más viejo; cubrí mi cabeza con una peluca negra, y con el cutis teñido de color aceitinado, y envuelto en un largo gaban con cuello alto de piel, apenas si yo mismo me hubiera conocido. Por último, metí en el bolsillo un revólver cargado, y creyéndome dispuesto para todo cuanto pudiera acontecer, me encaminé á la plazuela de Saint-Mark.



Era ya cerca de la una de la madrugada, y la niebla era aún más densa que durante el día. Pocos hombres hay que conozcan á Londres mejor que yo; sin embargo, en aquella peligrosa marcha me extravié más de una vez. Por fin, me encontré frente al Banco. Respiraba con mucha dificultad; hasta los pulmones y me ha mientras que me lloraban

Cuando entré en la plazuela del sereno encargado ante la noche. Sin de plazuela en dirección á las, cuya puerta es la ventana baja salía luz. Llamé, abrí y abrí preguntó Pronuncié de *La Hermita* admitido vacilación

—¿Vie busca de al dijo aquel ho

En el mismo to que pronunció bras, un rayo de mi mente. He dicho que, cuando el duque primera vez en la casa De Brett, se me ocurrió la primera ocasión en entonces, repentinamente, quién era el tal duque.

Salí de allí completamente transformado Durante mi estancia en Nápoles, un joven inglés, llamado Drake, frecuentaba los salones de Mme. Koluchy; pues bien, Drake y el duque de Friedeck eran uno mismo.

—Vengo á ver á Mr. Drake, respondí con firmeza.

—Mr. Drake está arriba, añadió sin el menor asomo de recelo. ¿Subirá usted ó quiere que le avise que está usted aquí?

—Subiré solo. Está en el...



la niebla me penetraba en la garganta, los ojos.

zuela sentí las firmes pizuelas de vigilar el edificio du-

tenerme crucé la casa de comitaba cerrada; por un débil rayo de acudió un homiendo la puerta me qué se me ofrecía. el santo y seña mandad, y fui en seguida sin de ningún género.

ne usted en guien? me mbre.

mo momen- estas pala- luz iluminó cho antes entró por

la de mi amigo que no era aquella que yo lo veía, y en-

recordé muy bien

Durante mi estan-

cia en Nápoles, un joven inglés, llamado Drake, frecuentaba los salo-

nes de Mme. Koluchy; pues bien, Drake y el duque de Friedeck

eran uno mismo.

—Vengo á ver á Mr. Drake, respondí con firmeza.

—Mr. Drake está arriba, añadió sin el menor asomo de recelo.

¿Subirá usted ó quiere que le avise que está usted aquí?

—Subiré solo. Está en el...

—En el cuarto del tercer piso que da á la calle.

Volvió al comedor y le oí cerrar la puerta. Yo, sin vacilar un momento, subí la escalera.

El primero y el segundo piso estaban completamente á oscuras; pero al llegar al tercero encontré entreabierta una puerta, por la que salía alguna claridad. Entré y vi que ésta procedía de la luz de un quinqué colocado sobre una mesa de pino, casi el único mueble que había en la habitación.

Mientras meditaba qué debería hacer, oí voces y pisadas de hombres que subían por la escalera. Entonces me dirigí á un armario grande que ocupaba un rincón, y hallándole vacío me metí dentro.

Saqué del bolsillo el revólver y estuve esperando sin dejarle de la mano. Calculé que lo probable era que el portero había

avisado al duque mi llegada, y que siendo así me buscarían y tal vez abrirían el armario. Eran tres ó cuatro por lo menos, y si me encontraban allí indudablemente entre todos no tardarían en quitarme la vida. ¿Por qué no habría yo avisado al sereno para que me hubiese ayudado?

Los hombres entraron en el cuarto y su conversación me tranquilizó. Hablaban como si yo no existiera. Comprendí que el portero



ME METÍ EN EL ARMARIO

había creído suficiente que conociera yo el santo de *La Hermandad*, y ni siquiera se molestó en decirles que había venido alguien.

Uno de los hombres se acercó á la mesa, cogió el quinqué, y dándole toda la luz posible, lo colocó en la ventana diciendo:

—Creo que será suficiente para nuestro objeto. Con esta niebla tan densa se necesita una buena luz; de lo contrario, el gancho pudiera errar.

—Cuanto mayor sea la intensidad de la niebla más seguro será el éxito, repuso una voz, que en seguida conocí era la del duque. Cuando ustedes quieran, señores, añadió; por mi parte, estoy listo.

—Bueno, contestó el primero. Yo pasaré á casa de Bell y sujetaré la cuerda á la barra de la ventana. Pasará usted tan derecho como el péndulo de un reloj, Drake; no tenga usted cuidado. Caerá usted sobre la ventana con exactitud matemática. ¿Tiene algo más que decirme?

—Nada, exclamó Friedeck, sino que procure usted terminar pronto su trabajo. Distinguirá usted perfectamente esta luz. Yo esperaré aquí para recibir el pestillo de la ballesta con el hilo de bala.

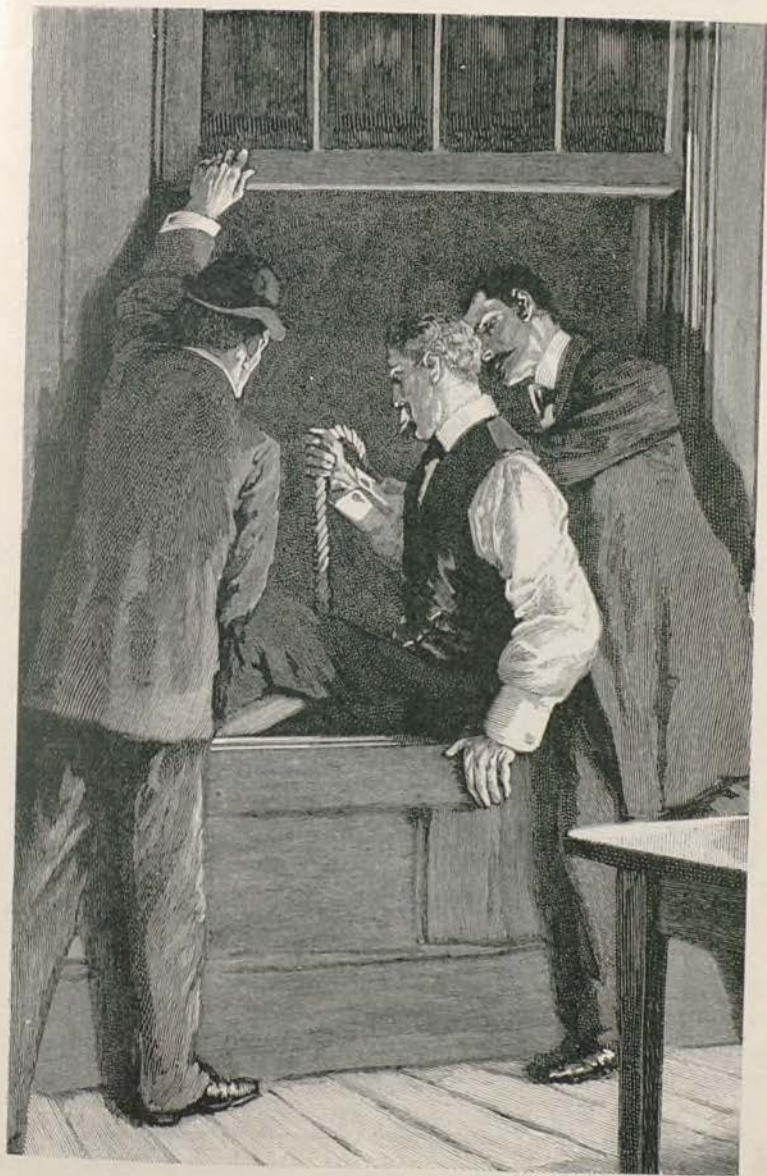
—Está bien. Cuando alcance el pestillo procure tirar con gran fuerza, pues la cuerda estará atada al hilo de bala. Aquí está el madero atravesado, no tienen más que hacer que sujetarlo fuertemente á la cuerda y pasará usted columpiándose hasta el otro lado.

El encargado de lanzar el pestillo á la ventana del cuarto salió y oí sus pisadas al bajar la escalera. Por una rendija del armario pude observar lo que hacían los tres restantes. Abrieron silenciosamente la ventana, y aunque procuraban disimularlo se adivinaba que estaban muy excitados.

Al cabo de unos momentos llegó á mis oídos una exclamación de alegría, lanzada por el duque, y vi que alguna cosa había entrado por la ventana. El y sus compañeros comenzaron á tirar de un hilo de bala, al que venía amarrado una cuerda gruesa de andamio. En seguida el duque se quitó la levita; sujetaron un madero atravesado á la cuerda; agarraron ésta por la parte de afuera de la ventana; Friedeck se subió al antepecho, pasó las piernas por encima del madero y desapareció.

¿A dónde había ido? ¿Qué pensaba hacer? Ambas cosas eran un misterio para mí.

Los dos hombres que quedaron en el cuarto se detuvieron unos instantes cerca de la ventana, la cerraron luego y apagando la luz se marcharon. Les oí bajar la escalera, pero después un silencio sepulcral reinó en toda la casa.



EL DUQUE SE SUBIÓ AL ANTEPECHO Y DESAPARECIÓ

Escuché atentamente, salí del armario y me aproximé á la ventana. Tan densa era la niebla, que no se distinguía nada absolutamente. El Banco de sin duda alguna; y sus cama-
drones;



LEVANTÓ LA LINTERNA EN EL AIRE PARA VERME
LA CARA

—Está ocupado, no se le puede ver, dijo acercándose con una linterna sorda en la mano.

Y antes de que yo pudiera evitarlo, la levantó en el aire para verme la cara.

Tal vez conoció que estaba disfrazado; pero sea como fuese, por

Debrett peligraba el duque Friedeck radas eran unos la- pero no acababa de comprender la significación de la ballesta, de la cuerda, del pestillo, del madero atravesado ni de la desaparición del duque. Sin embargo, resolví en seguida lo que había de hacer: avisar inmediatamente al sereno, cuyas pisadas resonaban aún en la plazuela. Corrí escalera abajo, procurando hacer el menor ruido posible, y cuando ya había llegado á la puerta de la calle y tenía en la mano el pestillo, me detuvo una voz preguntando:

—¿Quién va?

—Voy en busca de Mr. Drake, respondió.

la expresión de sus ojos comprendí que mi presencia le alarmaba. Lanzó un silbido particular, y al instante aparecieron otros tres hombres. El primero les dijo algo que no pude oír, y entonces los cuatro se arrojaron sobre mí. Gracias á que la puerta no estaba cerrada con llave pude abrirla precipitadamente y salir á la plazuela.

Favorecido por la densa niebla me creía ya en salvo, cuando un terrible golpe, recibido por detrás en el cráneo, me dejó sin conocimiento por segunda vez en aquellas horribles veinticuatro horas.

Cuando recobré el sentido me encontré en la cama de una sala de hospital.

—¡Gracias á Dios! exclamó al verme abrir los ojos el médico que me asistía. Ahora ya me parece que no habrá nada que temer. ¡Vaya un golpe el que le dieron á usted en la cabeza! Pero no se apure usted, que pronto comenzará á mejorar.

Mis ideas eran tan confusas, que no acertaba á coordinarlas. Lo único que pude comprender fué que muchas personas se movían á mi alrededor y que era muy de día.

Transcurrido un rato se acercó una hermana y me preguntó cariñosamente:

—¿Que tal? ¿Se encuentra usted mejor? ¿Sufre usted?

—No, gracias, no sufro, hermana, respondí. ¿Pero qué ha pasado? ¿Por qué me hallo en este sitio?

—El sereno oyó una exclamación y le encontró á usted sin conocimiento en la plazuela de Saint-Mark. Alguien debió darle á usted un golpe terrible en la cabeza. Lo extraño es que no le rompieran el cráneo. Pero, gracias á Dios, sigue usted mejor. ¿Quiere usted que se avise á algún pariente ó amigo?

—Necesito levantarme en seguida, hermana. Ha ocurrido un suceso muy grave y tengo que marchar inmediatamente.

—Sin permiso del médico no puede ser; pero, si usted quiere, podemos avisar que está usted aquí.

Nombré á Dufrayer. La hermana prometió mandar á buscarle en seguida, y tuve que armarme de paciencia. Por fortuna, el único daño que me produjo el golpe fué el de dejarme atolondrado, y como la herida no era grave, pronto recordé todo lo que había sucedido la noche anterior.

Poco más de una hora tardó Dufrayer en llegar. Estaba excitadísimo y se acercó á mi cama, diciendo cariñosamente:

—¿Qué ha sucedido, Head? ¿Cómo está usted aquí? ¿Se encuentra usted mal?

—No, no tengo nada. Pero oiga usted, Dufrayer, ante todo necesito salir de aquí. Tenemos que ir los dos, inmediatamente, á la plazuela de Saint-Mark.

—¿A la plazuela de Saint-Mark? ¿Ha oído usted algo?

—¿De qué?

—¡Si toda la ciudad está revuelta! Durante la noche han penetrado en el Banco de Debrett, y entre fianzas y dinero han robado diez mil libras esterlinas. No hay ni siquiera indicios de quién lo ha hecho. El mozo que fué de aquí á buscarme tuvo que ir al Banco, pues estaba yo allí con Debrett. El robo ha sido tan atrevido como ingenioso.

—Yo sé quiénes han sido los ladrones y cómo lo han hecho, Dufrayer. Hágame usted el favor de pedir permiso al médico, y vámonos; no se puede perder ni un instante. Yo se lo contaré á usted todo.

Dufrayer fué en busca del médico y poco después volvió con él. Declaró que no podía retenerme contra mi voluntad, pero dió á entender que lo que intentaba era una imprudencia.

Media hora después nos metimos en un coche, y en el camino referí á Dufrayer todo lo sucedido en aquella memorable noche.

—¿Pero cómo fué usted solo á aquella casa? ¿Cómo se atrevió usted?

—Conocía el santo y seña de *La Hermandad*, y la única esperanza de poder hacer algo estribaba en entrar allí solo. Gracias al cielo, la niebla ha desaparecido.

Un ligero airecillo se había levantado, y al entrar en la plazuela un rayo de sol alumbraba aquellos viejos edificios.

Subimos al Banco y encontramos allí á Debrett, el director, dos inspectores de policía y Tyler, el agente de Dufrayer, que nos esperaban con impaciencia.

—¡Vaya un golpe, Head! exclamó Debrett en cuanto me vió. ¡Me han arruinado de veras! El Banco no puede resistir tanto.

—Valor, Debrett, contesté, tal vez pueda arreglarse todo. ¿Tiene usted ahí la carta que Mr. Debrett me escribió anoche? pregunté al director.

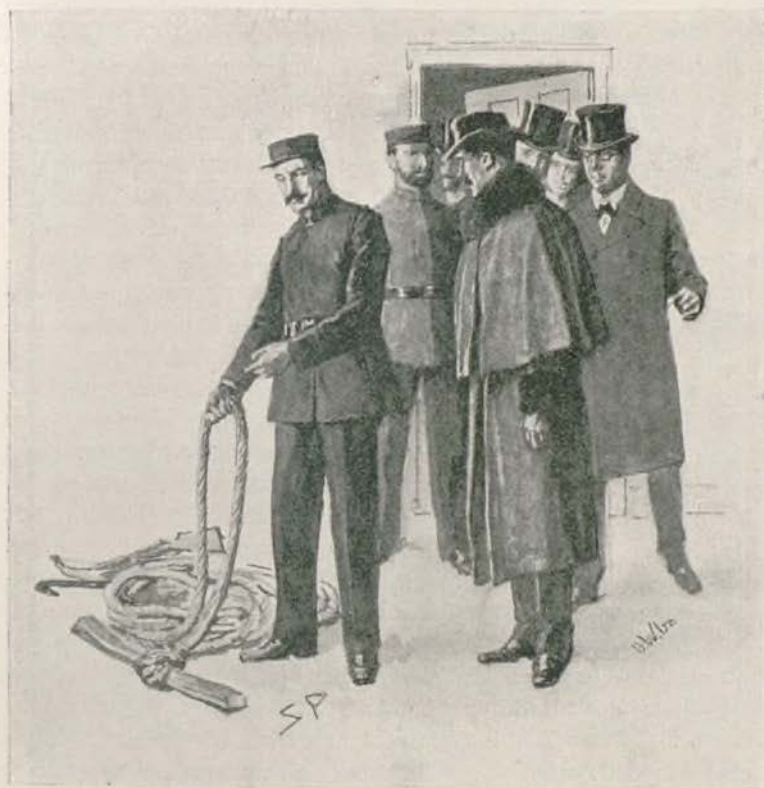
—¿La carta que escribí yo anoche? interrumpió Debrett. ¿Qué carta es esa?

El director la sacó de su cartera y la puso en manos de su jefe, el cual la leyó con indescriptible asombro.

—¡Pero acaso escribí yo semejante necedad! exclamó. Jamás llevo

yo las llaves de la arquita. El director ó Frome son los que siempre se encargan de ellas. Esta carta es una superchería, Head. En nombre del cielo, ¿qué significa todo esto?

—Significaba para mí una berlina destinada á darme la muerte, y la más villana conspiración tramada para robar á usted y quizás



ESTO CONFIRMA LO QUE MR. HEAD ACABA DE REFERIRNOS

también asesinarle. Pero oiga usted, amigo Debrett, si es que puede oírme con calma.

Y referí los sucesos ocurridos durante la noche anterior.

—Y ahora, señores, añadí, lo mejor que podemos hacer es pasar á la casa de cuya ventana fué lanzado el pestillo. Es posible que allí veamos algo que nos explique la forma como penetró el ladrón en el Banco.

—Estoy á sus órdenes, Mr. Head, observó Tyler, pues me interesa

mucho este misterio. No acabo de comprender cómo pudo entrar un hombre por esa ventana sin tener alas. Hay vigilantes de noche, de modo que sería imposible usar escaleras.

Llegamos á la casa situada entre el Banco y la antigua casa de comidas; no había más que oficinas en todo el edificio. Subimos al piso más alto, y encontramos cerrada con llave la puerta de la habitación que daba á la plazuela. Uno de los inspectores la abrió á fuerza de empujones, y al entrar en la habitación vimos que estaba vacía; pero



CROQUIS DE LA PLAZUELA DE SAINT-MARK

- A. Ventana donde se fijó la barra de hierro que sujetaba la cuerda.
- B. Ventana desde donde se lanzó el duque.
- C. Ventana del segundo piso del Banco. El duque fué á parar al borde y cortó el cristal.

que anoche se balanceó desde la ventana hizo, como si dijéramos, el oficio de la plomada de un péndulo, y así llegó hasta la ventana del Banco. Balanceándose desde la ventana de la casa de comidas fué á parar á la del Banco, y allí sin duda se agarraría del armazón y cortarí el cristal con un diamante.

—Vámonos al cuarto de la casa de comidas, dijo el inspector.

Lo hicimos así, y con gran asombro vimos que toda la casa estaba desalquilada y completamente vacía.

Aunque con alguna dificultad conseguimos abrir la puerta, y subimos hasta el tercer piso, donde encontramos nuevas pruebas de la exactitud de mi relación. En el suelo estaba el hilo de bala á que fué amarrada la cuerda, y que lo cortaron antes de que el duque diera principio á la operación del balanceo.

—¿Pero quién lo ha hecho? exclamó Debrett. Hay que seguir la

al registrar detrás de la puerta, el inspector exclamó levantando del suelo una cuerda gruesa:

—Esto confirma lo que mister Head acaba de referirnos.

En un extremo tenía la cuerda sujeto un madero atravesado, y cerca hallamos una ballesta y un gancho de hierro.

—Ahora lo comprendo todo, dije; sí, todo lo que anoche no pude adivinar. Lo explicaré: Lanzaron primero esta cuerda, por medio de la ballesta, á la ventana de la casa de comidas. Al pestillo de la ballesta iba atado un hilo de bala, que á su vez llevaba la cuerda gruesa. El

pista de los ladrones, pues entre otras muchas cosas se han llevado los magníficos brillantes del duque. Y á propósito, ¿dónde se hallará éste? Le puse un telegrama y creí que hubiera venido.

Un silencio sepulcral acogió estas palabras de Debrett, el cual prosiguió poniéndose lívido:

—¡Por Dios, Head, hable usted! ¿Sabe usted algo más?

—Aun le falta á usted saber lo peor, Debrett, dije acercándome á él y poniéndole una mano en el hombro. Tenga usted valor, amigo mío, y dé usted gracias al cielo que ha librado á su pobre hija de la horrible suerte que la esperaba. Quien ha cometido el robo no fué otro que el fingido duque de Friedeck.

Debrett retrocedió espantado. Fué un golpe terrible para él. De lívido que estaba se tornó amarillo.

—Ahora me explico los dos telegramas que recibí ayer, dijo balbuceando. El uno era de usted, diciendo que llegaría á Manor Forest un poco tarde, y el otro del mismo duque, el cual me manifestaba que un negocio inesperado le retenía en Londres. Sin duda fué él quien puso los dos.

—Indudablemente, respondí. Todo lo tenían bien meditado, hasta en sus menores detalles, para el más seguro éxito de su diabólico plan. Pero aun hay más, Debrett; el ducado de Friedeck no existe ni ha existido nunca. Cuando la policía haya echado mano á ese hombre, entonces declararé quién es.

Poco queda ya por decir. Algunos días después fué capturado el falso duque, pero no se consiguió recobrar todo el dinero robado. Lo probable sería que lo que faltaba en metálico y depósitos lo tendría Mme. Koluchy en su poder.

Gracias á la protección y á la eficaz ayuda de los amigos de la casa, el Banco de Debrett existe todavía y prospera.

En cuanto á Debrett, desde entonces es hombre más prevenido y menos confiado.

L. J. Meade y Roberto Eustace.





Hojas del diario

del Doctor Moreno



Una cura inesperada



MUCHAS veces he pensado que en un porvenir no muy remoto han de ser descubiertos grandes secretos para la curación de ciertas enfermedades tenidas hoy por incurables. Me refiero principalmente á los brillantes éxitos obtenidos ya con las nuevas formas de inoculación de los virus seroterápicos. La siguiente historia servirá para comprobar la exactitud de mi afirmación.

Cierta noche, hacia mediados del mes de noviembre, me encontré por casualidad en el club con un antiguo condiscípulo, llamado Benigno Ibáñez. Ejercía su profesión en Segovia, donde tenía una clientela muy numerosa. Hacía mucho tiempo que no nos habíamos visto, y nos alegramos mutuamente del feliz encuentro. Después de un rato de charla, me dijo Ibáñez:

—Quería haber vuelto esta noche á Segovia, y hace un momento que estaba disgustadísimo porque se me había escapado el tren; pero ahora que me he encontrado con usted, casi me alegro de haberme quedado en tierra. Para decir la verdad, quiero consultarle sobre un caso que me interesa mucho, que podrá usted aconsejarme.

—Vamos á mi casa, Ibáñez, contesté; allí estaremos mejor. ¿Quiere usted aceptar una cama que le ofrezco muy gustoso para esta noche?

Ibáñez se detuvo un momento, pero por fin aceptó. Media hora después, sentados ante el alegre fuego que ardía en la chimenea de mi despacho, departíamos acerca de los azares de la profesión.

—Usted ha sabido aprovechar el tiempo, amigo Moreno, dijo Ibáñez. Muchas veces pienso que yo hubiera hecho mejor no casándome y estableciéndome en Madrid. Ciertamente tengo mucha clientela, pero hay ocasiones en que me hallo aburrido. A Segovia los adelantos de la ciencia suelen llegar tarde, y allí parece que uno vive apartado del mundo. En mi juventud sentía grande entusiasmo hacia los nuevos descubrimientos, pero ya voy perdiendo hasta el gusto. Año tras año acudo á las mismas medicinas, á los mismos tratamientos, á los mismos... pero ahora reparo que no he venido aquí para hablar de mí mismo.

—¿Tiene usted algún caso particular; del que desea que nos ocupemos?

—Sí, y por cierto que se trata de un caso bien extraño, que no deja de preocuparme.

—Pues otro cigarro y puede usted empezar la historia.

—Gracias, no quiero fumar más.

Y mudando de postura en la butaca, prosiguió Ibáñez:

—En pocas palabras, el caso es el siguiente: Uno de mis más íntimos amigos, D. Roberto de Losada, marqués de Bornos, hombre riquísimo, posee en Segovia una magnífica posesión llamada *La Castellana*. Fué adquirida por su bisabuelo, quien vinculó sus bienes dejándolos al hijo mayor de la familia, pero si no había sucesión directa debían pasar á otra rama. Don Roberto tiene ahora unos cincuenta y seis años. Es viudo, con un hijo solo, Alberto, que es hoy capitán de artillería, tiene buena figura y es un perfecto caballero, y el más vivo deseo de su padre es verle casado.

Alberto estuvo con su regimiento en Filipinas, de donde regresó hace dos años con licencia por enfermo. Una vez en su país natal se restableció pronto, y poco después pidió y obtuvo la mano de la señorita Lola de San Miguel, una joven de muy distinguida familia, con la que vive en una posesión situada muy cerca de la del marqués. Lola es una preciosa joven, digna en todos conceptos de ser esposa del capitán. Los novios se querían apasionadamente, y los dos padres estaban contentísimos con la proyectada boda. El capitán tuvo que volver á Filipinas para incorporarse á su regimiento, pero se convino en que este año solicitase el retiro, que el enlace se verificaría en cuanto volviese y que el matrimonio viviría en *La Castellana* con el marqués.

Alberto marchó al archipiélago; ha transcurrido el tiempo, y ya estaban hechos los preparativos para la boda, que había de celebrarse á los quince días del regreso del novio. El marqués, que quiere mucho á Lola, la cual ha sido como una hija para él durante la ausencia del capitán, estaba entusiasmadísimo y amuebló de nuevo casi toda la casa, sin fijarse en el gasto y atendiendo sólo á que todo estuviera dispuesto para recibir á su hijo. Y á propósito, ¿a cuántos estamos hoy?

—A veinticuatro, contesté. ¿Pero qué tiene que ver eso?

—Estaba pensando en que hoy era el día señalado para la boda.

—Continúe usted.

—Queda ya poco que decir. El capitán llegó hará unos quince días, muy bien de salud al parecer, pero muy triste y desanimado. Al día siguiente vino á Madrid, pasó aquí la noche y cuando regresó á Segovia fué directamente á ver á su prometida. Nadie sabe lo que pasó entre ellos, ni tampoco se sabe lo que aquella noche hablaría Alberto con su padre, pero lo cierto es que á la mañana siguiente recibí una cartita del marqués suplicándome que pasara á verle cuanto antes.

Le encontré muy intranquilo y disgustado. En cuanto me vió me dijo que la boda no se celebraba ya, porque su hijo se había negado á casarse con Lola ni con ninguna otra mujer. Añadió que la única razón que alegaba era que la salud no le permitía contraer matrimonio, y que nadie ni nada en el mundo le induciría á ser padre de familia. Ha sido un golpe terrible para todos. Y lo peor es que el capitán se niega rotundamente á decir qué es lo que tiene. No existe enfermedad hereditaria en la familia, y el aspecto del capitán no es el de un enfermo. El marqués me suplicó que le interrogara. Así lo hice, aunque casi parece imposible asociar la idea de enfermo con Alberto. Le rogué que me confiara su secreto y me dijera qué es lo que sufre, pero se negó abiertamente. Lo único que me dijo fué lo siguiente:

—Un grave peligro me amenaza, no hay manera de evitarlo, y lo más que puedo hacer es sobrellevarlo con la resignación y el valor con que un hombre, y sobre todo un militar, debe sobrellevarlo todo.

—¿Quiere usted insinuar que su vida peligrá? le pregunté.

—Hasta cierto punto sí, aunque el peligro no sea inmediato. No hay nada en el mundo que pueda persuadirme á transmitir á mi posteridad lo que yo padezco. Lola y mi padre conocen mi resolución.

—Pero no el motivo que le induce á usted á proceder así.

—Prefiero que no lo sepan, me contestó resueltamente.

—¿Ha consultado usted con algún médico? ¿Está usted seguro de lo que afirma?

—Segurísimo. He consultado con el médico más reputado de España. Vamos, Ibáñez, añadió tratando de sonreírse, no insista usted, porque es inútil, me niego á decir ni una palabra más.

Se levantó bruscamente y salió de la habitación.

Esto sucedió ayer por la mañana. Por la tarde fui á ver al marqués, á quien encontré bastante malo; no me gustó nada su semblante: parece haber envejecido una docena de años desde que tuvo noticia de la resolución de su hijo. No es sólo la misteriosa conducta de éste lo que le tiene afligido; es que ve por el suelo todos los sueños y las ambiciones todas de su vida; es que no casándose Alberto no podrá transmitir ni su apellido ni sus bienes á ningún nieto, así que el desencanto para él ha sido muy grande.

—¿Y en qué puedo yo ayudar á usted? pregunté á mi amigo.

—Creí que á usted le sería posible indicarme alguna manera de aclarar el misterio. El capitán se niega á cumplir su palabra de casamiento alegando que su salud no es á propósito para contraer matrimonio, y se niega también á decir cuál es la enfermedad que padece. ¿Cómo pudiera yo hacerle hablar?

—No hay modo de obligarle; me parece únicamente cuestión de táctica.

—Para la cual me considero inútil, completamente inútil. Si el caso estuviera en manos de usted, amigo Moreno, pronto obtendría usted la revelación del secreto del capitán.

—No veo por qué. No acostumbro nunca á violentar la confianza de nadie.

—Sin embargo, usted tiene sobrado talento y una habilidad especial para obligar á cualquiera á confiar en usted, sin que apenas se dé cuenta de ello el paciente. Para decir la verdad, se trata de un caso muy grave. El capitán está sumamente abatido y triste; su padre está afligidísimo, y la pena de Lola, según dicen, es tan grande que acaso no pueda resistirla.

—¿Cree usted que el capitán habrá confiado su secreto á la señorita Lola?

—Me confesó que no, que no lo sabrá nadie.

Esto me hizo pensar más y más en la inexplicable conducta del capitán.

—¿Está usted ahora muy ocupado? me preguntó de pronto Ibáñez.

—Bastante, contesté.

—¿No pudiera usted venir á pasar un día en Segovia?

—Aunque fuese de nada serviría mi presencia allí, amigo Ibáñez.

puesto que yo no puedo visitar á sus enfermos, á no ser que éstos pidan una consulta.

—Yo tengo mucha intimidad en la casa y á menudo como con el marqués. Si usted viniera un día le presentaría como amigo, y quizás notaría usted en el capitán algún síntoma que nos daría la clave de la enfermedad que padece.

—No puede ser, contesté. Si usted consiguiera que el capitán me consultase tendría sumo gusto en darle mi opinión. Por lo demás, no puedo mezclarme en el asunto.

Al día siguiente regresó Ibáñez á Segovia y yo procuré olvidar la historia que me había referido, pero no lo conseguí. Me interesaba aquel extraño caso y á cada momento me acordaba de él. No me sorprendía que Alberto se negara á casarse por motivos de salud, pero sí que no quisiera confesar, ni aun á su mismo médico, cuál era su enfermedad. Sin embargo, como no era cliente mío, nada podía hacer, y procuré, como digo, olvidarlo todo. ¡Cuán ajeno estaba yo entonces de pensar el importante papel que había de desempeñar en aquel asunto!

En la tarde del día siguiente recibí un telegrama de Segovia que decía así:

«Marqués de Bornos con ataque, deseo consultarle. Venga primer tren.—*Ibáñez*».

Quedé pensativo unos momentos. Luego cogí la pluma y contesté:

«Seré con usted lo antes posible.—*Moreno*».

Llamé á mi criado Juan, le mandé que inmediatamente llevara el despacho al telégrafo y me puse á arreglar mis cosas, por si acaso duraba más de un día mi estancia en Segovia, á cuya capital llegué sin novedad. En la estación me esperaba el coche del marqués, el cual en media hora me condujo á *La Castellana*. En cuanto se detuvo el carruaje se presentó Ibáñez, que me aguardaba con impaciencia.

—¡Cuánto me alegro de que haya venido usted! me dijo; ahora estaré más tranquilo.

—¿Cómo sigue el enfermo? pregunté.

—No está peor; antes por el contrario, se notan algunas señales de que empieza á recobrar el conocimiento.

—¿Por qué me ha llamado usted?

—Tenía más de un motivo para desear que estuviera usted aquí. Ayer me pareció que había pocas esperanzas de vida para el marqués; el capitán mostró deseos de tener una consulta, le nombré á usted, y como ha oído hablar mucho del doctor Moreno, me suplicó que le telegraficara inmediatamente.

—Cuando usted quiera iremos á ver al marqués.

Entramos en la casa.

La antesala era espaciosa y de techo muy alto y abovedado. Una bonita galería la rodeaba por tres de sus lados, y el cuarto lo ocupaba una magnífica escalera de mármol blanco como la nieve, al pie de la cual había una hermosa estatua que tenía en la mano un gran foco de luz. Supe después que la escalera era una de las cosas más notables de la casa. Había costado mucho dinero, pero era realmente una obra de mérito. En el centro estaba cubierta por una rica alfombra, en la que se hundían los pies.

Al llegar al primer piso entramos en una amplia alcoba amueblada con lujo. Tendido en la cama que ocupaba el centro de la habitación vi al anciano marqués privado de conocimiento. Estaba echado de espaldas y respiraba con mucha dificultad. Me incliné para examinarle; pero antes de que tuviese tiempo de hacerlo, Ibáñez me llamó la atención tocándome suavemente en el brazo. Levanté los ojos y vi á un caballero como de treinta y cinco años, con todo el tipo y el porte de un militar distinguido. Era el capitán Losada, el cual avanzó hacia mí diciendo al tenderme la mano:

—Agradezco á usted mucho su venida y aguardo con impaciencia la autorizada opinión de usted acerca de la enfermedad de mi padre.

Al estrecharle la mano me pareció notar que se había estremecido como si sufriera algún agudo dolor; pero con mucha fuerza de voluntad procuró disimularlo, y poco después salió de la alcoba.

El marqués tenía la cara lívida y los ojos cerrados. La respiración, como ya he dicho, era muy penosa.

Después del reconocimiento convine con Ibáñez en que el ataque, aunque grave y peligroso, no sería fatal, y que lo probable era que el marqués mejorara muy pronto. Hice algunas observaciones referentes al tratamiento y salí de la alcoba con mi amigo, dejando al enfermo en manos de la monja que había venido para cuidarle. Terminada la consulta, que no fué larga, bajamos al comedor, donde nos esperaba el capitán.

—¿Qué opina usted, doctor? preguntó el capitán con marcada ansiedad en cuanto nos vió.

—El marqués no está tan grave como yo temía encontrarle, contesté. El ataque es peligroso indudablemente, pero el enfermo no ha perdido por completo la sensibilidad y tiene todavía alguna fuerza en el lado de la parálisis. Estoy convencido de que, al menos por

ahora, no hay hemorragia progresiva, y es muy probable que el marqués recobre el conocimiento dentro de algunas horas.

—¿De manera que ha pasado el peligro? dijo el capitán con visible satisfacción.

—Por ahora opino que sí.

—¿Y qué significa ese por ahora?

—Quiero decir, contesté clavando la vista en el semblante del capitán, que, en un caso como el del señor marqués, los órganos de la sangre están muy expuestos á dilatarse, y una vez heridos, cualquier cambio en la circulación los afecta en seguida. Un pequeño disgusto bastaría para producir de nuevo la hemorragia, lo que significaría otro ataque quizás más grave que éste. De manera que lo que á todo trance hay que procurar es que el marqués permanezca tranquilo, que no reciba ningún disgusto.

—Sí, sí, eso se comprende, contestó Losada con aparente calma. Y añadió: vaya, señores, vamos á almorzar, que creo que ya es hora.

Nos sentamos á la mesa, y durante el almuerzo, el capitán, que declaró estaba más tranquilo desde que oyó mi opinión, nos entretuvo agradablemente refiriendo su vida en Filipinas.

Ibáñez me suplicó que no regresase á Madrid aquel día y accedí á su súplica.

Terminado el almuerzo, el capitán me invitó á dar un paseo con él en el tálburi, y acepté la invitación con sumo gusto, pues el interés y la simpatía que me inspiraba el afable militar crecían por momentos. Salió del comedor para dar sus órdenes, y en cuanto quedamos solos me dijo Ibáñez:

—Su llegada ha sido providencial, Moreno. La ocasión que tan ardientemente deseaba se ha presentado de la manera más natural del mundo. Aprecio muchísimo á mi pobre amigo el marqués, y quizás más á su hijo, á quien he conocido y tratado desde niño. Por supuesto, habrá usted comprendido cuál ha sido la causa primordial de la enfermedad del marqués. Tal vez consiga usted hacer hablar al capitán, y de todos modos, si se presenta ocasión, le ruego que no la pierda.

—No creo probable que llegue esa ocasión, amigo Ibáñez, y no debe usted abrigar vanas esperanzas. Si el capitán me hablase por su propia voluntad tendría mucho gusto en escucharle, pero me es imposible llevar la conversación á ese terreno.

—Es una lástima; la ocasión se ha presentado sin buscarla, y creo que quizás hallaría usted el medio de aclarar un misterio que me

atormenta de día y de noche y que casi ha enviado al marqués á la sepultura. No hay más que decir. Únicamente quisiera saber, antes de retirarme, qué opina usted del capitán.

—Es un perfecto caballero.

—No me refiero á su carácter, sino á su aspecto. ¿Qué le parece á usted de su salud?

—No veo que tenga nada de particular, pero...

—¿Hay algún pero?

—Hablando metafóricamente, casi puede decirse que me he valido de lentes de aumento para examinarle; pero que nada, que absolutamente nada he conseguido en resumidas cuentas. Únicamente he notado que tiene algo hinchada la mano derecha, y que se estremece cuando se le toca.

—Pues yo no lo había notado nunca, lo confieso. La hinchazón provendrá de algún reuma, ¿no es así?

—Es muy probable.

—En aquel momento volvió el capitán diciendo que nos esperaba el tilburi. Montamos en él y salimos por la carretera á buen paso. El potro que nos conducía era muy vivo, y al bajar una cuestecita se hizo casi inmanejable. Al cruzar por debajo de un puente del ferrocarril, llegó el tren y lo atravesó con horrible estruendo. Se espantó el potro, que ya estaba excitado, y salió desbocado por la carretera.

—Tome usted las bridas, doctor, me dijo el capitán muy nervioso.

Así lo hice, y como estoy acostumbrado á manejar caballos pronto conseguí hacerme dueño del potrito y dominarle por completo. El capitán, que estaba lívido, sacó el pañuelo y se lo pasó por la frente mientras decía:

—Me fastidia esta maldita mano. A no ser por usted, querido doctor, ¡quién sabe lo que hubiese ocurrido!

—Veo que tiene usted la mano hinchada. ¿Padece usted reuma? ¿Le duele á usted?

—Sí, á veces me duele mucho. ¿Cree usted que la hinchazón pudiera atribuirse al reuma? ¡Ya! Déme usted las bridas, que ya no hay cuidado de ningún género.

—Si le duele á usted la mano seguiré guiando.

—No, gracias; ya ha cesado el dolor.

Volvió á tomar las bridas y proseguimos el paseo, que resultó muy agradable.

—¿Cree usted de veras, doctor, preguntó de repente el capitán, que mi padre se restablecerá del ataque?

—Así lo creo, respondí.

—Mucho me tranquiliza el saberlo. Quisiera volver pronto al regimiento; pero si mi padre no se restablece, me será imposible.

—Espero que dentro de quince días se habrá restablecido por completo; pero será muy necesario, para evitarle una recaída, que no reciba disgusto ninguno. Un disgusto pudiera fácilmente matarle.

Al decir esto clavé la vista en el capitán, pero inútilmente; era impenetrable, y comprendí que sería muy difícil hacerle hablar contra su voluntad.

Al dar la vuelta á una curva de la carretera detuvo súbitamente el tilburi y me pareció que se hallaba emocionado. Por la carretera, y en dirección opuesta á la nuestra, venía una señorita acompañada de una sirvienta.

—Hágame usted el obsequio de volver á tomar las bridas, doctor. Y diciendo esto saltó del carruaje y salió al encuentro de la joven, la cual, según pude observar, era alta, esbelta, de ojos negros y hermosos, de expresión dulce y simpática, de porte distinguido, aunque me pareció un poco altanera.

Como se pararon á bastante distancia de mí no pude oír la conversación, que no duró más que algunos minutos, al cabo de los cuales ella continuó su camino y el capitán volvió á ocupar su asiento en el tilburi.

Poco después regresamos á *La Castellana*; subí á ver al marqués, y apenas volví á ver á su hijo aquel día.

El enfermo seguía mejorando, pero no me pareció prudente dejarle aún.

Al anochecer, hallándome sentado cerca de la cama, vi con sorpresa que el marqués abría los ojos y me miraba fijamente. Ibáñez y el capitán estaban en el otro extremo de la alcoba, y hacia ellos dirigió luego su mirada el marqués. Al ver á su hijo, exclamó con acento muy débil:

—Ven acá, Alberto.

Este se acercó inmediatamente y fué á sentarse al otro lado de la cama.

—¿Qué ha pasado, Alberto? preguntó el enfermo. ¿Quién es ese señor? añadió mirándome á mí.

—He venido para ayudarle á usted á curarse, dije sin dar lugar á la respuesta del capitán. Soy doctor, y su amigo Ibáñez me avisó para consultarme acerca de la enfermedad de usted. Me causa verdadero placer el poder asegurarle que sigue usted muy bien. Ahora

lo que hace falta es que se tranquilice usted y procure no disgustarse.

—Ya, ya comprendo, añadió el marqués. He estado muy malo, ¿no es verdad, doctor? Tú tienes la culpa, Alberto, ya lo sabes.

—Tranquilícese usted, padre, dijo el capitán; no piense usted ahora en esas cosas.

—¡Que me tranquilice! repuso el marqués. Tú tienes la culpa de todo lo que me pasa. Tu terquedad y tu necia resolución son las que me han postrado en el lecho. Si quieres que me cure, marcha á buscar á Lola y haz que vuestra boda se celebre cuanto antes. Sé lo que estoy diciendo y no quiero callarme, no. Todo está listo, todo; de manera que no hay por qué esperar. Podéis casaros sin ruido ninguno en mi capilla. Yo no descansaré hasta que vuestro matrimonio se realice. ¡No, imposible! No podré descansar hasta que sepa que Lola y tú sois marido y mujer.

—Padre, tranquilícese usted, se lo suplico, agregó el capitán muy afligido.

—No puedo; ya te he dicho que no puedo, mientras sigas obstinado en tu resolución. ¿Vas á hacer lo que te pido?

La excitación del marqués era mayor á cada momento.

—Ya hablaremos de eso más tarde, padre; ahora no se acuerde usted de otra cosa que de ponerse bien.

En el tono de voz del capitán había algo muy en oposición con la calma que necesitaba el marqués. El disgusto que éste recibía con aquel diálogo no era ciertamente muy á propósito para la curación de su mal, y bien pronto vi aparecer en su frente esas manchas rojas tan temidas de los médicos en esta clase de enfermedades.

—Haga usted el favor de retirarse, le dije al capitán en voz baja.

Inmediatamente se levantó de la silla, y con la cabeza inclinada y el dolor pintado en su rostro salió de la habitación.

—¿Ha ido Alberto á buscar á Lola? preguntó á Ibáñez el marqués.

—Todo se hará como desea, dijo el médico; pero tenga presente que es imposible celebrar la boda estando usted en cama. Cuando se ponga bueno... Ahora procure usted dormir un poco.

Mandé á la monja que administrara un calmante y permanecí al lado del enfermo para observar los efectos que producía. Al cabo de un rato el marqués se durmió, pero su sueño no tenía nada de tranquilo. Comprendí que, si continuaba en aquel estado de excitación, se agravaría en vez de mejorar, pero procuré ocultar á todos mis inquietudes.

—No hay peligro inmediato, dije respondiendo á una pregunta que me hizo el capitán cuando bajé al comedor; pero el marqués no sigue tan bien como yo quisiera, porque hay algo que le tiene muy preocupado. Su padre tiene una idea; idea tan fija y tan persistente, que no puede pensar en otra cosa. ¿No sería posible tranquilizarle? añadió bruscamente.

—¿Haciendo lo que él desea? preguntó el capitán. No, doctor; es del todo imposible. Ni siquiera se puede hablar de ello. Vaya, señores, añadió, la comida nos espera.

Nos sentamos á la mesa, pero casi inútilmente, porque ninguno de los tres teníamos apetito; nuestra preocupación era grande.

Mientras tomábamos el café, Ibáñez y yo hablamos de cosas propias de la profesión. El capitán tomó un periódico y se puso á leer, sin que al parecer se fijase en nuestra conversación. Transcurrido un rato se levantó diciendo que iba á ver cómo seguía su padre.

Cuando volvió estaba yo refiriendo á Ibáñez algunos casos interesantes con que había tropezado últimamente en el hospital.

—Estoy seguro, le decía cuando entró el capitán, de que la inoculación de virus atenuado será el futuro tratamiento para muchas de las enfermedades más peligrosas.

El capitán, que había atravesado una parte del comedor, cuando oyó mis frases se quedó parado, inmóvil como una estatua. Levanté la vista y nuestras miradas se cruzaron. En la expresión de sus ojos sorprendí un vivo interés en escuchar lo que decía. De repente se me ocurrió una idea. Volví la cabeza y continué hablando con calor:

—La inoculación, no lo dude usted, llegará á ser el tratamiento futuro para la tisis. Aun suponiendo que el procedimiento del doctor Koch no haya dado los resultados apetecidos, no por eso puede dejarse de comprender que en él estriba el verdadero remedio. Lo prueba también el nuevo tratamiento antitóxico contra la difteria, y aun puedo asegurar que se han curado ya ciertas clases de cáncer. Después de todo, no es más que la expulsión del veneno del cuerpo humano por medio de las inoculaciones.

—Bien; pero nosotros los médicos viejos tardaremos mucho en aceptar esas teorías, repuso Ibáñez. Muchos años pasarán antes de que ese tratamiento podamos emplearlo con confianza.

—¿Y por qué, exclamó el capitán, si empleándolo pudiera salvarse el enfermo?

Los dos nos volvimos á mirarle.

—¿Por qué no, si con ello puede curarse el mal? repitió.

—¿Por qué? dijo Ibáñez. Porque no nos atrevemos á arriesgarnos, porque seríamos responsables de la muerte de nuestros enfermos si aplicásemos remedios no bien comprobados en la práctica. Antes de que nosotros nos decidamos han de transcurrir muchos años.

—Pues bien, señores, añadió el capitán, no pretendo discutir con ustedes, pero opino que la generalidad de los médicos son demasiado tímidos. Me refiero, claro está, á los casos que se suponen incurables con el tratamiento ordinario. Si el paciente está dispuesto á someterse á un nuevo tratamiento, no veo por qué no ha de aplicársele.

—Un caso así es muy poco común, capitán, dije yo. Por lo general el enfermo prefiere seguir el tratamiento usual y corriente, ó bien no hace caso de esto y lo deja por completo en manos del médico.

—¿Cómo ha encontrado usted á su padre, Alberto? preguntó Ibáñez.

—Durmiendo, pero con sueño muy poco tranquilo. La monja cree que ha aumentado la fiebre.

—Voy á verle, dije yo levantándome.

No tuvimos ocasión de reanudar la conversación interrumpida. Ibáñez y yo pasamos la noche al lado del enfermo, cuyo estado era cada vez menos satisfactorio. El delirio aumentaba en vez de disminuir, y el marqués hablaba incesantemente de una boda inmediata. Si el capitán salía de la alcoba, en seguida preguntaba que á dónde había ido; si permanecía á su lado, la intranquilidad parecía mayor. No había manera de sosegarle.

Al amanecer era tan grande la excitación que temí que se presentara de nuevo la hemorragia, en cuyo caso las consecuencias podían ser tan rápidas como fatales.

Le indiqué al capitán que necesitaba hablar con él y juntos salimos de la alcoba.

—Veo, D. Alberto, le dije, que el disgusto que está sufriendo su padre le perjudica muchísimo. Sin andar en rodeos debo manifestar á usted que, si muy pronto no se hace algo para tranquilizarle, no podré responder de él. Estoy temiendo un nuevo ataque, y si se presenta probablemente será fatal.

—¿Y qué propone usted? preguntó el capitán procurando disimular su emoción.

—Se conoce que está muy apenado por algo que usted se niega á hacer. ¿No es posible complacerle?

El capitán sonrió amargamente.

—Pero, doctor, ¿cree usted que me falta resolución para acceder á

los deseos de mi padre si esto fuera posible? ¿No comprende usted que son grandes mis sufrimientos con lo que está pasando?

—Lo comprendo y no insistiré más. Ibáñez me ha referido algo de lo que sucede, y no se me oculta que sólo una causa muy grave le hace á usted negarse á cumplir la palabra dada á la señorita Lola.

—Tiene usted razón, la causa no puede ser más grave.

—¿Y no puede usted decirme cuál es? ¿Quién sabe si yo!...

—Gracias, no puedo. El fin es inevitable, á no ser que... Pero no, no debo abrigar vanas esperanzas. Atendamos á mi padre. ¿Dice usted que puede morir si no ve satisfechos sus deseos?

—Es lo más probable. Se ve que está preocupadísimo con el casamiento de usted, y en el estado de debilidad en que se encuentra, la preocupación ha venido á constituir una manía.

—Pues entonces no queda otro remedio que engañarle.

—No creo que, en el lugar de usted, me atrevería á hacerlo yo.

—Sí lo haría usted, estoy seguro, conociéndole como empiezo á conocerle. A todo trance hay que salvar la vida de mi padre. Ea, no hablemos más, doctor; estoy resuelto.

Y sin darme tiempo para añadir ni una palabra más volvió á entrar en la alcoba del enfermo, que estaba agitadoísimo y no cesaba de pronunciar palabras incoherentes.

El capitán fué á sentarse junto á la cama, y tomando una mano de su padre le habló así:

—Escúcheme usted, padre. He variado de parecer, y le juro á usted que, si vivo, me casaré con Lola.

—¿No me engañas, Alberto? preguntó el marqués.

—Empeño mi palabra de honor, padre mío.

—¡Cuánto me alegro! Verás qué pronto me pongo bien. ¿De manera que te has convencido de que no estabas en lo cierto al creer que tu salud no era buena?

—Sí, me he convencido.

—Jamás me has engañado, Alberto. ¿Es verdad lo que ahora me dices?

—Palabra de caballero y de militar.

El enfermo sonrió con satisfacción y estrechó cariñosamente la mano de su hijo.

—Te creo, hijo mío, exclamó, y te aseguro que es la mejor medicina que podías darme. ¿Cuándo se podrá celebrar la boda?

—No me parece que será necesario fijar la fecha esta noche. ¿No es así, padre mío?

—No, no, no importa; confío en tu palabra.

—Y ahora á ver si duerme usted un rato.

—Sí, espero dormir, porque he recobrado la tranquilidad, y espero más todavía: espero que Dios me dará salud para ver á mis nietos jugar á mi alrededor. Alberto, hijo mío, quédate á mi lado hasta que me duerma, y mañana á primera hora enviaremos recado á Lolita para que venga á verme. ¡Pobrecilla! ¡Qué contenta se pondrá!

Durmió bien aquella noche y á la mañana siguiente estaba mucho mejor. Habían desaparecido los síntomas peligrosos, y comprendí que el marqués se restablecería rápidamente.

Lo primero que preguntó al despertar fué si se había avisado á Lola.

—Voy á buscarla, dijo el capitán; estaba esperando á que despertara usted.

Salió en seguida con el tilburi, y á la hora y media próximamente volvió con la señorita Lola y la mamá de ésta, las cuales entraron en la alcoba y saludaron al marqués.

—¡Ay cuánto me alegro de que esté usted mejor! dijo la joven. ¿No sabe usted? Ya lo tenemos todo arreglado Alberto y yo.

La señorita Lola aparentaba una satisfacción y una alegría que no dejaron de extrañarme. ¿La habría dicho el capitán la verdad? ¿La habría engañado á fin de salvar la vida de su padre? Así lo pensé al principio; pero después, al fijarme bien en ella, vi que tenía suficiente valor para desempeñar su papel.

—Sí, hija mía, sí, todo está arreglado, contestó el enfermo. Alberto está bueno. Ha resultado que lo que tenía no era más que aprensión. ¡Ya verás, ya verás qué boda más alegre!

—Pero es preciso que se ponga usted bueno, añadió la joven acariciando la mano del marqués. Ya sabe usted que no puede haber boda hasta que se haya usted restablecido por completo.

—Dios te bendiga, hija mía. Viéndote á ti y á Alberto juntos á mi lado ya me siento bien. ¿Dónde está la monja? Dila que me traiga algo de comer, tengo apetito. Y volviendo la cabeza hacia donde yo estaba, añadió: Ya ve usted, doctor, qué bien estoy. Alberto me ha puesto así.

Poco después salí de la alcoba y encontré al capitán en el pasillo.

—Hace usted su papel perfectamente, le dije, y el efecto ha sido el que era de esperar. ¿Ha considerado usted bien las consecuencias que pudieran sobrevenir?

—Lo he considerado todo, doctor, contestó Alberto, y estoy dispuesto á cumplir mi palabra. Si vivo me casaré.

Le miré con asombro, pero una ojeada fué suficiente para comprender que por entonces no tenía intención de decir más.

Aquella tarde regresé á Madrid, después de haberme prometido Ibáñez darme cuenta del curso de la enfermedad del marqués.

A primera hora de la mañana siguiente salí á visitar á mis enfermos y no volví á casa hasta las seis, á cuya hora solía yo comer siempre.

Al entrar en mi despacho vi con sorpresa que me esperaba el capitán.

—¿Trae usted malas noticias? le pregunté. ¿Ha empeorado su señor padre?

—Nada de eso, doctor, respondió; al contrario, mi padre sigue mejorando. Vengo á consultar con usted sobre mi enfermedad.

—Me alegro muchísimo. Primero me hará usted el obsequio de comer conmigo y después nos ocuparemos del objeto de su viaje.

—Necesito volver á Segovia esta misma noche, dijo, pero creo habrá tiempo de sobra después de comer.

Mientras comimos, Alberto estuvo silencioso y triste, y como yo no quise molestarle mucho con mi charla, la comida no fué ciertamente de las más alegres.

Así que hubimos terminado de comer le conduje á mi gabinete de consulta, y en seguida dió comienzo á la relación de su enfermedad.

—Había resuelto, dijo, llevar mi secreto á la tumba, pero en vista de las circunstancias he tenido que proceder de otra suerte. Tengo doble motivo para confiar en usted, D. Arturo: el primero, por lo que ocurrió ayer; el segundo, por unas palabras que pronunció usted durante la conversación que sostuvo con Ibáñez. Cuando escuché lo que decía usted, confieso que lo encontré algo exagerado; pero cuanto más lo pienso, más vivo es el deseo que tengo de hablar con usted acerca del particular. En fin, que aquellas palabras me han infundido alguna esperanza.

—¿Pero qué es lo que usted tiene? ¿Cuál es su enfermedad?

—Haga usted el favor de ayudarme á quitar la levita, D. Arturo.

Le ayudé con todo el cuidado posible, y sin embargo vi que se estremecía cuando le tocaba el brazo derecho.

—¿Se ha fijado usted en esta mano? dijo tendiendo la derecha. Creo que sí la vió usted cuando dimos el paseo en el tálburi.

—La vi y me pareció que está algo inflamada.

—Lo cual pudiera ser efecto del reuma ó de la gota; ¿no es verdad, doctor?

—Es verdad: podrá ser motivada por alguna de esas dos cosas, pero supongo que otra será la causa.

—Sí, es otra. Usted lo verá por sí mismo; pero antes voy á decirle cuál es mi enfermedad. Bien sabe Dios que me había propuesto no revelarlo á nadie; pero el estado en que mi padre se encuentra y la pena de mi prometida, me han obligado á presentarme aquí. Ante todo debo manifestar á usted que mi madre murió de un cáncer. Todavía hoy recuerdo con horror lo muchísimo que padeció en los últimos días de su vida, y eso que entonces era yo un niño. El temor de haber heredado tan terrible mal ha sido en mí una especie de obsesión desde el fallecimiento de mi pobre madre. Hace dos años, cuando estuve con mi regimiento en Filipinas, me caí del caballo y recibí el golpe en el hombro derecho. El brazo me estuvo doliendo durante mucho tiempo, pero por fin parecía que se había curado. Al cabo de un año volvió el dolor y el hombro empezó á hincharse. Consulté con varios médicos y todos lo atribuyeron al reuma, y me recetaron las medicinas propias de esa dolencia; pero el dolor, en vez de disminuir, iba en aumento; se me fué hinchando el brazo poco á poco, hasta que por fin, como usted ve, llegó la hinchazón hasta las extremidades de los dedos. Hace unos seis meses que tengo la mano así. Sabía que en casa se habían hecho todos los preparativos para la boda; pero comenzaron á mortificarme diversos y funestos presentimientos, y por eso, en cuanto regresé á la península, vine directamente á Madrid para consultar con el gran especialista don Eduardo de la Morena. Me dijo este señor que padecía osteosarcoma en el hombro derecho y que la enfermedad había ya hecho grandes progresos, que la amputación del brazo y del hombro podría quizás salvarme la vida; sin embargo, como el mal había ya invadido las glándulas, lo más probable era que, aun con la amputación, volviera á presentarse la enfermedad al cabo de cierto tiempo. Conocido el parecer del facultativo, puede usted suponer el rato que pasaría. Al volver á Segovia, mi resolución estaba tomada: rompería el compromiso que tenía contraído y me marcharía lejos de casa á morir en un rincón. Ni mi padre ni Lola debían enterarse de mi padecimiento; yo no tenía valor para anunciárselo. Sería necesario decirles que el estado de mi salud no me permitía contraer matrimonio, pero nada más; no revelaría á nadie mi secreto. Y ya lo sabe usted todo.

—¿Me permite usted examinar el brazo? le dije.

Al verlo comprendí en seguida que el gran especialista no había exagerado el diagnóstico.

—Siéntese usted, capitán, añadí; de todo corazón le compadezco á usted. ¿Sufre usted mucho?

—A veces muchísimo. Hay ratos en los que me es muy difícil, casi imposible, ocultar el intenso dolor que me atormenta; por ejemplo, anteayer cuando estuve guiando. Pero ya se fijó usted.

—Es cierto, me fijé. Le vi á usted estremecerse y no me choca. Admiro su valor, Alberto; es usted un héroe.

—No tanto, doctor; muy al contrario, soy un cobarde para ciertas cosas. La enfermedad, no sólo me atormenta, sino que también me humilla. Desde que supe la verdad no he tenido más que un deseo: el de marcharme lejos de todos y morir en la soledad; pero en vista de lo que ocurrió ayer, todo ha cambiado.

—¿Cómo que todo ha cambiado? pregunté sorprendido.

—No comprende usted lo que quiero decir. Empeñada mi palabra de honor, comprometido solemnemente á casarme, no hay nada en el mundo que me libre de este compromiso, á no ser la muerte.

—No acabo de comprender...

—¿No recuerda usted lo que habló con Ibáñez acerca de un nuevo remedio que se ha descubierto para curar enfermedades como la mía? Pues bien, quiero que ese remedio lo emplee usted en mí.

—¿Está usted loco?

—Es mi única esperanza. En un caso tan desesperado como el mío, un hombre debe plegarse á todo. Cualquiera que sea el peligro, estoy dispuesto á correrlo. Por mí, por mi padre, por Lola, doctor. ¿Que ese tratamiento tal vez me mate? Pues moriré. ¿Pero y si llegara á curarme? Calcule usted cuán grande sería mi dicha. No debemos perder ni un momento, D. Arturo. ¿Cuándo podrá usted operarme?

—Me deja usted pasmado, capitán. Siento que se enterara usted de mi conversación con Ibáñez. Hablé con él como un médico puede hablar con otro acerca de un tratamiento no bien comprobado todavía.

—Sin embargo, ¿tiene usted confianza en él?

—Confío en el éxito final.

—Se ha ensayado ya, ¿no es cierto?

—En Francia, sí; en España, no.

—¿Y con buen resultado?

—En algunos casos, sí.

—Pues quiero que lo ensaye usted conmigo.

—Capitán, casi estoy por decir que me exige usted un imposible.

—No diga usted eso, D. Arturo. En un caso tan grave, tan desesperado como el mío, no se puede hablar de imposibles. Piénselo

bien, doctor; procure usted formarse una idea de lo triste de mi situación. Tengo delante la perspectiva de una muerte penosa, terrible; mi padre no tiene más hijos que yo, y si muero su fortuna y su título pasarán á manos extrañas. Para salvar la vida á mi padre le prometí casarme, si vivo, y una de dos: ó tengo que casarme ó tengo que morir. Creo que en tan crítica, en tan difícil situación, bien puede arrostrarse cualquier peligro. El tratamiento podrá matarme ó podrá curarme, ¿no es así? Pues ó me cura usted ó me mata.

—El tratamiento significa la muerte irremisiblemente por envenenamiento de la sangre si no se consigue matar la enfermedad sin matarle á usted.

—Estoy dispuesto á todo, porque todo es preferible á esta incertidumbre horrorosa.

—¿Sabe la señorita Lola lo que usted se propone?

—Sí, esta mañana se lo dije, y lejos de acobardarse, me infundió valor para dar este paso. De modo que usted es ya el único que tiene que atreverse. ¿Se atreverá usted?

—Debiera decir que no; debería confesar á usted que el suyo no es un caso para mí; debería aconsejarle que se pusiera en manos de los médicos franceses que se dedican especialmente á esta clase de enfermedades, pero...

—Pero no me lo aconsejará usted, ¿no es cierto, D. Arturo?

—Puede usted volver mañana, dije después de unos momentos de silencio; necesito tiempo para pensarlo.

—¿Me dará usted mañana la contestación definitiva?

—Se la daré.

El capitán se levantó de su asiento, le ayudé á vestirse y le acompañé hasta la puerta.

En cuanto se marchó fui á ver á un íntimo amigo mío, facultativo muy afamado, tanto ó más que el mismo especialista don Eduardo de la Morena; le expliqué el caso y le rogué que me diera su opinión.

—Se trata de un caso gravísimo, le dije; en circunstancias ordinarias no hay remedio para el capitán, el cual está dispuesto á correr el riesgo, por muy peligroso que sea.

—Desde el punto de vista que yo lo miro, el capitán no corre riesgo ninguno, dijo.

—¿Cómo? ¿Por qué? pregunté sorprendido.

—El capitán morirá irremisiblemente si no se le opera.

Es cierto.

—Pues entonces opino que se le debe operar. Por pequeña que sea, siempre hay una esperanza.

—Tiene usted razón, lo haré. Mañana saldré para París, y allí haré todas las investigaciones necesarias.

A la mañana siguiente, á la hora señalada, se presentó el capitán en mi gabinete, y le referí el resultado de mi entrevista con Cortejo.

—En vista de la opinión de mi amigo, le dije, he resuelto emplear en usted el nuevo tratamiento, siempre que mis investigaciones en París sean satisfactorias. Esta misma noche salgo para la capital de Francia; estaré de vuelta el lunes; venga usted por aquí el martes, y hablaremos.

—No encuentro palabras con que expresar á usted mi agradecimiento, doctor, repuso el capitán. Yo vuelvo esta noche á Segovia, donde esperaré armado de paciencia...

—No abrigue usted todavía confianza absoluta hasta que yo vuelva de París...

—Está bien.

Por más que procuró disimularlo, pude observar que se asomaba á su semblante la satisfacción del que espera con fe.

Fuí á París y mis investigaciones resultaron altamente satisfactorias. Visité á uno de los más renombrados doctores de la nueva escuela y hablamos largamente del antitóxico. Sus observaciones me animaron mucho. El doctor opinaba que, indudablemente, la seroterapia llegaría á ser el futuro remedio para el cáncer. Me dijo que se habían ya registrado tres notables casos de curación; me dió el virus atenuado, y me aconsejó que operase al enfermo inmediatamente.

Regresé á Madrid con las instrucciones necesarias; vino el capitán, le enteré de todo y le indiqué la conveniencia de que se hospedara en el hotel de París, á fin de estar más cerca de mi casa.

Así lo hizo, y por la noche volvió á decirme que había tomado dos buenas habitaciones con gabinete.

—Muy bien. Pues mañana daremos principio al tratamiento. Le inocularé á usted tres veces al día.

—¿Cuántos días han de pasar antes de saber el resultado, doctor?

—Muy pronto conoceré si el virus produce envenenamiento de la sangre ó no. Lo que tiene usted que hacer ahora es no preocuparse de nada ni por nada, tener muchas esperanzas y pensar en usted y en la enfermedad lo menos posible. Y á propósito, ¿cómo sigue el marqués?

—Perfectamente. Cree que he venido á Madrid á ultimar mis asuntos para la boda.

—Más vale así. ¿Y la señorita Lola?

—Muy buena y muy alegre. Tiene mucha fe en usted.

—Si conseguimos el resultado apetecido, observé, no sólo habrá usted salvado la vida de su padre y la suya misma, sino que además habrá prestado un importantísimo servicio á la ciencia en España.

A la mañana siguiente di comienzo á las inoculaciones, inyectando tres veces al día pequeñas cantidades de virus atenuado. El paciente necesitaba un cuidado especial, y por esta razón fué necesario obtener los servicios de dos monjas de mi clínica particular, á fin de observar muy detenidamente los síntomas que se presentaran durante el día y durante la noche. También era preciso tomarle el pulso con frecuencia y atender con el mayor cuidado á su salud en general.

El primer día no hubo reacción; pero el segundo la temperatura fué elevándose gradualmente, el pulso se alteró y por la noche tenía el capitán mucha fiebre. En vista de esto disminuí la dosis de virus, y pronto desaparecieron los desagradables síntomas.

Ocho días después comenózose á notar el efecto del tratamiento en el brazo. La hinchazón y el dolor cedieron mucho, y el capitán podía moverlo con más soltura; la mano quedó casi curada. Por lo demás, Alberto parecía gozar de perfecta salud: comía y dormía bien y estaba lleno de esperanzas.

Empecé á inyectar mayores cantidades de virus y el paciente las resistió sin experimentar reacción ninguna. Yo había rogado á Cortejo que me acompañara en el tratamiento, y juntos tomábamos todas las noches interesantes notas acerca del progreso de la curación.

El médico francés me había dicho que el tratamiento tardaría en causar efecto unos cuarenta días, y no habían transcurrido veinte cuando el capitán comenzó de súbito á perder las esperanzas; se desanimó por completo, y pasaba el tiempo observando los síntomas que iban presentándose. Estaba nervioso y cabizbajo, y acabó por perder el sueño y el apetito. Decía que el remedio no llegaría á producir efecto y que la muerte era segura.

—Esta inacción me mata, doctor, díjome un día. No temería colocarme á la boca de un cañón, porque moriría rápidamente, pero me es imposible soportar las agonías de esta horrible incertidumbre. Ya le indiqué á usted que para ciertas cosas soy un cobarde, y ahora lo estoy confirmando.

Durante aquellos días de ansiedad todas mis observaciones resultaron inútiles. El capitán estaba tan abatido, tan desesperanzado, que casi se negó á dejarme continuar el tratamiento. Pasaba con él todo

el tiempo posible, procurando no descuidar ningún detalle, y llegó á ser mi constante preocupación, mi pesadilla.

—Haga usted por animarse, le dije una mañana. El remedio va produciendo sus efectos, y hay grandes motivos para creer que dentro de tres días estará usted completamente curado.

—¿De veras lo cree usted así? preguntó.

—Sí lo creo, pero es necesario que deseché usted sus aprensiones.

Me miró fijamente, como si tratara de averiguar si le engañaba, y me pareció que se animaba un poco. Indudablemente mis palabras le habían impresionado. Por la noche le encontré menos abatido, y desde aquel día fué recobrando el ánimo y la salud.

—El resultado del tratamiento no puede ser mejor, le dije un día después del reconocimiento de costumbre.

—Pronto se podrá celebrar la boda, me atreví á decirle una semana más tarde.

Por fin llegó el ansiado día en que no hubo cáncer que curar. El brazo y el hombro habían vuelto á su primitivo estado, y lo único que quedaba de la enfermedad era un endurecimiento casi imperceptible. Inyectaba ya grandes dosis de virus sin que sufriera el paciente la menor reacción.

Una mañana el capitán pasó á verme á mi casa muy temprano.

—D. Arturo, me dijo, ayer comprendí, ó mejor dicho creí comprender por su mirada algo muy importante para mí.

—¿Qué fué ello?

—Que estoy curado.

—Es verdad, repuse.

—¿Curado del todo, doctor? ¿Cree usted que el veneno ha sido expulsado completamente de mi cuerpo?

—Aunque á mí mismo me parece maravilloso, contesté, creo firmemente que sí.

—¿Entonces podré casarme?

—Indudablemente.

—Y si tuviera hijos, ¿no sería de temer que heredasen la horrible enfermedad que me estaba consumiendo?

—No, no lo sería; puede usted estar tranquilo.

—Gracias, D. Arturo, muchas gracias, exclamó abrazándome muy conmovido. Mi padre es ya anciano, añadió, por lo cual supongo que de la enfermedad que acaba de sufrir le quedarán huellas para toda su vida.

—Es lo más probable.

—Pues entonces no ha de saber nunca lo que he padecido ni cuán expuesto estuve á que mi dolencia me llevara á la sepultura. En cuanto á usted, no encuentro palabras con que expresarle mi gratitud, que durará cuanto dure mi vida. Prometí á mi padre que, si vivía, me casaría con Lola, y me casaré. En su última carta me dice Lola que mi misteriosa ausencia durante estas seis semanas le ha intrigado mucho á mi padre, el cual ha llegado á manifestar que vendría á buscarme personalmente. Resuelto á poner fin á su incertidumbre cuanto antes, mañana volveré á Segovia y me casaré al día siguiente. ¿Nos hará usted el obsequio de acompañarnos, D. Arturo? Creo que bien necesita usted unos días de reposo y distracción.

Prometí asistir á la boda y cumplí mi palabra.





Cuentos del Continente oscuro



El escudo oculto

I



—TENGA paciencia, sahib, dijo el guía Hassán dirigiéndose á Federico, quien mostraba claramente el enojo que le producía no poder continuar la marcha.

—¡Paciencia! exclamó Federico. ¿Pero usted cree que mi paciencia es inagotable? Debíamos haber adelantado cincuenta leguas más en nuestro camino, y hace tres días que estamos detenidos haciendo los honores á este jefecillo africano.

—El sahib siempre tiene prisa, repuso Hassán con cierta gravedad. Bien sea en la marcha durante el día ó bien escuchando los cuentos de su esclavo, el fin es lo que busca. Si Alá hubiese permitido que el sahib fuese árabe, sabría esperar con más paciencia; pues, como ha declarado el gran profeta, no por mucho madrugar amanece más temprano.

—No lo dudo, replicó Federico; pero si Mahoma hubiese tenido que tratar con ese Kwembi, quizás hubiera cambiado de opinión y hubiese tenido tantos deseos como nosotros de salir de esta parte del Africa.

—Lo creo también así, Federico, dije yo, pues Kwembi es, sin duda ninguna, el más exigente de todos los reyezuelos con quienes hemos tenido que tratar. Cuando, según costumbre, le enviamos nuestros regalos, en seguida reclamó tres veces más que nuestra dádiva, y tan pronto como obtuvo lo que había pedido, declaró que perseguíamos algún secreto cuando tanto empeño teníamos en pasar por su territorio. Además, usted, Hassán y yo hemos hecho todo lo posible para obtener una audiencia de Kwembi, y hasta ahora no lo hemos conseguido.

—Kass, exclamó Federico dirigiéndose al jefe de nuestra escolta de wadigos, que bajo la sombra de un corpulento makooundec se había reunido con nosotros, te enviamos á conferenciar con el mayordomo de Kwembi para que, seduciéndole con la promesa de unas varas de paño, lograses para nosotros una entrevista con su jefe, y ¿qué es lo que ha dicho?

—Kwembi prohíbe que avancemos. Exige un buen rifle, y á cambio de él recibirá á los blancos en su palacio. Esta es la única manera de que podáis proseguir vuestro camino.

—De modo que ese jefecillo, reyezuelo ó lo que sea nos considera como prisioneros suyos, añadió Federico. Si Kwembi nos detiene un poco más, trataremos de forzar el paso á través de su territorio sin esperar su permiso, y en cuanto al rifle, que venga á buscarlo.

—El sahib se equivoca, dijo Hassán con ceño adusto, pues Kwembi no es ningún jefecillo. Tiene un gran número de hombres muy diestros en la lucha con lanza y escudo, y si es verdad lo que vuestro humilde servidor ha oído, el regalo de un rifle será bien poca cosa si se consigue llevar á los sahibs á presencia de Kwembi.

—¿Qué quiere usted decir con eso, Hassán? preguntó Federico, viendo que el árabe demostraba grande interés en que se hiciese el regalo.

—Mirad, interrumpió Kass, señalando unos cuantos indígenas que venían hacia nosotros. Kwembi envía á buscar la contestación.

—Entreguen ustedes el rifle, sahibs, añadió Hassán. Hoy Kwembi sólo pide uno; quizás mañana, antes de dejarnos avanzar, pida tres.

El árabe calló de repente, pues los indígenas se habían acercado á nosotros y repetían la demanda de su jefe, diciendo que éste no esperaba y que debíamos mandar en seguida la contestación.

El mensajero que así se expresaba en nombre de Kwembi no llevaba más ropa que una piel de leopardo; los brazos estaban cubiertos de correas de la misma piel. Rodeábale el cuello una cadena de cobre, torcido en formas extrañas, y el pelo, que era negro, estaba peinado en alto y entrelazado con filas de perlas. En una mano empuñaba una pesada lanza, calzada de hierro, y en la otra una varita de madera negra bruñida, la cual acreditaba su calidad de mensajero del rey.

Sus seis compañeros tenían cinturones y delantales de piel de gacela y collares de perlas rojas y negras en el cuello. Todos llevaban brazaletes de hierba trenzada y tocaban instrumentos musicales, cuyo ruido nos aturdía.

Apresuradamente mandé á Hassán á la tienda que nos habían cedido en busca del rifle, y tomando éste en una mano, con la otra indiqué que

aceptábamos las condiciones de Kwembi. Federico también accedió á ello, porque el aumento del impuesto que habíamos pagado era insignificante.

Conducidos por el mensajero y los músicos avanzamos hacia el palacio seguidos de Hassán y de Kass, y pasamos por entre las filas de hombres que esperaban nuestra llegada.

Tan pronto como estuvimos en presencia de Kwembi y contemplamos la escena que se ofrecía á nuestra vista nos convencimos de la exactitud de lo que antes había dicho Hassán.



LOS MENSAJEROS DE KWEMBI

El salón principal del palacio de Kwembi era muy elevado y la techumbre estaba cubierta de juncos. Las paredes se hallaban forradas con maderas de rosal y pendían de ellas gran número de armas, principalmente escudos y lanzas, tomados según creímos á otras tribus derrotadas en la guerra.

Rodeaba asimismo el trono buen número de guerreros, cuyo aire militar merecía nuestra admiración, que expresamos llenos de asombro al encontrarnos en presencia de Kwembi y de su esposa. Esta, á juzgar por el color de su cutis, pertenecía á una raza africana; era una mujer muy hermosa. Sus vestiduras, ricamente adornadas, parecían más propias de una europea que de una reina indígena. Las magníficas filas de perlas entrelazadas en su abundante pelo negro hacían resaltar sus perfectas facciones y la brillantez de sus hermosos ojos.

Sin embargo, nuestro inesperado encuentro con la reina no nos extrañó

tanto como el tipo de Kwembi. Este vestía al estilo árabe, con todos sus detalles, pero su cutis era tan blanco como el turbante que cubría su cabeza, y cuando nos dirigió algunas palabras para darnos la bienvenida, aunque no muy cariñosa, no pude menos de exclamar:

—¡Qué! ¿Acaso es usted español?

Kwembi, con suma gravedad, contestó afirmativamente, y después, en voz baja, murmuró algunas frases al oído de la reina, la cual, tendiéndonos la mano, dijo en correcto español:

—¿Por qué nuestros mensajeros no se enteran mejor? Anunciaron la llegada de unos mercaderes árabes con sus dependientes, y sólo uno de ustedes es árabe.

—Es nuestro guía, dijo Federico algo desconcertado al ver la gran reserva con que Kwembi nos acogía, y entregando el arma al extraño dijo: Hemos traído usted tanto de

Kwembi lo nidamente, y en vió diciendo



ES MUY PROPIO PARA UN SALVAJE, DIJO

jefe, añadiendo el rifle que seaba.

examinó detenidamente lo devolvió con frialdad:

—Será muy á propósito para un salvaje; pero, por mi parte, sentiría tener que hacer uso de él.

Y comenzó á exponer los defectos del rifle, con tal conocimiento del arma que comprendimos que no podíamos burlarnos de él.

—Bien, exclamó Federico, después que hubieron traído y colocado delante del trono unos taburetes cubiertos con pieles de leopardo, en los que tomamos asiento; la contribución que hemos pagado ha sido muy

aceptable, y por esa razón nos parece exagerada vuestra última exigencia. Ahora que, con gran sorpresa, hemos descubierto que es usted español y jefe de esta tribu africana, le daremos un magnífico rifle, pero con la condición de que nos permita atravesar su territorio.

Kwembi no respondió á este ofrecimiento, sino que procuró por todos los medios posibles cambiar de conversación.

Enviamos á Hassán á nuestra tienda, con encargo de traer algunas de las mejores armas de las pocas que nos quedaban, y esto le agradó mucho á Kwembi, aunque procuraba mostrar indiferencia.

Federico insistió en que nos permitiera continuar la marcha; pero aunque Kwembi nos dió permiso para retirarnos de allí, se negó rotundamente á acceder á la petición de mi amigo.

—¿Por qué se opone usted tanto á nuestra expedición? preguntó Federico algo amoscado al ver la terquedad de Kwembi, el cual, á su vez, interrogó:

—¿Y por qué ustedes tienen tanto empeño en atravesar mi territorio?

—Se lo he explicado ya, repuso Federico. Antes de emprender este viaje formamos el itinerario que nos proponíamos seguir, y, naturalmente, no quisiéramos alterarlo.

—¿Pudiera usted demostrarme que es cierto eso?

—No comprendo por qué desconfía usted de sus compatriotas, continuó Federico, y para probar que no nos guía segunda intención en este viaje, puede usted examinar este mapa. Y sacando del bolsillo un pliego de papel forrado de tela, se lo presentó desdoblado á Kwembi.

—En este mapa, dijo el reyezuelo examinando detenidamente una línea roja que marcaba nuestro camino, veo dos señales un tanto extrañas; ¿qué es lo que significan?

Tienen por objeto indicar los sitios donde más inesperadas aventuras nos han ocurrido.

—De modo que no van ustedes buscando el escudo...

—¿El escudo? No comprendo...

—Sí, buscando el escudo; para lo cual algunos mercaderes árabes han armado últimamente expediciones, y ocultando su verdadero objeto han tratado de obtener permiso á fin de atravesar mi territorio.

—De nada de eso estamos enterados, replicó Federico mirándome con sorpresa; pero supongo que no será esa la causa por la cual se opone usted á que avancemos.

—Sin duda ustedes no están enterados del rumor que circula entre los árabes, los cuales abrigan la creencia de que yo sé acerca de ese extraño escudo más de lo que quiero decir.

Y Kwembi púsose á hablar en voz baja con su esposa, la cual se levantó para dirigirse á otro departamento del palacio, mientras el reyezuelo, con una indicación, despedía á los guerreros que hacían la guardia al trono.

—No puedo fiarme de los árabes, prosiguió, y el permitir que pasara por mi territorio otra expedición destinada á buscar el escudo, después de



TAMBIÉN YO DUDÉ...

lo que me ha ocurrido, sería una simpleza. Si ustedes me diesen palabra de buscar el escudo para mí yo les permitiría continuar su camino, que precisamente atraviesa el sitio donde el escudo está escondido.

Al decir esto Kwembi se sacó del dedo una sortija muy rara y se la ofreció á Federico, quien se la devolvió después de examinarla.

—Es de usted, añadió Kwembi; tomadla y aceptad mis condiciones.

—Estamos enteramente á vuestra disposición y haremos lo posible para encontrar el escudo, dijo Federico; pero, ¿comprende usted bien la extrañeza que nos causa vuestro regalo?

Kwembi contestó afirmativamente, y cuando Federico entregó la sortija á Hassán para que la guardase, continuó el reyezuelo:

—¿Se extrañan ustedes de cómo la obtuve? La encontré en un sepulcro, y su forma y dimensiones corresponden exactamente con las de un anillo que perteneció á Menes, el primer rey de Egipto.

Haciendo una mueca de incredulidad, se atrevió á decir Federico:

—Por supuesto, usted no pensará que nosotros vamos á creer ese cuento. A menudo nuestro guía árabe...

—Pueden ustedes creerlo ó no, como gusten, replicó Kwembi, y dirigiéndose á la entrada del palacio se puso á dar una orden.

Poco después entraron unas mujeres indígenas llevando una artística mesa hecha de juncos, y cuando se hubieron retirado Kwembi nos dejó solos por unos momentos, al cabo de los cuales volvió á entrar y echó sobre la mesa un pergamino muy viejo y algo deteriorado que estaba lleno de jeroglíficos.

—Cuando encontré este pergamino y me enteré de su contenido, exclamó Kwembi, creí también que sería la invención de algún anciano egipcio. También yo dudé, pero oigan ustedes lo que pasó á consecuencia del hallazgo de este pergamino; y aunque les parezca increíble, aunque lo encuentren verdaderamente extraordinario, yo les aseguro que tendrán ocasión de comprobar su certeza.

Cuando hubimos examinado el pergamino á nuestro gusto, Kwembi lo cogió en la mano, y sentándose en el trono invitó á Federico á ocupar el asiento de la derecha, mientras Hassán y yo nos sentamos en los taburetes. Kass, sin abandonar su escudo y su lanza, se sentó en el suelo á estilo de los wadigos.

Kwembi, haciendo continuamente referencia al pergamino, dió comienzo á la historia, que nosotros escuchamos atentamente, convenciéndonos de que creía á pie juntillas todo cuanto relataba.

II

—De los sucesos que dieron lugar al descubrimiento de este pergamino les diré poco, empezó diciendo; solamente declararé que, durante algunos años, otro español y yo nos dedicamos á examinar las tumbas de Meydum, dentro de las cuales se habían encontrado unas esculturas muy antiguas. Nuestro empeño tuvo tan buen éxito que seguimos examinando las tumbas situadas en el valle del misterioso Nilo, hasta que un día descubrimos un sarcófago, y entre los tesoros enterrados con la momia de una mujer hallamos buen número de perlas. Algunas de éstas adornaban el cabello

de mi esposa cuando ustedes entraron en mi palacio. Además hallamos la sortija que les regalé á ustedes, la cual está minuciosamente descrita en los jeroglíficos del pergamino, muy difíciles de descifrar hoy. Como el documento contiene algunos detalles extraños de la vida de Menes el egipcio, nos interesó mucho el conocerlos.

Muchas historias se cuentan de ese rey, y aunque el pergamino pueda referirse á Menes, no por eso es seguro que el que trazó los jeroglíficos presencié los acontecimientos relatados en ellos, pues pudieron haber sido escritos muchos años después de que ocurrieron, aunque también es posible que estén fundados en la tradición, de lo que su autor había oído referir.

Menes fué visitado una vez por una reina de un país lejano, más bella, según el pergamino, que la famosa Cleopatra, la cual tuvo que navegar por un mar desconocido hasta entonces. Su escuadra estuvo durante muchos días á merced de las olas, hasta que por fin llegó á la embocadura del Nilo, que cruzaron la reina y su séquito.

Encantada la soberana ante la hermosura y esplendidez de aquellos paisajes, más de una vez alargó la mano para coger preciosas flores de las que crecían en las orillas del misterioso río.

Aun más hermosa que los paisajes era la reina, como hubiera podido atestiguar un príncipe que se hallaba sentado á sus plantas y que se hubiera considerado muy dichoso con alguna de aquellas miradas de admiración dirigidas por la soberana á todas partes menos á quien la idolatraba.

Menes celebró la visita de la reina con grandes festejos, y enamorado de ella la pidió por esposa, á lo que accedió la soberana.

Entre los muchos regalos hechos por ésta al rey egipcio cuando por primera vez visitó su territorio figuraba un escudo de oro, muy artístico, el cual llevaba incrustada una serpiente de tres cabezas, formadas por magníficos brillantes, y cuyos ojos y lenguas eran de rubies.

Cierto día, hallándose el rey en su trono, un esclavo permanecía á su lado de pie con el escudo en la mano, mientras que á los pies de la reina su esclava favorita cantaba, acompañándose con los dulces acordes de su lira. Los cantos de la esclava eran los de la tierra natal de la reina, cuyo país gobernaba á la sazón un príncipe nombrado por ella.

Mucho antes de todo esto, el príncipe que acompañó á la reina en su primera visita al país de Menes había indicado sus deseos de casarse con ella, pero en vano, porque la reina le rehusó.

Tan pronto como Menes y la reina se casaron, el príncipe desdénado comenzó á formar planes contra ellos y quiso promover una revolución, pero inútilmente, porque nadie le hizo caso.

Entonces resolvió tomar otra venganza, y al efecto, el día á que antes me he referido, penetró en el salón del trono provisto de un puñal, y aproximándose á Menes, como si pretendiera comunicarle al oído alguna noticia de importancia, levantó el puñal con ánimo de herirle. El esclavo, que advirtió á tiempo la maniobra, interpuso el escudo y recibió el golpe



LEVANTÓ EL PUÑAL CON ÁNIMO DE HERIRLE

en él. Veloz como el rayo, el príncipe se volvió hacia la reina y trató también de darla una puñalada, cosa que pudo evitar la esclava, aunque á costa de su vida, pues habiéndose interpuesto para esquivar el golpe, recibió la herida en el seno y cayó muerta lanzando un terrible grito. El escudo cayó de las manos del esclavo, y cuando éste lo recogió estaba manchado con la sangre de la esclava.

—¡Prendedle! exclamó Menes.

Y los guardias se llevaron al príncipe, mientras el rey condujo fuera

del salón á la reina, que se había desmayado al ver el escudo manchado con la sangre de la esclava que la había salvado la vida.

El príncipe, fuertemente amarrado, fué conducido á un sepulcro lejano, cerca de un manantial del río Nilo, donde le enterraron vivo, juntamente con el escudo y el puñal con que había dado muerte á la esclava. Esta fué enterrada, después de embalsamado su cadáver, con las perlas y un anillo del rey. En su tumba fué depositado este pergamino para que en todo tiempo pudiese quedar patentizado el cariño que sintió hacia la reina hasta sus últimos instantes.

—¿Y ustedes hallaron la tumba? pregunté á Kwembi al llegar á esta parte de la historia.

—Fué lo menos asombroso de cuanto sucedió. Tan persuadido estaba mi amigo en aquel tiempo de la exactitud de todo cuanto se consignaba en el pergamino, que no paró hasta convencerme para que le ayudara á buscar el sepulcro del príncipe con quien había sido enterrado el escudo, el cual, como es de suponer, era de gran valor. Largo tiempo pasamos registrando tumbas, hasta que al fin...

Calló de repente Kwembi. Le miré á la cara y vi que se había vuelto pálido, y que su frente estaba bañada en sudor.

—¿Al fin la hallaron ustedes? preguntó Federico, extrañado de aquella mudanza de Kwembi.

—Es muy extraña, contestó éste, la terminación de la historia; tan extraña, que quizás no la creerán ustedes. En efecto, encontramos la tumba del príncipe desconocido, la cual, como otros antiguos sepulcros, tenía una especie de antesala. Al entrar por ella hallamos el pozo á nuestros pies. Dos criados nos ayudaron á bajar por medio de una soga, y en el fondo encontramos una cueva. Encendimos en seguida una antorcha, y nos pusimos á reconocer el sitio en busca del sarcófago. ¡Figúrense ustedes cuál sería nuestra sorpresa al ver que no lo había! De súbito se le ocurrió á mi compañero una idea, y llamando á los criados mandó que nos bajarán un picachón, con el que se puso á golpear las paredes de la bóveda hasta que por fin consiguió hallar lo que buscábamos. En el mismo momento en que me disponía á renovar la antorcha, que estaba acabándose, exclamó mi compañero:

—¡Aquí está! El sarcófago ha sido cubierto con una muralla.

Continué golpeando con más fuerza y con bastante éxito, pero la nueva antorcha se acababa por instantes. Tan grande fué la impresión que esto nos produjo, que sólo tuvimos valor para pensar si el sarcófago habría sido colocado verticalmente, y pronto pudimos convencernos de que era así, pero la antorcha estaba ya casi por completo agotada.

Entonces levantamos la tapa del sarcófago, y se presentaron ante nuestra vista la momia y el escudo con las brillantes joyas. Precisamente en aquel momento se consumió la antorcha y nos quedamos á oscuras. ¿Qué sucedió luego? continuó Kwembi, levantándose del trono y cubriéndose la cara con las manos, como



si pretendiera apartar su vista de alguna escena horrible. *¡Vi el rostro de la momia que avanzaba hacia el mío. Caímos juntos y sentí que dos manos huesudas me apretaban el cuello!!* No pude gritar, porque casi había perdido el conocimiento; pero no me faltaron fuerzas para revolverme contra mi agresor y luchar con él en aquel lúgubre recinto, en medio de la más profunda oscuridad, sin que ni la más pequeña exclamación saliera de mis labios. Al fin conseguí verme libre de la momia, y corriendo hacia el sitio donde pendía la soga me até ésta á la cintura y mandé á los criados que me subieran.

Tan pronto como vieron los hombres la expresión de terror pintada en mi semblante, y las señas

DOS MANOS HUESUDAS ME APRETARON EL CUELLO

que conservaba de aquella terrible lucha, huyeron asustados, y hoy es el día en que no he vuelto á saber de ellos.

Entonces pensé en mi compañero. Preocupado con poner en salvo mi vida no me había acordado de él, lo confieso. Me puse á llamarle, dando gritos desde el borde del pozo, pero no obtuve contestación.

Cansado de llamar, horrorizado, medio loco, abandoné aquel sitio, y

durante muchos días, quizás semanas enteras, anduve errante sin saber á dónde dirigirme. Después, lo único que recuerdo es que, al despertar como de un sueño largo y profundo, me encontré con una mujer indígena arrodillada á mi lado. Según me dijo, habíame encontrado en una cueva y trataba de ocultarme de los hombres de su tribu.

Cuando me restablecí por completo, la indígena me instó para que volviese por el mismo camino que había traído; pero me negué á ello y opté por dirigirme al territorio de su tribu, á cuyo jefe, llamado Kaika, fui presentado por dos indígenas que me hicieron prisionero en cuanto me vieron.

Hacia tiempo que aquella tribu se hallaba en guerra con otra, y un día, hallándome yo con Kaika en este mismo palacio, llegó un mensajero diciendo que los guerreros se habían visto obligados á retirarse casi derrotados. Me era insoportable la vida, y con la idea de perderla me ofrecí á Kaika para pelear á su lado contra la tribu enemiga; pero tantas veces había sido engañado, que le costó algún trabajo el decidirse á aceptar mi ofrecimiento. Por medio de uno de sus servidores, que por su frecuente trato con los mercaderes árabes conocía algo mi idioma, logré hacerme entender del rey, á quien prometí encargarme de una división de sus hombres y conducirlos á la victoria.

Cuando Kaika reunió á los guerreros para defender el palacio y las viviendas de su gente elegí unos cuantos, los que más resueltos me parecieron, y los llevé conmigo. El rey me regaló un rifle, que por cierto me hizo muy buen servicio; los indígenas se persuadieron pronto de que el hombre blanco les traía la suerte, y hasta se creyó que la lluvia que cayó durante la noche anterior al combate era de buen pronóstico.

Dos horas antes del amanecer emprendió el ataque el enemigo, al que en muy poco tiempo cogí por retaguardia con mis hombres, y antes de que saliera el sol huyó aterrorizado, sin poder resistir el empuje vigoroso de aquellos valientes. Las pérdidas por ambas partes fueron muchas, y entre los heridos más graves se hallaba el mismo Kaika, á quien encontré tendido en el suelo y ya moribundo. Al verme hizo un esfuerzo para incorporarse, y entregándome su lanza cayó muerto en presencia de todos.

—¡El rey ha elegido al blanco para ocupar su puesto! gritaron los guerreros, y aquel mismo día, en el campo de batalla, me hicieron jefe de la tribu, á la que sigo gobernando y de la cual no me apartaré, pues he llegado á encariñarme con ella.

La indígena que me encontró en la cueva es hoy mi esposa, y mis hombres se han adiestrado tanto en el manejo de las armas, se han hecho

tan aptos para la guerra, que el poder de las cinco tribus vecinas de mi territorio ha sido anulado por completo.

—Los mercaderes árabes han tratado varias veces de obtener mi permiso para atravesar este territorio, pues han llegado á saber, ignoro de qué manera, la existencia del misterioso sepulcro, aunque desconocen cuál es el punto donde se halla, pero nunca he querido otorgárselo, y en cuanto al escudo, no he tenido valor para entrar en la tumba á buscarlo, porque no he olvidado que el príncipe con sus huesudas manos me apretó el cuello. ¿No se han convencido ustedes todavía? Pues acuérdense de que el pergamino dice claramente que no estaba muerto cuando le encerraron en el sarcófago.

—¿Pero cómo es posible que el príncipe haya vivido en aquella tumba desde el tiempo de Menes? preguntó Federico con cierta sonrisa irónica. Nuestro guía Hassán, como he dicho antes, es capaz de idear una buena historieta, pero la de usted...

Viendo que Kwembi había terminado, se levantó de su asiento mientras que el rey continuó:

—Opino que no conocemos la mayor parte de la misteriosa ciencia del antiguo Egipto. ¿Quién pudiera asegurar las condiciones en que fué encerrado allí el príncipe! Respecto de la lucha, si tuvo lugar ó no, que respondan estas señales.

Kwembi soltó el manto por el cuello, y mostrando algunas cicatrices, añadió:

—¿Están ustedes conformes con lo que les he propuesto? Ya que han aceptado ustedes el anillo de Menes, si me dan palabra de recobrar el escudo, que es mío por derecho de descubrimiento, designaré un cuerpo de guerreros para que les acompañen en la expedición. Una vez que lo obtengan, pueden ustedes remitírmelo. Únicamente así permitiré que continúen ustedes el viaje; de otro modo, tendrán que volverse atrás.

—¿Y si no encontrásemos el sepulcro? preguntó Federico.

—Eso no puede suceder, puesto que les diré el sitio exacto donde se halla.

Así lo hizo y quedamos conformes.

—Partiremos mañana al salir el sol, observó Federico cuando todo quedó arreglado á satisfacción nuestra.

En seguida nos condujeron á una tienda preparada para nosotros, en la que permanecimos conversando hasta media noche. Hassán y Kass atendieron al bienestar de los servidores.

A la mañana siguiente, guiados por los guerreros que Kwembi había elegido para que nos acompañasen, emprendimos la marcha.

A las dos semanas próximamente de haber salido del palacio de Kwembi nos hallábamos á poca distancia del sepulcro, hacia el cual avanzamos Federico y yo acompañados de Hassán y de Kass, y de dos guerreros encargados de hacerse cargo del escudo si teníamos la suerte de hallarlo. El resto de la comitiva hizo alto y estableció el campamento.

III

A pesar de las muchas veces que Federico y yo habíamos discutido el asunto, ninguno de los dos podíamos calcular cuál sería el término de aquella aventura, así es que nos cogió enteramente de sorpresa.

Después de recorrer un estrecho sendero que subía por las escarpadas rocas llegamos á una angosta entrada, por la que penetramos agachados. Siguiendo á Hassán, que marchaba por delante alumbrando con una antorcha, llegamos á una especie de cueva bastante alta.

—He aquí la entrada del sepulcro, sahíbs, exclamó el árabe cuando nos pusimos á su lado, admirando las fantásticas formas de las diversas rocas que sobresalían de las paredes y del techo. Federico encendió otra antorcha, y entregando su rifle á Kass hizo una indicación á Hassán para que avanzase.

Muy pocos metros habíamos avanzado cuando Hassán se detuvo, diciendo:

—Mirad, he aquí la bajada. Y nos indicaba un pozo cuya oscuridad infundía espanto.

Inmediatamente descendimos por medio de unas gruesas cuerdas, sostenidas por Kass y dos indígenas, hasta llegar á la bóveda de que nos había hablado Kwembi, y que no era ninguna excavación hecha de prisa.

Inmensas columnas de granito talladas con extraños dibujos sostenían el techo, y las paredes ostentaban caprichosas y diversas pinturas de no escaso mérito. Á la luz de las antorchas vimos una cara de esfinge medio borrada por la acción del tiempo, de mirada impenetrable y resuelta, que parecía volver los ojos con desdén para no ver los rostros suplicantes de las figuras que la rodeaban. Más allá estaba pintada una procesión, en cuyo centro marchaba un hombre, probablemente el príncipe, como si fuese conducido al cautiverio ó á la muerte.

Después de andar un buen trecho, á veces sorteando las columnas derrumbadas que nos cerraban el paso, llegamos á la pared del lado opuesto, en la que no encontramos entrada ninguna, á pesar de lo que se nos había asegurado.

—¿Si habremos sido engañados? exclamó Federico cuando nos dirigíamos hacia otra pared. Es tan extraño este sitio que casi me parece...

Calló de repente al ver que Hassán, que marchaba delante de nosotros, se había parado y estaba examinando algo en el suelo.

—El esclavo de los sahíbs ha encontrado lo que buscaba, exclamó el árabe.

Lo que Hassán examinaba era una abertura, como de siete pies de alta, hecha en la pared. Al pie se hallaban amontonados los materiales procedentes de la abertura, así como también un antiguo sarcófago roto, cuyos pedazos estaban entremezclados con trozos de madera. Estos procedían, sin duda, de la caja interior de la momia que había caído cuando el compañero de Kwembi arrancó la tapa.

Amarilla como el pergamino, aunque admirablemente conservada á pesar del tiempo, se hallaba la momia. No hubiera podido asegurarse si estuvo ó no estuvo envuelta en paños, pero ello es que entonces sólo tenía una venda muy gastada en la frente. La cara relucía de un modo extraño y el cabello se hallaba mezclado con abundante polvo. Toqué la mano que estaba más cerca de mí, y tras de mis dedos se fué una parte del brazo. Al aproximar la antorcha de Federico para examinar la momia más de cerca se desprendió una chispa, y al momento la mano y el brazo quedaron convertidos en cenizas, llenando el aire de olor á betún.

—¿Y el escudo? le dije á Federico al oído. ¿Dónde estará el escudo? Porque por más que lo buscábamos no podíamos dar con él, y al fin decidimos proceder con orden en el examen y reconocimiento de la bóveda. Federico y yo comenzamos por un lado y Hassán por otro.

La antorcha del árabe se distinguió perfectamente durante unos momentos, y no bien hubo desaparecido cuando le oímos dar voces invocando al gran Alá y á Mahoma.

Nos dirigimos apresuradamente al otro lado de la bóveda y hallamos un hueco que parecía conducir hacia arriba. Delante de nosotros marchaba Hassán corriendo y con la antorcha en alto. A poca distancia vimos la luz de afuera que alumbraba el hueco, y en seguida nos encontramos en el sendero que conducía á la tumba, aunque un poco más alto que el sitio donde habíamos estado antes. Oímos á nuestros pies un ruido como de alguna cosa que pegaba contra la roca, y nuevamente llegaron hasta nosotros las invocaciones de Hassán.

Mirando hacia arriba vimos al árabe luchando en un saliente con un individuo cubierto de harapos, cuya figura hacían más repulsiva sus enmarañados cabellos y su desgredada barba. La lucha en aquella altura causaba espanto. Ambos combatientes, con tenacidad que infundía miedo, procu-

raban colocar al enemigo de espaldas al precipicio para despeñarlo. Por un momento vimos á Hassán en una postura muy peligrosa; pero cuando ya le creíamos vencido y á punto de perecer, dió una rápida vuelta y lanzó á su adversario de cabeza por el abismo.

Nunca pudimos comprender cómo se las arregló para ello, pero es el caso que al caer se agarró al saliente de una roca, permaneció en él por un instante y lanzando una especie de aullido apretó á correr hasta ocultarse en uno de los muchos huecos formados en el peñascal. Tampoco hemos sabido nunca si aquel pañero de Kwembi, luchó equivocadamente del momento cada cual de la momia; por lo creímos. Para no aban más que fijarse en el da del sepulcro hasta la fácilmente podía haber ta de que nos habló Kwembi. Por otra parte, era casi seguro que las facultades mentales de uno de los exploradores se habían trastornado con motivo de aquella horrible y fatal equivocación.

—Sahibs, exclamó Hassán acercándose al sitio donde le aguardábamos formando mil conjeturas acerca de lo que había sucedido, el gran profeta



LANZÓ DE CABEZA
Á SU ADVERSARIO
POR EL ABISMO

individuo fué el com- que en la oscuridad con él, y en el apuro creyó hallarse en las garras menos, eso es lo que nosotros donar esta creencia no había hueco abierto desde la entrada del peñascal, y que sido hecho con la herramien-

me sugirió la idea de penetrar por uno de los huecos. Allí encontré á un hombre que, empuñando el extraño escudo, salió á impedirme el paso. Cuando acerqué la antorcha á la cara de aquel hombre huyó precipitadamente, y viendo que yo le perseguía marchó en dirección á la roca saliente. Allí, después de arrojar el escudo por el precipicio, se puso á luchar conmigo.



ARROJÓ EL ESCUDO POR EL PRECIPICIO

—Pues bien, Hassán, observó Federico mientras el árabe nos ayudaba á limpiar el escudo, que al caer se había estropeado algún tanto, á nuestro humilde servidor, como usted suele decir, le ha faltado muy poco para rodar por el precipicio y hacerse pedazos.

—El gran Alá y Mahoma su profeta protegieron á Hassán, agregó éste con gravedad.

En seguida colocamos el escudo sobre dos lanzas cruzadas, sujetamos

éstas á las espaldas de dos hombres de Kwembi y les dimos orden de que lo llevaran al campamento.

—Se conoce, sahibs, continuó el guía, que el destino de vuestro servidor es salvarse de todos cuantos peligros le amenazan, á fin de poder servir á los señores españoles y contarles de cuando en cuando los grandes hechos del gran profeta.

—Ojalá sea así, dijo Federico sonriendo. Ahora cuidaremos de que Kwembi se entere de la parte que ha tenido usted en los hechos realizados para recobrar el escudo, y cuando esta noche descansemos en nuestra tienda nos leerá usted algo del Korán ó nos contará una historia.

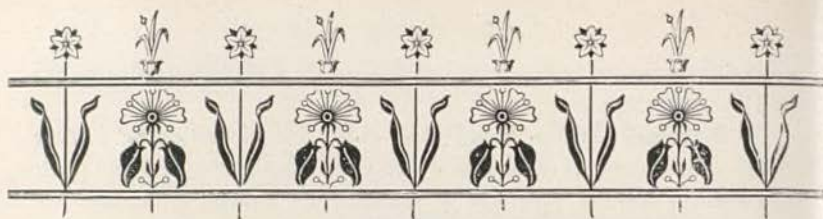
—Sahibs, para Hassán, el oír es obedecer.

Y nos dirigimos al campamento.

Al día siguiente enviamos á Kwembi el escudo con los indigenas y proseguimos nuestro viaje.

C. J. Mansford.





Cuentos del Coronel



El Rey en manos del Brigadier



PESAR de todo cuanto os he contado, amigos míos, creo que jamás llegaréis á comprender quién era yo en aquellos tiempos. Me habéis conocido siempre de paisano, con cierto aire y ciertos modales, es verdad, pero siempre de paisano, lo cual es muy distinto que si me hubierais conocido de militar. Si me hubieseis visto en la puerta de la taberna de Alamo el día 1.º de julio de 1810, entonces sabríais hasta dónde puede llegar un húsar. Hacía un mes que estaba detenido en aquella aldea, á consecuencia de una lanzada que recibí en el tobillo del pie derecho y que me impedía ponerlo en el suelo. Al principio éramos cuatro: el viejo Bouvet, de los húsares de Berchany; Jacques Regnier, de los coraceros, y un capitancillo alegre y gracioso, cuyo nombre no recuerdo; pero todos se curaron y habían marchado apresuradamente á sus respectivos cuerpos, dejándome allí consumido de tedio y tan apenado que más de una vez ¿por qué no decirlo? asomaron las lágrimas á mis ojos, al pensar en mis húsares de Conflans y en la deplorable situación en que se hallarían faltándoles su coronel. No había llegado todavía á brigadier, y aunque era el coronel más joven del ejército, mi regimiento venía á ser para mí lo que la esposa y los hijos son para otros. Se me partía el corazón al considerar que no tenían jefe. Verdad es que Villaret, el comandante, era un excelente militar; pero ¿qué queréis! aun entre los mejores, no todos son buenos.

¡Ah, que día tan feliz aquel en que pude salir cojeando hasta la puerta de la taberna y permanecer allí un rato recibiendo los ardientes rayos del sol de España! ¡Qué hermoso me pareció todo aquello!

La noche anterior había recibido noticias de mi regimiento, y sabía que se hallaba haciendo frente á los ingleses en Pastores, pueblecito situado en el otro lado del monte. La distancia no era muy larga, ¿pero cómo llegar hasta mis húsares? La lanza que me destrozó el tobillo había dado muerte á mi caballo. Consulté con Gómez, el tabernero, y también con un cura que se hospedaba en la casa, y lo único que pudieron decirme fué que no quedaba ni un solo caballo en toda aquella comarca. El tabernero no quería ni oír que yo estaba dispuesto á atravesar el monte sin escolta ninguna, pues me aseguró repetidas veces que el Cuchillo, jefe de una partida de bandoleros, andaba por allí con su gente, y que, con la disculpa de ser guerrilleros y aliados de los ingleses, saqueaban y degollaban á todo el que caía entre sus garras.

El cura observó que no creía que un militar francés se detendría por tan poca cosa, y, por supuesto, si yo hubiese tenido idea de vacilar en mi propósito, su observación hubiera bastado para decidirme con entera resolución. Pero un caballo, ¡un caballo! esto era lo que yo pedía. ¿Cómo sería posible procurármelo?

Aquella mañana, de pechos en el balcón, forjaba yo mil planes y proyectos, cuando de pronto oigo ruido de herraduras, y levantando los ojos veo que se acercaba un individuo, envuelto en la capa azul de los de la Intendencia militar. Montaba un hermoso caballo negro, con una mancha blanca en la mano derecha.

—¡Hola, amigo! exclamé.

—¡Hola! contestó secamente.

—Soy el coronel Gerard, de los húsares de Conflans, añadí. Llevo aquí un mes curándome de una herida que recibí en el tobillo, pero ya estoy bien y quisiera incorporarme cuanto antes á mi regimiento, que está en Pastores.

—Yo soy Vidal, de la Comisaría, dijo, y marchó á Pastores. Me alegraré de ir en su compañía, coronel, pues tengo entendido que el camino no es muy seguro.

—¡Ay, cuánto lo siento! amigo Vidal, repuse; pero no puedo acompañarle, porque no tengo caballo. Si usted quiere venderme el suyo, le prometo enviar una escolta de húsares á buscarle.

Ni quiso aceptar mi proposición ni produjeron en él ningún efecto las terribles historias que le refirió el tabernero acerca de Cuchillo y

su gente, de aquellos bandoleros encubiertos con la capa de guerrilleros que no suelen faltar en ninguna guerra. Lo que hizo fué llamar en alta voz para que, inmediatamente, le sirvieran un vaso de vino.

Con cierta diplomacia le invité á que se apeara y lo bebiese conmigo, pero debió de leer en mis ojos lo que tramaba y se negó. Luego, cuando me acerqué con la idea de hacerle apeaar por la fuerza, metió espuela al caballo y marchó á galope tendido, envuelto en una nube de polvo.

—¡Qué rabia me dió verle correr tan alegremente á unirse con los barriles de carne y las barricadas de coñac, mientras yo pensaba en mis valientes húsares, que se veían privados de su jefe! De pie en el balcón de la taberna le seguía con la vista, llena la imaginación de amargos pensamientos, cuando siento que me tocan en el codo. Me vuelvo y me encuentro con el cura de quien antes hablé.

—Soy yo, dijo, el que puede servirle.

Le abracé con efusión, y como en aquel crítico momento se resintiera mi tobillo, fué milagro que no cayéramos los dos rodando juntos por el suelo.

—Haga usted que me lleven á Pastores, exclamé, y le regalaré á usted un rosario con cuentas de oro.

Había tomado uno en el convento del Espíritu Santo, y entonces me venía muy bien. Con esto comprenderéis cuán conveniente es tomar todo lo que se pueda cuando uno está en campaña, y cómo llegan á ser útiles aun las cosas que menos lo parecen.

—Yo le llevaré, dijo, hablando un francés muy correcto, no por la recompensa, sino porque me place servir á todo el mundo.

Y sin más me condujo á una vaquería de la aldea, donde hallamos una especie de diligencia deteriorada y muy antigua, como las que se usaban á principios del siglo XIX en nuestros más apartados pueblecillos. Había también tres mulas viejas, ninguna de las cuales era bastante robusta para llevar á un hombre, pero que juntas podrían quizás arrastrar al destartelado carruaje. Al ver sus flacas costillas y sus patas llenas de esparabanes sentí un placer más grande que el día que en Fontainebleau admiré los doscientos cincuenta caballos árabes del Emperador, verdaderamente magníficos.

Diez minutos después su dueño las aparejaba, aunque de mal talante, pues tenía un miedo horroroso al Cuchillo. Sólo á fuerza de prometerle riquezas en esta vida, mientras el cura le amenazaba con la condenación en la otra, conseguimos que subiera al pescante y tomase las bridas entre las manos. Luego tenía tanta prisa para marchar, que

apenas me dió tiempo para renovar mis votos y promesas á la hija del tabernero. En este momento no recuerdo cómo se llamaba la muchacha, pero sí que era muy guapa, y aun me parece estar viendo cómo lloramos al separarnos. Comprenderéis, amigos míos, que cuando un hombre que ha peleado con los hombres y ha tratado con las mujeres de catorce países distintos pondera á los unos ó á las otras, es porque realmente lo merecen muy de veras.

El curita se puso un poco serio cuando nos dimos el beso de despedida, pero una vez en la diligencia resultó un compañero muy agradable. Durante el camino me entretuvo contándome historietas de su parroquia, allá en lo alto del monte, y yo, en cambio, le referí algunas de mis aventuras en campaña; pero ¡caracoles! tuve que andar con mucho tiento, porque cuando decía algo que no era de su agrado se revolvía en el asiento y me lanzaba miradas que no me hacían gracia ninguna.

Por supuesto, no es de caballeros ni de personas bien educadas el hablar de mala manera á un religioso; pero á veces, aunque se ponga el mayor cuidado del mundo, las palabras se escapan sin querer.

Venía el señor cura, según me dijo, del Norte de España, y se encaminaba á una aldea de la provincia de Extremadura para visitar á su madre. Cuando me habló del caserío donde se había criado, y del placer, de la alegría inmensa que recibiría su madre al abrazarle de



SOY YO, DIJO, EL QUE PUEDE SERVIRLE

nuevo, me conmovió tan profundamente que se asomaron las lágrimas á mis ojos.

Además me enseñó los regalitos que la llevaba; pero tan sencillo, tan franco y tan amable, que no me extrañó oírle decir que le apreciaban todos cuantos le conocían.

Examinó mi uniforme con la curiosidad de un niño, admirando la pluma de mi morrión y pasando los dedos por la piel con que estaba adornada mi chaqueta. Me desenvainó también el sable para mirarlo, y cuando le dije cuántos hombres había matado con él, y señalé el nudo hecho con la paletilla de un ayuda de cámara del emperador de Rusia, se estremeció y ocultó el arma bajo el cojín de cuero, declarando que le horrorizaba sólo el contemplarla.

Así entretuvimos el camino, charlando amistosamente, cuando al llegar á la estribación del monte oímos hacia la derecha el estampido de algunos cañonazos. Comprendí que debía ser Massena, el cual, según las noticias que había recibido, estaba sitiando á Ciudad Rodrigo.

Hubiera tenido sumo gusto en ir á verle, pues le quería mucho, pero no podía ser, y hube de consolarme pensando que un sitio resulta siempre algo aburrido, y que mayores glorias me esperaban haciendo frente á los ingleses con mis valientes húsares.

A cada legua que recorriamos iba en aumento mi alegría, hasta que comencé á cantar como un tenientecillo recién salido de Saint-Cyr.

Al empezar el ascenso del monte, el camino se hacía más escabroso y el viaje más difícil. Al principio habíamos tropezado con algunos tratantes en mulas, pero ya todo el país parecía estar enteramente desierto; cosa que no era de extrañar si se tenía presente que los ingleses, los franceses y los guerrilleros habían pasado por allí.

Harto de cantar y cansado de ver siempre el mismo paisaje, que no ofrecía atractivo ninguno, dejé de mirarlo y quedé silencioso pensando, ya en las mujeres á quienes había querido, ya en los caballos que había manejado. Salí de aquella especie de abstracción al observar los esfuerzos que hacía mi compañero de viaje, el cual, con algo así como un punzón de hierro que había sacado del bolsillo, procuraba hacer un agujero en la correa de su frasco de agua. Mientras así trabajaba con manos temblorosas, la correa se le escapó de entre los dedos y el frasco cayó á mis pies. Me incliné para recogerlo, y antes de que pudiera levantarme, el fingido cura saltó sobre mis hombros y me clavó el punzón en un ojo.

Como sabéis perfectamente, amigos míos, estoy muy acostumbrado

á toda clase de peligros. Cuando uno ha servido desde los tiempos de la cuestión de Zurich hasta el último día fatal de Waterloo, y ha ganado la medalla especial de valor, que con el mayor cuidado conservo en su estuche, bien se puede confesar cuándo se recibe un susto. Conque podéis consolaros, si alguna vez os asustáis, recordando haber oído decir al brigadier Gerard que también á él le costó asustarse una vez.

Además del miedo que me dió tan inesperada acometida y del rabioso dolor que sentí, mi repugnancia fué tan grande como la que pueda experimentarse cuando algún reptil asqueroso hunde sus colmillos en la carne.

Le agarré con las dos manos, y arrojándole violentamente al suelo del carruaje le pisoteé con mis pesadas botas. Dentro de la sotana ocultaba una pistola; pero conseguí arrebatársela, y me dejé caer de rodillas sobre su pecho. Entonces comenzó á dar gritos horribles, mientras yo, ciego de coraje, buscaba el sable, que tan astutamente había ocultado el pseudocura.

En el momento en que lo empuñé con una mano, y con la otra apartaba la sangre que me cubría los ojos para ver la postura en que se hallaba mi enemigo, el carruaje voló, y con el brusco movimiento se me escapó el arma. Antes de que acertara á darme cuenta de lo que había ocurrido abrióse con violencia la portezuela, y entre varios hombres me arrastraron del coche por los talones.

A pesar del dolor del ojo y del golpe que recibí al caer sobre un montón de piedras indescriptible alegría invadió todo mi sér, pues en la lucha que sostuve con los bandoleros se me subió la chaqueta hasta la cabeza, cubriéndome uno de los ojos, el sano. Con el otro pude ver á los bandoleros, lo cual me demostraba que no había perdido la vista para siempre. Esta cicatriz os probará cómo pasó el punzón por entre la córnea y la niña del ojo. Sin duda mi enemigo tuvo la intención de hundírmelo hasta el cráneo, y lo que sí consiguió fué aflojar una parte del hueso interior de la cabeza. Tan es así, que me costó más trabajo y más tiempo curarme esa herida que ninguna de las diez y siete que he recibido.

En medio de horribles blasfemias me arrastraron un buen trecho golpeándome con los puños y pisoteándome con los pies, que afortunadamente, como solía usarse en aquel país, llevaban calzados con albarcas. Después de un rato, al ver la sangre que me cubría la cara y que permanecía tranquilo, creyeron sin duda que había perdido el conocimiento y me dejaron en paz. Pero no había tal cosa, pues lo



ENTRE VARIOS HOMBRES ME ARRASTRARON POR LOS TALONES

que hacía yo era fijarme bien en todos ellos por si algún día llegaba la ocasión de encontrármelos frente á frente y hacerles pagar cara su hazaña.

Eran hombres gruesos y altos, de tez morena y pelo negro. Llevaban pañuelos amarillos en la cabeza, y en la cintura fajas rojas, por las que asomaban pistolas y navajas.

Habían colocado en el camino dos enormes piedras, las cuales, rompiendo una de las ruedas del carruaje, le habían hecho volcar. En cuanto al infame que, fingiéndose cura, me había engañado tan villanamente con las historias de su madre y de la parroquia, supo, por supuesto, con anticipación, dónde estaba la emboscada, y procuró inutilizarme antes de que llegáramos á ella.

No puedo explicaros la rabia furiosa de que dieron muestra cuando, al sacarle del carruaje, vieron el daño que le había hecho. Si bien no recibió de mis manos todo cuanto merecía, conservaba por lo menos un recuerdo de su encuentro con Etienne Gerard, pues al ir á ponerle de pie cayó de golpe sentado en el suelo. Aunque estaba sufriendo horribles dolores, no cesaba de lanzarme con sus ojillos negros, que tan inocentes y tan simpáticos me habían parecido antes, feroces y profundas miradas; parecía un tigre herido.

Cuando me pusieron en pie y me arrastraron por el estrecho camino, comprendí que iba á llegar el momento en que necesitaría todo mi valor y todos mis recursos. Por detrás venían dos de los bandoleros llevando en hombros á mi enemigo, que no cesaba de dirigirme toda clase de injurias y maldiciones.

Calculo que tardáramos una hora, poco más ó menos, en subir la cuesta, y entre la herida del tobillo, el dolor del ojo y el temor de haber quedado desfigurado para siempre, recuerdo que pasé un rato atroz, el peor de mi vida.

No fui nunca muy aficionado ni muy ágil para trepar montes; sin embargo, cuando se va entre dos bandoleros y con una navaja de nueve pulgadas arrimada á cada lado de la sien, de todo se siente uno capaz.

Por fin llegamos á un punto donde el camino, después de rodear la cumbre, descendía por el otro lado entre hileras de pinos á un valle que se extendía hacia el Sur. Al ver aquello, en seguida comprendí que los bandoleros en tiempo de paz eran contrabandistas, y que por aquel sitio pasaban la frontera de Portugal. Vi marcas de mulas en la tierra, y después de unos momentos noté con sorpresa las huellas de un caballo grande, que al llegar á un claro entre los pinos vi atado á un árbol. En seguida le reconocí. Era el caballo que había pedido

aquella misma mañana en la taberna. ¿Qué había sido de Mr. Vidal? ¿Sería posible que algún otro francés se hallase en el mismo trance, en el mismo apuro en que yo me veía?

Engolfado me hallaba en estos pensamientos cuando los bandoleros se detuvieron, y uno de ellos lanzó un silbido particular, que fué contestado por otro igual, que parecía venir de unos zarzales situados al pie de un peñasco, en un lado del claro. Un momento después salieron otros diez ó doce bandoleros y las dos cuadrillas se saludaron amistosamente.

Los recién venidos rodearon al pseudocura, dirigiéndole frases cariñosas, mientras que á mí me lanzaban miradas terribles, blandiendo las navajas. Indudablemente había llegado mi último momento, y ya estaba disponiéndome para hacer frente á la muerte de manera digna, cuando de pronto uno de ellos dió una orden y me llevaron hasta los zarzales del peñasco, en el que se abría una cueva. Al entrar en ésta, cuyo interior alumbraban dos antorchas, vi sentado al lado de una ruda mesa de pino á un hombre de aspecto singular. Por el respeto con que los demás le trataban comprendí en seguida que era el jefe de los bandoleros, el terrible Cuchillo.

El que había venido conmigo en el carruaje estaba sentado sobre un barril, con las piernas inutilizadas, y de la conversación que sostuvo con el jefe saqué en consecuencia que él era el segundo de la banda, y que una parte de sus obligaciones consistía en atraer á los viajeros, como yo, con su dulce conversación y su traje talar. Cuando pensé en los muchos oficiales cándidos que probablemente habían sido engañados por aquel monstruo, me alegré muchísimo de haber puesto fin á sus villanías, por más que creí sería á costa de mi vida, que ni á mi país ni á mi Emperador les convenía que se acabara.

Mientras el herido, sostenido por dos compañeros, refería al jefe lo que había ocurrido, otros tres me tenían á mí sujeto delante de la mesa á que el jefe se hallaba sentado; así que pude observarle á mi gusto.

Jamás he visto hombre con menos cara de bandolero, sobre todo de bandolero que por su extremada crueldad se había ganado el siniestro mote que llevaba.

Tenía el rostro ancho, grueso y de aspecto benigno, con buen color y unas patillas que, más que de bandolero, le daban aires de tendero de ultramarinos bien acomodado. No llevaba en la cabeza el pañuelo amarillo, ni en la cintura la faja roja que llevaban los demás; antes por el contrario vestía una chaqueta larga de buen paño, y á excep-

ción de las polainas, nada se descubría en él que indicase la vida de monte que hacía. Con su aspecto correspondían las cosas que le rodeaban, pues encima de la mesa tenía una caja de rapé y un libro grande, parecido á un diario de comercio. Sobre una tabla colocada entre dos barriles de pólvora que la servían de sostén había montones de libros y papeles distribuidos por todas partes. Algunos contenían versos.

Todo esto lo observé mientras él, reclinándose con holgura en la silla, escuchaba la relación de su segundo.

Cuando éste terminó, dió orden Cuchillo para que lo retiraran de allí, y yo me quedé entre mis tres guardianes esperando lo que viniese. El jefe tomó una pluma, y dándose con ella en la frente encogió ligeramente los labios, mirando por el rabillo del ojo al techo de la cueva.

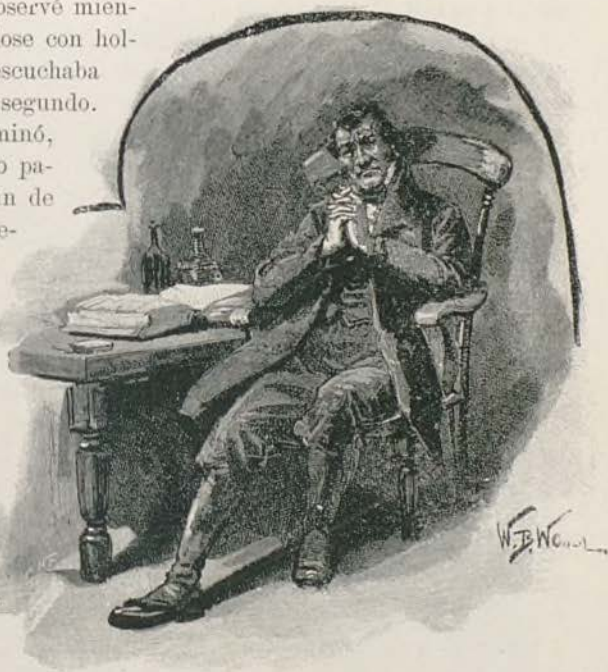
—¿Podrá usted, dijo después

de unos momentos de silencio, indicarme un consonante para la palabra Covilha?

Contesté que mi conocimiento de la lengua española era muy limitado, y que por lo tanto me era imposible complacerle.

—Es una lengua riquísima, añadió, aunque menos abundante en rimas que el inglés, el francés y el alemán. He ahí el por qué se escriben nuestras mejores obras en verso libre, forma de composición que es desconocida en vuestra literatura, pero que resulta admirable. En fin, estas cosas no son para la inteligencia de los húsares.

Estuve á punto de replicarle que, si un jefe de bandoleros tenía bastante talento para comprenderlas, mejor podría tenerlo un húsar;



EL JEFE

pero vi que no me hacía caso, pues estaba preocupado con la terminación del verso que tenía entre manos.

Después de un rato de trabajo arrojó la pluma y se puso á declamar en alta voz unos cuantos versos de su composición, los cuales fueron acogidos con ruidosos aplausos por mis guardianes. El Cuchillo quedó muy complacido, y hasta se ruborizó como una joven á quien se piropea por primera vez.

—Parece que los críticos me favorecen, dijo dirigiéndose á mí. Y añadió con visible deleite: Cuando las noches son largas, las pasamos recitando nuestros propios versos. Tengo suma facilidad para hacerlos y no pierdo la esperanza de ver impresas algunas de mis composiciones. Pero dejemos esto ahora. ¿Tiene usted la bondad de decirme su nombre?

—Etienne Gerard, contesté.

—¿Rango?

—Coronel.

—¿Regimiento?

—Húsares de Conflans.

—Es usted muy joven para ser coronel.

—Mi carrera ha sido muy brillante.

—Tanto más triste. ¡Qué lástima! Y sonrió con cierta hipocresía.

No repliqué nada, pero procuré darle á entender que estaba dispuesto á todo.

—A propósito, continuó empezando á hojear el libro mayor ó que así al menos lo parecía. Creo que hemos tenido entre manos á alguno del cuerpo de usted. Procuramos anotar siempre nuestras operaciones, y veo aquí un apunte fechado el 24 de junio. ¿No tenían ustedes un oficial llamado Soubiron, muchacho alto, delgado y rubio?

—Sí, contesté secamente.

—Veo que le enterramos aquel día.

—¡Pobre muchacho! exclamé conmovido. ¿Y cómo murió?

—Lo enterramos.

—Pero moriría...

—No me entiende usted, señor coronel. Cuando le enterramos no había muerto. En tiempo de guerra hay que tratar duramente á quienes se atreven á invadir un país que no es el suyo. ¿Qué fué una atrocidad? Váyase por las muchas que los franceses han cometido con pobres españoles.

—¿Le enterraron vivo? exclamé loco de horror.

Y sin más me lancé sobre aquel monstruo que me contemplaba

con la más apacible de las sonrisas. Le hubiera matado si no me contienen mis guardianes.

Una y otra vez volví á atacarle echando maldiciones y desahuciéndome cuándo de uno cuándo de otro de los que me sujetaban, pero nunca libre del todo.

Por fin, con la chaqueta casi arrancada del cuerpo y la sangre



ME LANCÉ SOBRE AQUEL MONSTRUO

cayendo á chorros de las muñecas me echaron hacia atrás y me sujetaron los brazos y los pies con gruesas cuerdas.

—¿Conque os atrevéis á tratar así á nuestros hombres? exclamé furioso y fuera de mí. Todavía habéis de aprender que mi Emperador tiene la mano muy dura, y por más que estáis bien escondiditos aquí os hará pagar cara vuestra osadía.

Di rienda suelta á mi lengua, y creo que solté cuantas palabras feas y mal sonantes aprendí en mis catorce campañas, y que no repetiré ahora; pero él, sin hacerme caso ninguno, continuaba dándose en

la frente con la pluma y mirando al techo, como si buscara allí la inspiración. Esto me hizo comprender cómo podía herirle.

—¡Qué infamia, dije, y qué entretenimiento para un jefe de bandoleros dedicado á escribir malas coplas!

¡Ah, si le hubierais visto, amigos míos, cómo saltó de la silla al oír esta exclamación! Se tornó lívido y me dirigió una mirada amenazadora.

—¡Muy bien! señor coronel, dijo ahogándose de rabia. Basta con lo que ha dicho usted. ¿No es cierto que su carrera ha sido brillante y distinguida? Pues le prometo que la muerte lo será también. Etienne Gerard, coronel de los malditos húsares franceses, recibirá una muerte digna de su conducta.

—Por mi parte, añadí, sólo pido que la conmemoréis con unas coplas tan inspiradas como las que brotan de vuestra péñola.

Se me ocurrió decirle algunas otras cositas, pero no me dió tiempo. Obedeciendo un gesto furioso que hizo con la mano, los tres guardianes me sacaron de la cueva.

La entrevista había durado más tiempo del que yo creía, pues cuando salimos de la cueva era ya muy de noche y los rayos de la luna alumbraban el valle. Los bandoleros habían encendido una hoguera con las ramas secas de los pinos y en un enorme caldero de cobre preparaban la cena. El cuadro que ofrecían sentados en derredor del fuego era muy pintoresco y no pude menos de admirarlo, á pesar de las circunstancias.

Algunos oficiales no tienen ni pizca de afición al arte, pero yo no soy así; siempre me han llamado la atención estas cosas. Recuerdo, por ejemplo, que cuando Lefevre vendía el botín de guerra, después de la toma de Dantzig, compré un magnífico cuadro titulado «Ninfas sorprendidas en el bosque», y lo llevé conmigo durante dos campañas enteras, hasta que por fin mi hermoso Rataplán me lo pisoteó. Os digo esto, para probaros que nunca fuí un militar ordinariote como Napp y como Ney.

Por desgracia, allí en el campo de los bandoleros tuve poco tiempo para pensar en el arte ni en cosas parecidas. Mis guardianes me hicieron sentar al pie de un pino, y rodeándome los tres se pusieron á fumar tranquilamente. ¿Qué hacer? No lo sabía. Durante mi carrera no creo haberme hallado ni seis veces en situación tan desesperada. Sin embargo, procuraba animarme, diciendo para mis adentros: ¡Valor, muchacho! Ten ánimo y valor. No te han hecho coronel á los veintiocho años, sencillamente, porque sabes bailar el coti-

llón. Eres un hombre singular, Etienne; hombre que ha corrido mucho mundo y se ha visto en grandes apuros. ¿Has de permitir que sea esta tu última hora?

Y me puse á buscar algo que me indicara la manera mejor de huir de allí cuando hice una observación que me llenó de asombro.

Ya os he dicho que los bandoleros habían encendido una hoguera en el centro del claro. Con el resplandor de las llamas que salían del fuego y el brillo de la luna, la claridad era muy grande: parecía de día. En el otro extremo, y casi enfrente de mí, vi un pino alto que tenía el tronco y las ramas bajas enteramente secos, como si recientemente se hubiera quemado algo alrededor de él. Un montón de zarzas que crecían delante ocultaban de mi vista la base; pero fué grande mi sorpresa al ver colgado, por encima del zarzal, un buen par de botas de montar con las puntas hacia arriba. Después de fijarme bien me enteré de que las botas no estaban atadas, sino clavadas al pino con enormes clavos. No estaban vacías, y al volver un poco la cabeza hacia la derecha pude distinguir quién era el que se hallaba colgado por los pies. Harto sé, amigos míos, que no es agradable hablar ni pensar en estas cosas; pero al contar la historia no puedo menos de referirla tal y como sucedió, sin quitar ni poner nada.

En verdad que los bandoleros trataban harto duramente á los franceses que caían en sus manos. Sin duda el odio que nos tenían á los invasores no reconocía límites.

De todo corazón compadecí al pobre Vidal, y me eché á pensar si habría hecho frente á tan cruel castigo con el ánimo y el valor propios de todo buen francés, aunque esto, de todos modos, no podía servirme de mucho consuelo.

Cuando estuve en la cueva con el jefe me impresionó tanto lo que me dijo de Soubiron (que por cierto era un muchacho muy alegre y muy valiente), que en todo pensé menos en mí mismo. Tal vez hubiera sido mejor darle buenas palabras, atraerse sus simpatías; pero la cosa ya no tenía remedio y había que pagar con la muerte aquel atrevimiento, aquella osadía. Y si al inofensivo comisario le habían tratado de aquel modo, ¿qué podría esperar yo, que le había roto la espina dorsal al segundo de aquella gavilla? En fin, de todos modos era hombre sentenciado, y no me pesaba haberme conducido con valor hasta el último instante.

Me puse á pensar en mi madrecita querida, en las muchachas que llorarían mi muerte, en lo mucho que sentirían ésta mi país y mi Emperador... y no me avergüenzo al confesaros que derramé amargas

lágrimas al considerar la general consternación que causaría mi prematuro fin.

Pero no por eso dejé de fijarme en todo para ver si hallaba la manera de escapar de las garras de aquellos malos españoles.

Por lo pronto no cesaba de dar estironeillos, primero á la cuerda que me sujetaba las muñecas y luego á la que tenía á los pies, mientras que mis ojos procuraban husmearlo todo.

Como un húsar no es nadie, por decirlo así, sin el caballo, no hacía más que mirar y remirar á uno que estaba paciendo tranquilamente á unos treinta metros de mí, y también me fijé en que el camino por donde habíamos subido al monte era tan empinado y tan escabroso que, para recorrerlo, sería preciso llevar de la brida al animal, y aun así ofrecía algunos peligros; pero en cambio, el sendero del otro lado era más llano y más abierto y conduciría, sin duda alguna, á un valle dilatado y ameno.

Mientras así pensaba, salió de la cueva el jefe, y acercándose á su segundo, que estaba echado en un jergón cerca del fuego, habló unos momentos con él. Hizo el segundo un gesto de aprobación, y mirándome los dos rompieron á reír á carcajadas. En seguida dirigió el jefe algunas palabras á sus hombres, los cuales respondieron con exclamaciones de alegría y grandes risotadas. Indudablemente las cosas se ponían graves, muy graves para mí; pero tuve la satisfacción de notar que había conseguido aflojar las cuerdas de las manos, de manera que podía deshacerme de las ligaduras cuando quisiera. En cambio, los pies estaban tan sujetos como antes, pues al hacer algún esfuerzo para soltarlos, el dolor de la herida del tobillo era tan agudo que tenía que morderme los labios para no quejarme, hasta que me convencí de que no había más remedio que esperar los acontecimientos y me dediqué á observar á los bandoleros.

Al principio no podía formar idea de lo que intentaban, cuando vi que uno de ellos se encaramó en un pino que crecía en un lado del claro y ató en la punta una soga; en seguida se dirigió á otro pino en el otro lado, y ató también en la punta otra soga. Quedaron colgando las extremidades de las dos sogas, y sentí curiosidad por saber qué pensaban hacer con ellas. Después se agarraron todos á una de las extremidades, y tirando con fuerza doblaron el árbol hasta formar una curva muy violenta y ataron la soga á un madero.

La misma operación hicieron con el otro árbol y la otra soga, y entonces fué cuando comprendí el horrible suplicio que pensaban imponerme.

—Supongo que es usted fuerte, coronel, díjome el jefe, acercándose con su sarcástica sonrisa.

—Si hace usted el favor de soltarme estas ligaduras, respondí, pronto podrá usted verlo.

—Vamos á ver si tiene usted tanta fuerza como estos arbolillos,



SUPONGO QUE ES USTED FUERTE, CORONEL

añadió. Nos proponemos atarle á usted un pie á cada soga, y cuando esté usted bien sujeto, por supuesto cabeza abajo, soltaremos los árboles. Si tiene usted más fuerza que ellos... pues nada sucederá, es claro; pero si los árboles son más fuertes que usted... entonces dejará usted un recuerdo suyo en cada lado de este claro.

Se echó á reir y todos los bandoleros le imitaron, dando palmadas para aplaudir el ingenio del inventor de aquel suplicio.

He oído decir muchas veces, y yo mismo lo he notado, que en el momento en que vemos acercarse una muerte tan prematura como inesperada es cuando más vivimos, por decirlo así. Todos nuestros sentidos están más despiertos que nunca; así que yo olía, veía y oía como jamás olí, vi ni oí, á no ser en circunstancias análogas. Por esta razón no es de extrañar que mucho antes que los bandoleros lo notasen, y de que el jefe comenzase á hablar, oyera yo á lo lejos un zumbido que á cada momento era menos confuso y se acercaba más y más.

Cuando el jefe concluyó de dictar mi sentencia, y cuando los bandoleros me soltaban las ligaduras para conducirme al patíbulo como si dijéramos, el zumbido se convirtió en ruido de herraduras, en chis-chas de bridas y en rechinar de sables contra el estribo. ¿Sería posible que yo confundiese todo aquel estrépito de tropas de caballería en marcha con ningún otro?

—¡Auxilio, socorro, compañeros! grité.

Y por más que, dándome golpes en la boca, procuraban los bandoleros hacerme callar, arrastrándome hacia los árboles, continué gritando con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Auxilio, camaradas, ayudadme, que matan á vuestro coronel!

El dolor de las heridas que venía sufriendo y los hondos disgustos habían producido en mi imaginación una especie de delirio, el cual me hizo ver á la entrada del claro á mis quinientos húsares, con clarines y todo; pero lo que vi de veras era muy distinto de lo que me había imaginado.

Por el camino que conducía al valle apareció de pronto un joven, jinete en magnífico caballo. Avanzó á galope tendido, y pude ver que su porte y su aire eran tan elegantes como distinguidos.

Era alto, esbelto y de un conjunto sumamente agradable y simpático. Vestía chaqueta roja, de uniforme, la cual, á consecuencia de hallarse expuesta constantemente á los rayos del sol, había perdido el color. Su tahalí era de encajes, y el casco de metal muy reluciente, con una elegante pluma en la cimera. Seguíanle cuatro militares, todos con el mismo uniforme, á excepción de los encajes y de la pluma blanca; los cuatro limpios de cara y tan frescachones y robustos, que más bien parecían frailes que dragones.

Obedeciendo una orden bien dada por su jefe se detuvieron todos con ruidoso estrépito de armas, adelantándose el joven para hablar con el capitán de la cuadrilla. En seguida comprendí que los recién llegados eran ingleses, y me bastó una ojeada para convencerme de que eran buenos militares.

—¿Qué pasa aquí? preguntó el joven, hablando un francés muy imperfecto. ¿Quién pedía auxilio y qué se proponían ustedes hacer con él?

En aquel momento bendecí los meses en que Obriante, el descendiente de los reyes de Irlanda, estuvo enseñándome el inglés. Los



¿QUIÉN PEDÍA AUXILIO?

bandoleros acababan de soltarme los pies, y sólo necesité un buen estirón para aflojar las ligaduras de las manos. En seguida salté de un brinco al otro lado; recogí el sable, que estaba en el suelo, monté el caballo del pobre Vidal, de un tajo rompí la correa que le tenía sujeto y fui á colocarme al lado del oficial inglés, antes casi de que nadie se diera cuenta de lo que hacía.

—Me entrego á usted, caballero, le dije en un inglés que no era ciertamente mucho mejor que el francés que él conocía. He tenido la

desgracia de caer en manos de estos *caballeros*, quienes pensaban imponerme un suplicio terrible.

Tan satisfecho, tan alborozado me sentía yo al verme de nuevo montado y con el sable en la mano, que lo blandí en el aire dando vivas de alegría.

El jefe de la cuadrilla avanzó, siempre con su irónica sonrisa en los labios, y dirigiéndose al oficial inglés, le dijo:

—Su excelencia observará que este militar francés es mi prisionero.

—Aunque lo sea, replicó el inglés, esa no es manera de castigar á nadie. Si lord Wellington opinara como yo, tendríamos por aliados á los españoles, sí, á los bandidos no, por muy españoles que fuesen.

—¿Y mi prisionero? agregó el bandido.

—Vendrá con nosotros al campamento inglés.

—Una palabra antes que se vaya, continuó diciendo.

Y acercándose al oficial, sacando el brazo por encima de su hombro, con la rapidez del rayo me disparó su pistola en la cara. Afortunadamente no hizo el blanco que se proponía, pues únicamente consiguió agujerearme el morrión con el proyectil. Viendo que no me había acertado levantó nuevamente el arma con intención de disparar otra vez, cuando uno de los ingleses que ostentaba los galones de sargento sacó el sable y le dió un tajo tan tremendo que casi le dejó colgando la cabeza.

Al ver esto, todos los bandoleros se echaron sobre nosotros; pero unos cuantos tajos y mandobles bastaron para hacerles retroceder, y marchamos á galope tendido por el mismo camino que habían traído los ingleses. Como eran muchos más que nosotros, no nos determinamos á detenernos hasta que llegamos á un campo abierto, á bastante distancia de la madriguera de los bandidos.

A pesar de mis dos heridas y de lo fatigado que me encontraba, confieso que me sentía orgulloso al pensar que yo, Etienne Gerard, había dejado á los bandoleros tan buen recuerdo de mí. Con seguridad que habrían de meditarlo bien antes de volverse á meter con un húsar francés.

Tan entusiasmado estaba, que me permití dirigir un discursito á los ingleses diciéndoles quién era aquel á quien habían salvado. Quise hablar también de la gloria y de la satisfacción que experimenta un hombre valiente al salvar á otro; pero me interrumpió el oficial, diciendo así:

—Bien, sí; todo eso ya lo sabemos.

Y volviéndose al sargento, le preguntó:

—¿Hemos sufrido algún quebranto?

—El caballo de Jones ha recibido un balazo en una rodilla, con-
testó el sargento.

—Bien, que venga Jones con nosotros. El sargento Hallidey, acompañado de Harvey y de Smith, que marche siempre á la derecha hasta encontrar las avanzadas alemanas.

Con esto se adelantaron los tres, y el oficial y yo, seguidos á bastante distancia del soldado con el caballo herido, tomamos la dirección del campamento inglés.

Desde un principio simpatizamos mutuamente y pronto entablamos conversación. Díjome que era hijo de una de las más nobles familias de Inglaterra, que militaba por puro patriotismo y por amor al ejército, y que estando á las órdenes de lord Wellington, habíale mandado explorar por si los franceses avanzábamos por los montes.

Como he viajado siempre mucho y fui muy aficionado al conocimiento de los idiomas, puedo pronunciar perfectamente el nombre del joven aristócrata. Llamábase lord Sir George Russel Bart, siendo este último nombre honorífico, como el don en España. Yo comencé llamándole Bart, pues me pareció más sencillo y más breve.

Como teníamos casi la misma edad y las mismas ambiciones, además de pertenecer ambos á la caballería de nuestros respectivos ejércitos (dragones del 16 era su regimiento), llegamos pronto á intimar. Me hizo conocer el nombre de una joven á quien amaba, y que vivía en los jardines de Vauxhall, y yo le hablé de la pequeña Coralie de la Opera. Sacó del pecho una trencita de pelo y yo le enseñé un guante.

Después de esto casi llegamos á reñir disputando sobre si eran mejores los húsares ó los dragones. Estaba orgulloso de su regimiento, y deberíais haberle visto cómo torció el labio con desdén y echó mano al sable cuando le dije que ojalá mis húsares no llegaran á verse nunca frente á sus dragones.

Por último comenzó á hablarme de lo que los ingleses llaman *sport*, y me dejó pasmado cuando me dijo el dinero que había perdido en apuestas. A cualquier hora estaba dispuesto para apostar, y como por casualidad viese yo una estrella errante, quería apostar 25 francos por estrella á que él veía más estrellas que yo. Solamente desistió cuando le manifesté que mi portamonedas había quedado en manos de los bandoleros.

Proseguimos caminando toda la noche y charlando hasta el ama-

necer, cuando de repente vino á sorprendernos el eco de una terrible descarga de fusilería. El terreno por donde marchábamos era accidentado y pedregoso, y aunque no se veía nada, llegué á creer que se había entablado un combate general. Así se lo indiqué á Bart, el cual se echó á reír, y me manifestó que el eco procedía del campamento inglés, donde se acostumbraba á descargar las armas todas las mañanas á primera hora, á fin de asegurarse de que la pólvora se hallaba bien seca.

—Nos falta próximamente una milla, dijo, para encontrar á los centinelas británicos.

Al oír esto dirigí una mirada hacia atrás y vi que estábamos solos. En todo el pedregoso valle no veía un alma más que Bart y yo. Sin duda la herida del caballo de Jones era más grave de lo que se creyó en un principio y se habría quedado á la zaga. Entonces empecé á preguntarme si verdaderamente era muy necesario que recorriera yo la milla que nos faltaba para llegar al campamento inglés.

Amigos míos, debo explicaros bien este punto, pues no quisiera que creyerais que era un ingrato y me portaba mal con un hombre que me había salvado de las garras de los bandidos. Acordaos de que el primer deber de un oficial es cuidar de sus hombres, y de que la guerra es una partida que se juega con reglas fijas. Cuando se quebranta una de estas reglas, debe exigirse la multa inmediatamente. Si sé me hubiese exigido mi palabra, hubiera sido un infame en querer escaparme; pero no había nada de eso, ninguna palabra se me había exigido. Por ser demasiado confiado, y á consecuencia de haberse quedado atrás, por casualidad ó sin ella, el jinete con el caballo herido, nos veíamos solos Bart y yo en aquella especie de desierto.

Creo que si yo hubiese sido el salvador en lugar del salvado, hubiera tratado á Bart con la misma cortesía con que él me trató á mí; pero no por eso hubiera dejado de procurar que estuviese desarmado y de tener buen acompañamiento, por lo que pudiera ocurrir.

Deteniendo el caballo le expliqué todo esto, preguntándole si tenía inconveniente en que me separase de él y marchara por otro lado.

Lo meditó un poco, pronunciando varias veces las dos palabritas que en inglés equivalen á nuestro *Mon Dieu!* y luego me dijo:

—¿Conque piensa usted marcharse?

—Si no tiene usted inconveniente...

—No hay más inconveniente que uno... ¡Que le cortaría á usted la cabeza en el acto!

—Amigo Bart, dije, somos dos para jugar á eso.

—Bien, pues vamos á ver quién juega mejor, contestó, desenvainando el sable.

Yo también saqué el mío, aunque resuelto á no tocar á aquel admirable joven que había sido mi salvador.

—Considere usted, le dije, que soy su prisionero y que también yo



ME DIRIGIÓ UN SABLazo Á LA CABEZA

pudiera alegar que lo es usted mío. Aquí estamos solos, y aunque no dudo que tira usted bien, no creo que pueda resistir al mejor tirador de las seis brigadas de caballería ligera.

Por toda contestación me dirigió un sablazo á la cabeza.

Le rechacé, cortando por la mitad la blanca pluma de su casco. Volvió á atacarme, dirigiéndose al pecho; volví yo á rechazar la nueva acometida, y además le corté la otra mitad de la pluma.

—¡Al diablo con sus artificios! exclamó muy furioso cuando retiré mi caballo.

—Pero ¿por qué se empeña usted en herirme, si ve que yo no quiero reñir con usted?

—Bien, todo eso está muy bien, pero usted tiene que venir conmigo al campamento de las tropas inglesas.

—No veré jamás el campamento.

—Le apuesto nueve contra cuatro á que está usted allí antes de mucho tiempo, dijo, acercándose á mí blandiendo el sable.

¿Qué se proponía aquel joven? ¿Era que no podíamos decidir la cuestión de otra manera que batiéndonos?

De tal modo se iban poniendo las cosas, que para evitar que él me hiriera á mí me vería obligado á herirle á él. Su sable no distaba ni una pulgada de mi cuello, pero pude parar el golpe.

—Tengo algo que proponer, le dije. Vamos á echar á suertes para ver quién es el prisionero, si usted ó yo.

Entonces se echó á reir. Sin duda mi proposición lisonjeaba sus invencibles aficiones al *sport*.

—¡Vengan los dados! exclamó.

—No los tengo.

—Ni yo; pero tengo naipes.

—Bueno, pues que sea con naipes.

—Y ¿á qué jugamos?

—A lo que usted quiera.

—¿Al *carté*?

No pude menos de sonreirme al aceptar, pues no creo que en toda Francia hubiera podido hallar tres hombres que me ganaran jugando al *carté*. Así se lo manifesté al inglés mientras nos apeábamos, pero me contestó con cierto orgullo:

—En casa de Watier tengo fama de ser el mejor jugador de *carté* de toda Inglaterra; de modo que si gana usted la partida, bien merecida tendrá usted la libertad.

Atamos los caballos y fuimos á sentarnos uno á cada lado de una enorme piedra. Bart sacó del bolsillo de su chaqueta los naipes, y sólo con verle barajar comprendí que no era ningún novicio. Alzamos, y le tocó dar las cartas. ¡Vaya una puestecilla la que teníamos! Nada menos que la libertad de Etienne Gerard.

El inglés quería añadir á la puesta una moneda de oro por cada partida, pero no acepté, pues ¿qué valía el dinero comparado con la vida de un arrogante militar?

A mí me parecía que todos los que tenían motivos para interesarse en el resultado de la partida (mi madre, mis húsares, el sexto cuerpo de ejército, Ney, Massena y aun el mismo Emperador) formaban un círculo á nuestro alrededor en aquel desolado valle. ¡Cielos, qué golpe tan terrible para todos si la suerte se mostraba esquiva conmigo!

La primera partida la gané sin dificultad, más que por otra cosa porque me tocaron las mejores cartas. En la segunda estuve muy bien y saqué una baza por casualidad, pero Bart hizo más que yo.

¡Cáspita y qué excitados estábamos! El inglés se quitó el casco y yo el morrión.

—Mi caballo contra el suyo, exclamó.

—Aceptado.

—El sable.

—Aceptado.

—La silla, las bridas y los estribos.

—Aceptado, todo aceptado.

Me había infundido algo de su afición; tanto es así que, si hubieran sido míos, hubiera apostado mis húsares contra sus dragones.

Entonces comenzó el gran partido.

Jugó bien, muy bien; pero yo, ¡ah, amigos míos! estuve superior. De las cinco bazas que me faltaban hice tres seguidas. Bart se mordía de rabia el bigote, y yo por mi parte me parecía estar ya á la cabeza de mis pícaros húsares.

En la segunda descubrí el rey, pero perdí dos bazas; de manera que yo tenía cuatro y él dos.

Cuando vi las cartas que me tocaron en la tercera, no pude reprimir un gesto de alegría.

Si con esto no gano mi libertad, me dije, mereceré estar enceberrado toda mi vida. Dadme los naipes y os indicaré cómo jugamos. Estas eran mis cartas: sota y as de bastos; reina y sota de oros, y rey de copas. Tened en cuenta que los bastos eran triunfos. De modo que sólo había un punto entre mi libertad y mi cautiverio. Empezó Bart con el diez de bastos y lo tomé con el as de triunfo. Un punto ganado. Siguiendo el juego correcto, continué con triunfos para deshacerme de ellos y puse la sota. La tomó con la reina y quedamos iguales. Puso el ocho de bastos y no tuve más remedio que perder mi reina de oros. En seguida salió con el siete de bastos y se me erizó el pelo. Al final tiramos un rey cada uno. Bart había hecho dos puntos, y á pesar de tener peores cartas que yo me ganó aquella partida.

Indudablemente, en casa de Watier jugaban en el año 1810 un

ecarté muy superior. Lo digo yo, Etienne Gerard, uno de los mejores jugadores de Francia.

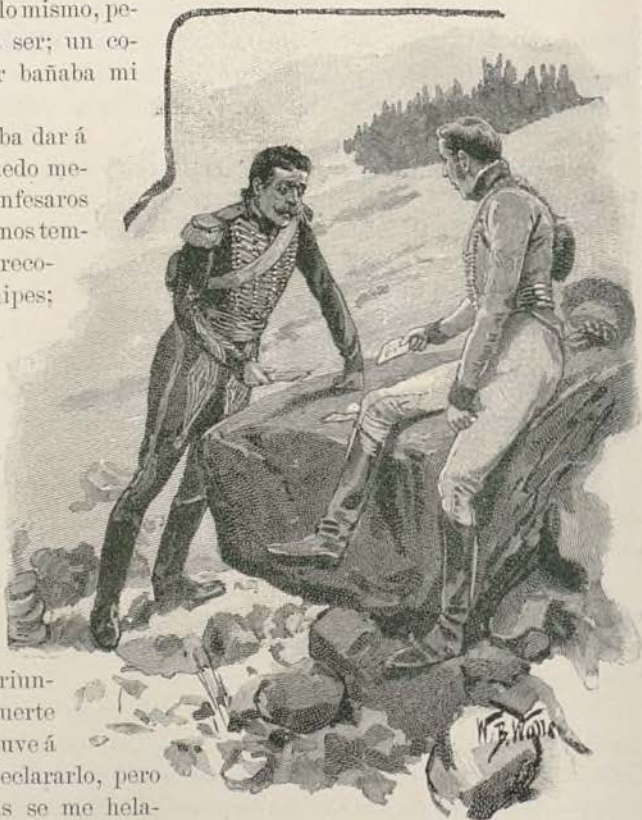
De aquella manera teníamos cuatro bazas cada uno; así, que una partida más y asunto concluido.

El inglés demostraba gran calma y mucha indiferencia, y yo procuré hacer lo mismo, pero no podía ser; un copioso sudor bañaba mi frente.

Le tocaba dar á él, y no puedo menos de confesaros que mis manos temblaban al recoger los naipes; pero en cuanto los levanté, ¡cuál no sería mi regocijo al hallarme con el rey de triunfo, el glorioso rey de triunfo! ¡Qué suerte la mía! Estuve á punto de declararlo, pero las palabras se me helaron en los labios al ver la cara que ponía el inglés.

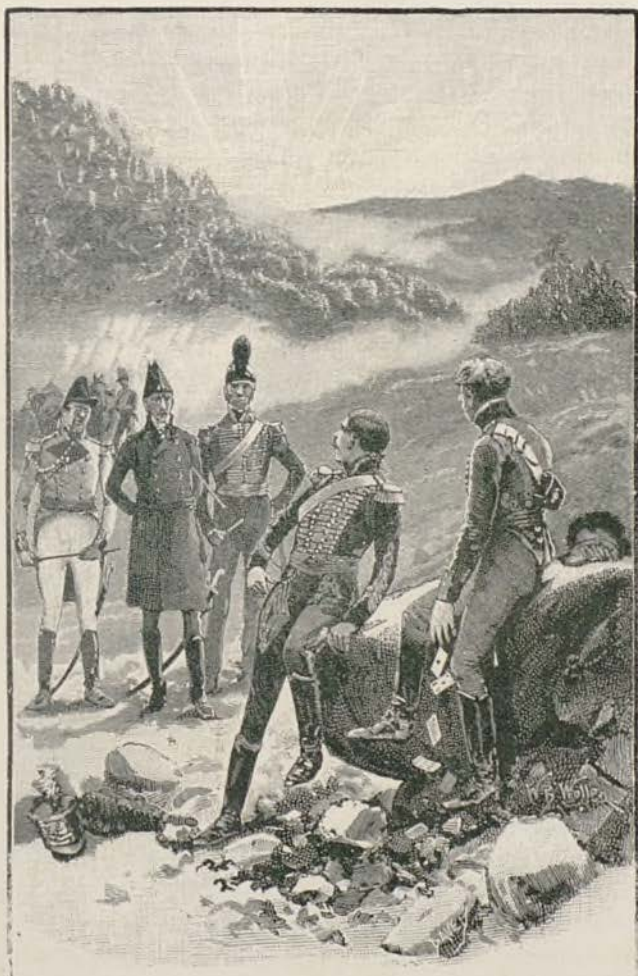
Tenía los naipes en la mano, y con ojos que parecían querer saltar de las órbitas miraba por encima de mi hombro con terrible expresión de sorpresa y horror. Di media vuelta y quedé casi tan pasmado como él.

Tres hombres estaban cerca de nosotros, á unos quince metros próximamente. El de en medio era de buena estatura, pero no demasiado alto; seríamos casi de una misma estatura. Vestía uniforme



AL FINAL TIRAMOS UN REY CADA UNO

oscuro y sombrero de tres picos, con una pluma blanca á un lado, pero me fijé poco en el traje. Lo que me llamó más la atención fué su cara. Sus casi escuálidas mejillas, su puntiaguda nariz, sus azules ojos,



LOS NAIPES SE LE CAYERON DE LA MANO

de mirada dominante, y sus delgados labios, me hicieron comprender que aquel era un hombre maravilloso, único entre un millón. Frunciendo las cejas dirigía tan terrible mirada al pobre Bart, que los naipes se le cayeron de la mano.

De los otros dos, el uno era moreno, con cara arrugada y dura, como si fuera de roble. Vestía chaqueta roja.

El otro era alto, bien formado y con patillas rubias. Vestía chaqueta azul con galones dorados.

Un poco más atrás tres asistentes sujetaban otros tantos caballos, y más atrás todavía veíase una escolta de lanceros.

—¡Hola, Cranford! exclamó el del sombrero de tres picos. ¿Qué demontres es esto?

—¿No oye usted? gritó el de la chaqueta roja. Lord Wellington quiere saber qué hace usted ahí.

El pobre Bart refirió lo que había sucedido, pero su relato no causó en nadie la menor impresión.

—¡Vaya una escena bonita! general Cranford, exclamó lord Wellington. Es necesario mantener la disciplina de este regimiento; caballero, ¡vaya usted preso al cuartel general!

Bart montó en su caballo y cabizbajo se retiraba de allí; pero yo me impresioné tanto al verle, que resolví pedir su perdón. Al efecto supliqué al general inglés que le perdonara, diciendo que yo podía atestiguar que se había portado bien.

¡Oh, amigos míos! Mi elocuencia hubiera conmovido al corazón más duro. Las lágrimas brotaron de mis ojos, pero no de los suyos. No se conmovió ni lo más mínimo, y lo que únicamente hizo fué preguntarme con cierta ironía:

—¿Cuánto peso ponen ustedes á las mulas en el ejército francés?

—Doscientos kilos, respondí.

—Pues hacen ustedes mal, repuso lord Wellington, añadiendo en seguida: Conducid al prisionero á retaguardia.

Me rodearon los lanceros.

Yo me puse furioso al considerar que el triunfo había estado en mis manos y que en aquel momento debía ser hombre libre.

Levanté los naipes á la vista del general, y le dije:

—Mirad, mi general. Jugué para alcanzar mi libertad y la alcancé, puesto que, como veis, tengo al rey en la mano.

—Al contrario, señor coronel, replicó sonriéndose. Soy yo el que ha ganado, puesto que queda usted en manos de mi rey.

N. Conán Doyle.



El Kaid burlado



SIEMPRE me ha gustado el trato con los marinos, en los que he visto fortaleza, valor y nobleza; excelentes cualidades que ellos pulen en sus travesías por los mares, con sus lejanos puntos de desembarco en tierras muchas veces ingratas; pero nunca he saboreado mejor el placer de la amistad con la gente de mar que aquel año que veraneé en Mundaca, en aquel puñado de casas situadas cerca de Bermeo, en la costa Cantábrica, siempre hermosa, casi en el golfo de Gascuña, siempre digno de respeto.

Después de la siesta, en las horas en que el sol se hacía molesto, aun fuera del alcance de sus rayos, dirigía mis pasos hacia el mar, para contemplar los rizos de espuma que las fuertes olas levantaban al quebrarse contra las rocas, molestado apenas por las miradas de hombres extraños; pero pocos días después de mi llegada encontré en mis solitarias excursiones á un viejo simpático, con su boina en la cabeza, su traje holgado, su andar lento, el pelo enteramente blanco, con señales, en todo su aire y aspecto, de un hombre que ha vivido mucho y que espera la hora de la muerte con calma, con la tranquilidad del que ha cumplido siempre con su deber y ha terminado su misión en la tierra.

Siempre que me encontraba con él me saludaba cortésmente y llegamos á ser amigos.

Era un viejo capitán de la marina mercante, nacido en aquel pueblo, donde vivía con una hija viuda y dos nietos.

Su mujer había muerto; tenía dos hijos navegando en brillantes puestos; desde niño había vivido en el mar, y hacía algunos años que,

sintiendo que comenzaban á faltarle las fuerzas para el rudo trabajo de capitán, vegetaba en Mundaca entre sus parientes y amigos. Pero gustando de la amistad con gente joven, la hizo muy sincera conmigo y me refería sus viajes, que yo escuchaba con deleite.

Un día discutíamos amistosamente acerca de la diferencia de energías entre los jóvenes fin de siglo y la juventud de su tiempo. Aquellos, hombres sanos, con ideas grandes y nobles en su mente, supieron hacernos adelantar en el camino del progreso; mientras que los de hoy, acostumbrados á la molicie, sólo aspiran, salvo raras y honrosas excepciones, á conseguir por influencias un empleo oficial donde ganar un modesto sueldo con que tapar el hambre, pasando sus mejores años en esos panteones de la juventud llamados oficinas, en lugar de lanzarse al mundo para vivirlo y adquirir con sus esfuerzos una holgada y digna posición.

Discutíamos sobre esto, y me decía con entusiasmos del espíritu á los que no respondía el cuerpo:

—Joven, á su edad debe usted huir de hacerse lo que se llama un señorito. Procure usted ser fuerte en todo, y así, cuando algún día necesite el bastón para apoyarse en él, como yo lo hago ahora, se apoyará usted contento. Y no tema usted que de este modo llegará antes la muerte, no; antes se muere en la atmósfera del vicio de los cafés que luchando en el mundo contra los rigores de la vida. Yo, en esta lucha, he creído morir muchas veces, y algunas, como esta que ahora le voy á contar, estuve casi á las puertas de la tumba, pero la Providencia ayuda á los valientes.

Después de hablar así, y haciéndome sentar en una roca, encendió su pipa y me contó lo que sigue:

—Mandaba yo entonces el *Vasconia*, un bonito brikbarca, más seguro que la tierra que estamos pisando, y hacíamos la carrera desde Dakar á Pasajes, con escalas en Marruecos y en España. Llevábamos telas, herramientas, fusiles y aguardientes, y á la vuelta traíamos ganado, arroz, huevos, dátiles y otros productos. Entre todos los puntos donde anclábamos ninguno llamaba más mi atención que Mogador, donde rara vez bajaba yo á tierra por prudencia, pues conociendo á aquellos moros de kabila, sabía que cuando cogían á algún capitán de barco (y procuraban cogerlo) hacían pagar caro su rescate.

Una mañana estaba yo sentado en un banco, debajo del puente, vigilando la carga de seras de dátiles que entraban en el buque. Nos ayudaban algunos sucios árabes á colocarlos sobre cubierta lo mejor posible, cuando observé que uno de los cargadores me miraba con

insistencia y demostrando deseos de hablarme. Como entre ellos la curiosidad es mal apreciada en un europeo, y el ser indiferentes nos hace aparecer á sus ojos mucho más superiores, seguí observándole, aunque aparentemente engolfado en el examen de un puñado de cuentas que tenía en la mano.

El hombre se decidió por fin, y acercándose á mí me hizo una profunda reverencia. Le miré fijamente, y le dije en un árabe bastante incorrecto:

—¿Qué hay?

No pareció comprenderme, pero procuraba que no le viesen sus compañeros, y cuando creyó haberlo conseguido, volviéndoles la espalda, sacó de su amplio jaique, no sé de qué manera, un papel plegado, y con el mayor disimulo lo echó sobre mis rodillas.

—Si eres algún prestidigitador desocupado á mal sitio vienes, pensé yo; pero al ver que se retiraba sin volver la cabeza desplegué el papel y me encontré con unos cuantos trazos de lápiz, en los que pude adivinar la letra de mi piloto Gutiérrez.

El papel decía así:

«Querido capitán: Me he metido en un lío, del que no sé cómo podré salir. Si me salva usted, no lo olvidaré nunca. He bajado á tierra y en una callejuela, á la izquierda de la mezquita, me han tapado la cara con un trapo y me han metido en un calabozo, no sé dónde. El portador podrá, quizá, decirle dónde estoy y quién me ha quitado el reloj y mi caja de pinturas. Todo ha sido por una chiquilla muy bonita á quien retraté. ¡Ya ve usted!...»

Aquí terminaba la carta. Figúrese usted cómo me quedaría yo, que entonces tenía muy mal genio, al enterarme del lío en que me metía mi piloto.

Me mordía de rabia los labios, mientras maldecía á los hombres que tienen aficiones artísticas.

El buen Gutiérrez no era tonto ni borracho, y allí no podía encontrar muchachas con quienes divertirse. Solamente su pícara afición á dibujar y pintar todo lo bonito, todo lo bello, le había hecho cometer aquella imprudencia, que tan cara podía costarnos.

Pensaba castigarle, poniéndole una mala nota que retrasara su ascenso á capitán; me proponía desquitarme de algún modo de aquel disgusto que me estaba causando; pero como el perder tiempo podía sernos muy doloroso, me fui á mi camarote, me puse mi mejor traje de dril y me acicalé como el petimetre más almidonado que va á ver á la novia.

Llamé al contramaestre, y le dije así:

—Voy á tierra y le dejo á usted encargado del barco. Despida usted á esos mozos y no permita que vengan á bordo más de dos á la vez. Cierre usted todo con llave por abajo y diga al mayordomo que haga lo mismo en las cámaras.

Al salir del barco le pregunté al segundo:

—¿Sabe usted qué es de Gutiérrez?

—No, señor, me contestó.

—Se ha metido en un lío muy gordo por querer retratar á una mora y voy á ver al Kaid.

Un tripulante que nos oía, exclamó sonriendo sin poderse contener:

—¿Por pintar ó por faldas?

Al oírle me enfadé todavía más, y aunque sin oportunidad para que se rompieran nuestras relaciones oficiales, me contenté con gritar:

—Cuando termine el arresto que pienso imponerle, él se lo contará á usted; ni la casa ni yo tenemos pilotos para que se diviertan de esa manera, comprometiéndonos á todos, en lugar de cumplir con su deber. Ya le haré yo pagar las consecuencias. Estaré de vuelta para la hora del café.

De muy mal humor salté á un bote, y pocos minutos después, no habiendo todavía sitio donde atracar por estar baja la marea, bajé á tierra en hombros de un morazo.

En el trayecto tuve tiempo para pensar en muchas cosas, y hasta se me ocurrió que podía suceder que no volviese al barco, el cual hacía escala en Mogador por indicación mía. Pero... ¿quién dijo miedo?

Entré en Mogador y pregunté por un moro influyente y de prestigio con quien aquella mañana había tenido ocasión de tratar para el ajuste de un cargamento, y no sin sorpresa supe que se hallaba en casa de uno de los principales jefes de tribu.

Me dirigí allá y me hicieron pasar á una sala, donde sobre una tarima, cubierta con tapices, estaba mi buen moro sentado á la mahometana y fumando una gran pipa, de esas que descansan en el suelo. Al verme se retiraron algunas mujeres que le rodeaban, ricamente vestidas y con velos hasta los ojos. Me recibió haciendo muchas zalemas, con cierta seriedad y demostrándome mucho respeto, y una vez sentado como él, me instó á que le imitara fumando otra pipa que me trajo un negro (algún esclavo sin duda), juntamente con un café delicioso y unos dulces de dudoso aspecto.

Poco era el árabe que yo sabía, pero sí el suficiente para hacerme comprender, y conociendo las costumbres marroquíes comencé hablándole de todo menos del asunto que me había llevado á verle. Hablamos de comercio y nos hicimos muchos cumplidos, algunos en francés y en español, pues conocía algunas frases de estas lenguas, y cuando no podíamos entendernos bien nos valíamos de la mímica, de las manos y de los ojos.

Cuando ya llevábamos una hora de plática, durante la cual el negro había renovado el café y los dulces, le dije, como por incidencia, que un oficial de mi barco se había enredado algo en el pueblo.

—Poca cosa, añadí, y quisiera que me indicaseis dónde está, en lugar de ir á ver al Kaid. Quiero evitar dilaciones, y además necesito que el oficial se halle esta noche á bordo.

A lo cual replicó con mucha calma:

—El Kaid estarlo yo, y de su hombre saber mucho.

Procuré ocultar mi sorpresa, y sabiendo que la maquinaria de la ley marcha bien por allá *untándola* con aceite de palma, ó sea con buenas monedas, y que un Kaid lo puede todo, me llevé la mano al bolsillo y le miré como interrogándole.

Entonces movió la cabeza en señal de asentimiento; cogió las monedas que yo le ofrecía, mirándolas y sonándolas con mucho detenimiento (llegó hasta á morderlas), y acabó por elegir tres de cinco duros que entre ellas había. Sin decir una palabra las metió en un bolsillo secreto de su blanco jaique y continuó fumando tranquilamente.

Al ver su cachaza se me subió la sangre á la cabeza y le dije:

—Oye, Kaid del demonio, si te dejo coger esas monedas es para que á mi piloto le vea yo cuanto antes. No tengo ganas de perder el tiempo; conque habla pronto, pues de lo contrario puede costarte caro.

—Yo saber mucho, contestó sin inmutarse, pero no poder...

Y siguió fumando imperturbablemente.

Entonces no pude ya contenerme y comencé á gritar:

—Mira, morazo sin decoro, yo he cumplido la ley mora como hombre honrado, para que tú lo cumplas también y me devuelvas mi piloto. Si no lo haces, dentro de unas horas destruiré á cañonazos este puñado de casucas.

Se levantó, haciéndome una reverencia con los brazos cruzados, y pretendió salir como si fuera á buscar al preso; pero yo, que sabía muy bien cómo suelen gastarlas los moros, le detuve diciendo:

—No, llama á algún subordinado tuyo y dale tus órdenes.

Y le cogí del brazo con tal fuerza, que al dar un violento paso hacia atrás se le cayó una bolsa, de la que salieron rodando buen número de hermosas perlas.

Entonces el Kaid, haciendo rechinar los dientes, pretendió herirme con un puñal que sacó como por encanto; pero yo le paré el golpe, ó más bien se contuvo al ver que con mi revólver, que tenía preparado, le apuntaba al pecho.

Luego, con mucha calma, le dije así:

—No soy ningún ladrón ni yo tengo la culpa de que tus tesoros rueden por el suelo. Recoge tú mismo las perlas y guarda el puñal, si quieres que yo guarde el revólver, y seamos buenos amigos. No pierdas el tiempo en cosa tan sencilla como ésta; avisa para que el piloto recobre la libertad, y volveré al barco tranquilamente.

Dió tres palmadas y se presentó un negro, al cual comunicó una orden en algún dialecto marroquí, pues no pude comprender ni una palabra. Se la hice traducir, y aunque aparenté conformarme, la vehemencia con que se había expresado me hizo entrar en sospechas. Sin embargo, nos pusimos nuevamente á fumar, pues me pareció, después de todo, que en la actitud del Kaid se había realizado un cambio, hijo más que de otra cosa de ese temor con que los pueblos inferiores suelen mirar á los de raza superior.

Una hora permanecemos así en silencio, sólo interrumpido por los pasos de una esclava, que de cuando en cuando entraba para llenar nuestras pipas y poner esencias en los pebeteros del salón.

Por fin regresó el negro á quien había comunicado la orden y le dirigió algunas palabras. Al oírlas el Kaid, se levantó exclamando:

—Su hombre estar en el salón, en el lado otro; va á estar juzgado; podemos ir.

Creyéndole de buena fe, le di la mano y le dije:

—Espero que será absuelto, aunque no tengo gran confianza en vuestros jueces. De todos modos, celebro esta solución, pues de lo contrario, y aunque trajeras aquí todas tus tropas, y el piloto y yo lo pásaríamos mal, pronto asistirías á tu propio entierro.

Me escuchó sonriente primero y luego sumiso, y me invitó á salir con él por una galería. Cruzamos dos suntuosas habitaciones y otra galería de hermosas columnas con filigranas de arquitectura, donde los oídos se deleitaban con el susurro de una artística fuente, cuyas aguas rompían en cristales de mil colores. De pronto el moro detuvo su paso arrastrando sus bordadas sandalias y se volvió despacio hacia

mí. ¡Cuál sería mi sorpresa al sentir que el pavimento se hundía y que, recibiendo un golpe fuertísimo en la cabeza, iba cayendo en una profundidad como de seis metros, cuya abertura se cerraba detrás de mí, dejándome en la oscuridad más completa!

Afortunadamente no recibí daño de importancia, aunque sí sentía fuertes dolores en todo el cuerpo.

Palpé el suelo donde estaba y noté que era de losas de piedra y que en parte estaba cubierto de paja larga. Busqué en mis bolsillos cerillas, y por casualidad encontré una caja, la cual, desgraciadamente, apenas contenía media docena.

Encendí una, y á su débil luz pude ver que estaba metido en una especie de ratonera. No tenía puerta por ningún lado ni ventana por ninguna parte. Revestida de ladrillo, iba estrechándose hacia arriba, donde terminaba en una trampa perfectamente disimulada, que fué por donde caí.

Mi desesperación era horrible. Si en aquel momento hubiera asomado por allí, le hubiese recibido á tiros de revólver. Este era el que me infundía algún aliento con sus cinco cápsulas, además de las doce que llevaba en el bolsillo, dispuesto á emplearlas bien.

Me tumbé un poco sobre la paja, procurando calmarme para pensar lo que debía hacer, pero no me dejaban descansar los dolores que sentía en casi todo el cuerpo.

Luego comencé á examinar mi prisión apresuradamente, á fin de economizar las cerillas, y al arrojar una de éstas encendida al suelo vi con sorpresa que la apagaba algo así como una corriente de aire. ¿Iría á ayudarme la casualidad? Encendí otra, la penúltima, sobre el mismo sitio y al instante se me apagó, pero pude orientarme. Me arrojé al suelo á flor de tierra, palpé con las manos y sentí que las refrescaba un ligero vientecillo. Sin duda alguna había comunicación con el exterior. Saqué una navajita, que afortunadamente llevaba en el bolsillo, y comencé á destruir el tabique, pero al poco tiempo se me rompió la improvisada herramienta.

Maldiciendo estaba de mi suerte, cuando no lejos de mí oigo pronunciar mi nombre con voz muy débil.

—¿Quién anda ahí? pregunté.

Y á través de la pared del lado opuesto siento la voz del buen Gutiérrez, que me decía:

—¿Pero es usted, mi capitán? ¿También le han traído á usted aquí? Supongo que usted no habrá retratado á ninguna chiquilla.

Al oír esto no pude menos de decirle:

—¡Sin vergüenza! Hable usted con más respeto á su capitán. Cuando salgamos de aquí le tendré una semana encerrado en la bodega del barco para que se acuerde del lío en que me ha metido.

El tal Gutiérrez, que era un andaluz muy capaz de estar de broma en su propio entierro, me contestó muy tranquilamente:

—No se incomode usted, mi capitán, dispénsese y oiga: Uno de esos tíos hambrientos que andan por ahí á ver si cae algo se acercó á la boca de mi celda ofreciéndose á llevar al barco la noticia de mi encierro si le daba lo que tuviera en los bolsillos y el reloj con la cadena. Me echó una cuerda y le di un papel escrito, que no pude terminar porque temía que me sorprendiesen; pero yo no esperaba que viniese usted á hacerme compañía.

No pude menos de reirme para mis adentros, y humanizándome un poco le conté cómo había llegado hasta allí. A lo cual me contestó:

—Pues señor capitán, me parece que, á pesar de que el pintar una hembra de esta tierra es cosa prohibida por la ley de Mahoma, estamos aquí porque el Kaíd quiere quedarse con los rifles ingleses y los remingtons que traemos á bordo.

—¿Qué rifles?

—Los que vienen en las cajas que dicen «Maquinaria» y que debemos entregar, hoy ó mañana lo más tarde, al falucho que, según declaración, vendrá á recogerlos. Aunque usted no lo sepa, esas cajas que vienen de Londres son, por lo que he oído, armas para una kabila vecina del Kaíd, la de Rad el Moussa, con las que éste quiere hacerle la guerra para apoderarse de sus hermosas mujeres y de sus joyas y caballos. El Kaíd que nos ha enchiquerado es un pilló de marca mayor, á quien odian todas las kabilas de estos contornos, porque les roba todo cuanto puede. Su audacia llega hasta á asaltar las carabanas que pasan por aquí con regalos para el Emperador, de los cuales las despoja cuando cree que merecen la pena. Conque ya ve usted en qué manos hemos caído. Me parece que ya podemos entonar el *¡De profundis!*

—¡Mil rayos! repuse fuera ya de mí. Si son rifles, yo no lo sé ni me importa. Yo entrego las mercancías á las personas para quienes me las han dado. Aunque fuesen bombas, ese es mi deber. Por lo tanto, si el Kaíd las quiere, ya puede esperar; pero saldremos de aquí, ¡voto á cien mil de á caballo! y usted, mal piloto, sufrirá las consecuencias de estos malos ratos por venir á tierra sin mi permiso.

En seguida, sin escucharle más, seguí destruyendo la pared por el sitio de antes, casi al ras del suelo, ya á puntapiés, ya con las manos,

hasta quedar éstas destrozadas; en esto que se abre el techo-puerta de mi encierro, y oigo con asombro á un hombre que en buen español me decía:

—Oye, capitán: mi señor el Kaid dice que si das orden para que nos entreguen en tu barco las armas que llevas, saldréis de aquí en cuanto lleguen.

La impresión que recibí al oír hablar á un español fué muy grande, pero no impidió que le contestase diciendo:

—Renegado, ¿quién eres tú para hacerme esa indicación?

—Soy cubano, naufragué cerca de aquí y me prendieron los moros; pero vieron que les podía ser útil, y soy ahora su secretario. Tengo caballo, una gran casa y cuantas mujeres quiero; ayer compré una nueva. Estoy aquí mejor que en nuestra tierra, conque no pretendas comprarme. Si nos entregas los rifles, saldréis de aquí; si no no los entregas, vais á morir achicharrados.

—¡Infame! exclamé lleno de ira. Di á tu amo que los rifles que llevo servirán, dentro de unos días, para que os destrocen á balazos; pero que antes, con el cañón que llevo á bordo, procuraré reducir á polvo vuestras casas.

Entonces aquel canalla se echó á reír estrepitosamente, y viendo que sería inútil toda pretensión de entrar en tratos conmigo cerró la trampa.

Momentos después sentí que con una gruesa tela quedaban tapadas todas las rendijas, y al poco rato me pareció notar que por las junturas de los ladrillos de una de las paredes penetraba en mi calabozo un humo acre y nauseabundo.

Al mismo tiempo oí á Gutiérrez que me decía:

—Mi capitán, ¿por qué no ha aceptado usted? Están quemando estiércol de camello y nos van á matar por asfixia. Yo, por mi parte, lo confieso, no quisiera morir ahumado como el jamón; hubiera preferido otro género de muerte.

—¡Vaya usted noramala! le contesté, y proseguí mi interrumpida tarea de destrucción, hasta que por fin conseguí abrir un agujero suficiente para que pasara mi cuerpo, aunque con mucha dificultad, y logré salir de aquella cárcel maldita, donde comenzaba á perder la razón, cubierto de sudor, tosiendo y casi asfixiado por el humo, y aunque no sabía si en el sitio á donde iría á parar tropezaría con alguien que de una vez concluyera conmigo, escapé de allí lo más de prisa posible.

El sitio á donde llegué era un lugar oscuro, enlosado como el que

acababa de dejar, y de cuyo techo, según pude ver alumbrándome con mi última cerilla, pendía una escala de cuerda, dejada allí sin duda por olvido. Subí por ella, levanté con toda precaución la trampa y me encontré solo en la alegre galería de antes.

Allí llamó mi atención una gruesa alfombra, que era indudablemente la que cubría nuestras celdas; la retiré y pude luego levantar las otras dos trampas, la de mi celda y la de Gutiérrez.

Llamé á éste repetidas veces, pero no me respondía.

Con el disgusto y el humo que salía por aquellas dos bocas de nuestras prisiones comenzaba á perder la cabeza, cuando llegó hasta mí un débil lamento. ¡Era Gutiérrez! Le arrojé la escala que á mí me había salvado y acertó á cogerla. Al poco rato estábamos los dos respirando aire puro.

Ibamos ya á escapar, cuando por una puerta, oculta por un tapiz, salió un hombre vestido con rico traje de moro, quien lleno de asombro nos dijo:

—¡Ah perros!

Era el cubano, á quien, en menos tiempo del que empleo para contarle, y ayudado por Gutiérrez, le cogí por la cintura y le arrojé á la celda que el piloto acababa de abandonar. Retiramos la escala y echamos la trampa, cubriéndola con la alfombra, para hacer en seguida lo mismo con mi prisión.

—Ya no seremos nosotros los jamones, díjome Gutiérrez con su buen humor habitual. Y ahora vámonos al barco.

—No, le contesté seriamente, tengo que ver al Kaid; sígame usted. Y emprendimos el mismo camino que había recorrido antes.

El zorro Kaid se hallaba solo en el salón, medio tumbado, fumando su pipa con la mayor tranquilidad.

Al vernos abrió desmesuradamente los ojos y no acertaba á pronunciar ni una frase.

Le mandé que se levantara y me obedeció sumiso.

Me senté en su diván, y mientras Gutiérrez le vigilaba le hablé en estos términos:

—Astuto moro, ahora soy yo el juez y quiero hacer justicia. Has pretendido engañarme y quitarme la vida, sin saber que á un español y vascongado no se le hace traición impunemente. Tu delito merece un castigo muy duro, pero no quiero tu vida. Tienes tres monedas de oro y un saquito de perlas; pues bien, me quedaré con ellas. A ver, piloto, añadí dirigiéndome á Gutiérrez, ate usted los brazos á ese hombre.

Así lo hizo, mas no sin que el Kaid pretendiera herirnos; pero sa-

qué el revólver, le amenacé con levantarle la tapa de los sesos y se dejó desarmar.

Rompí su puñal en dos pedazos y Gutiérrez me entregó las monedas y las perlas.

Le tapamos la boca para que no gritase, le echamos en el diván con unos cuantos cojines encima, cerramos las dos puertas del salón y salimos con mucha calma.

Los negros armados que custodiaban la salida de la casa del Kaid nos saludaron como cuando entré. Llegamos á la plaza, y media hora después estábamos á bordo.

Una vez en mi *Vasconia*, entré en mi cámara seguido de Gutiérrez y le hablé así:

—Amigo Gutiérrez, estas perlas (las del Kaid) valdrán de 15 á 20.000 pesetas. Ahí tiene usted algunas, que bien valdrán mil duros. Tómelas usted, pues constituyen su parte, y no tenga escrúpulos, porque ya sabe usted que proceden, unas y otras, de la multa impuesta por mí al Kaid por su traición. ¿No cree usted que las hemos ganado?

—Sí, mi capitán, me contestó. Las hemos ganado, pero no las merezco. Muchas gracias, pues yo no puedo admitir perlas, pocas ni muchas, á cambio de malos ratos.

—Una cosa son las perlas y otra la disciplina, añadí. Y llamando al contramaestre le dije: Está usted encargado del barco por dos ó tres días. El Sr. Gutiérrez tiene que sufrir una semana de arresto en su camarote y yo estoy algo enfermo.

Gutiérrez siguió dándome las gracias á pesar de lo del arresto, y el contramaestre me dijo que el cargamento de mercancías estaba terminado y que las cajas de maquinaria habían sido ya recogidas por sus dueños. Y viendo que nada teníamos ya que hacer allí, mandé levar anclas.

Al anochecer, el brikbarca, empujado por el viento que nos era favorable, salió de aquel mal puerto de Mogador. Fumando mi pipa en el puente y contemplando aquellas casas blancas con sus azoteas, decía yo para mí, pensando alegremente en la carga que llevábamos y en las perlas que tan duramente había ganado: El mes próximo mandaré un transatlántico y tendré algunos pesos más de sueldo para mantener á mis hijos.

Efectivamente, veinticinco días después mandaba yo un magnífico vapor, el *Begoña*, de 1.500 toneladas, que hacía la travesía de Bilbao á Méjico.

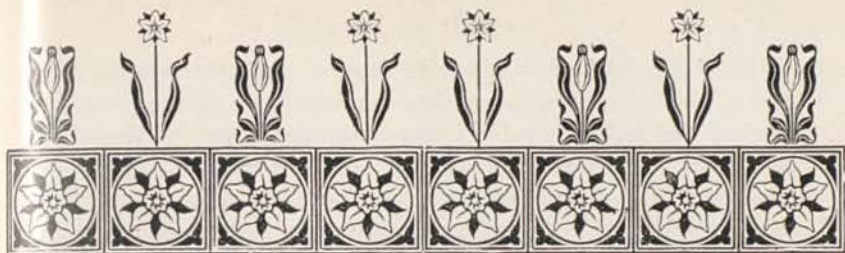
Así concluyó el capitán Múgica su narración, y como yo permaneciese callado, exclamó seguidamente:

—Vamos á ver, joven, ¿tiene la juventud de hoy energías para salir por sí sola de sus apuros?

Le contesté no recuerdo qué y proseguí defendiendo á mi generación lo mejor que pude, mientras tomábamos unos vasos de sidra en un caserío próximo.

Acompañé después al veterano marino hasta su casa y me despedí de él hasta el día siguiente; pero al quedarme solo, ya de noche, marchando despacio hasta mi vivienda, iba pensando que tenía razón en decir que la mayoría de los jóvenes de hoy prefieren una vida más tranquila á la que tuvo él, sin fijarse en que sea más ó menos provechosa.





El Hombre Eléctrico



UNCA se da por satisfecha la inventiva de los americanos. Constantemente están ideando algo sorprendente, algo fuera de lo común, fuera de lo ya conocido.

Uno de los últimos caprichos del ingenio de los mecánicos ha sido la construcción de un hombre gigante, obra realizada por Luis Felipe Perew, de Tonawanda, pequeña ciudad de la provincia de Nueva York, el cual, con todo el entusiasmo de un inventor americano, ha procurado *humanizar* su hombre, por decirlo así. No sólo tiene la forma exterior de un hombre, sino que en el interior lleva ocultas algunas maquinillas que le dotan de *facultades* casi iguales á las de un sér inteligente.

Nikola Tesla construyó recientemente una máquina llamada *Telaumatón*, que lo hacía todo menos pensar, pero Perew ha ido más lejos. La gran obra de Tesla no tenía forma humana. El frankenstino de Tonawanda ha fabricado un autómatas de madera, goma y metal, que habla, anda, corre, salta y mueve los ojos, imitando perfectamente casi todas las acciones de un individuo. Lo único que falta para poder decirle al autómatas: *Eres un hombre*, es la respiración.

Hace algunos años que Mr. Perew se dedicaba á idear nuevas y diversas reformas aplicables á su invento. Es hombre que conoce perfectamente las distintas ramas de la mecánica y tiene ideas tan originales como sorprendentes.

En el año 1891, el inventor del hombre autómatas construyó un modelito sumamente ingenioso. Era una figurita de madera, de dos y medio pies de altura, y estaba sujeta á un carrito, del que tiraba con asombrosa perfección. Fué entonces muy celebrado el ingenio de Mr. Perew, el cual, animado por el éxito que alcanzó con aquella figurita, concibió la idea de construir otra mucho más notable. Si podía



(De fotografía, por Oscar A. Simon Bros. Búfalo, N.-Y.)

EL AUTÓMATA Y SU INVENTOR

hombre máquina. Asegurábase que llevaría cargas enormes por los sitios más inaccesibles á los carruajes ordinarios, que escalaría alturas imposibles para el hombre, que dejaría atrás al andarín más suelto y de mayor resistencia, en fin, que haría cosas con las cuales no se atrevería ningún hombre de carne y hueso.

¡Quién sabe, seguía imaginando el inventor, si con el tiempo

funcionar un autómatas tan pequeño, no había motivo para que no lo hiciese uno de tamaño natural; antes por el contrario, debía hacerlo mejor.

Algunos capitalistas de Tonawanda, viendo un negocio en la fabricación de autómatas tan ingeniosos, quisieron asociarse con Mr. Perew y facilitarle dinero en abundancia, pero él no se decidió todavía.

Al principio se exageraba mucho en cuanto se decía respecto de los usos á que pudiera ser destinado el

podiera ser aplicado á la guerra, haciendo de él un aparato que llevase la muerte y la destrucción en su mecanismo! Impulsado por una corriente eléctrica, ¿por qué no había de servir aquel *individuo* para conducir cañones de tiro rápido? Cubierto de ropas impenetrables para las balas, resultaría un enemigo invencible y peligroso, y si se pudiera hacer que se moviese, el tiro, al llegar á ciertos sitios, podría ser dirigido desde el autómeta por un individuo que llevase oculto.

Pensando en todas estas cosas, Mr. Perew creyó ver un brillante porvenir para su autómeta. Interesó en el negocio al millonario Mr. Charles A. Thomas, de Cleveland, en la provincia de Ohio, y éste no tardó en constituir una verdadera sociedad, á la que se dió el nombre de *Sociedad de autómetas de los Estados Unidos*, cuyas principales oficinas están en Búfalo, Estado de Nueva York.

Dícese que el capital de la sociedad es muy considerable y que se fabricarán autómetas para surtir á diversas partes del mundo.

¿No será mayor el coste de un motor como éste que el de un automóvil común? ¿En qué será preferible al caballo? ¿Podrá andar por las calles de las grandes poblaciones? ¿No espantará á los caballos y los hará salir desbocados, constituyendo un peligro para los transeúntes? ¿No asustará á los niños y á las mujeres nerviosas?

Hasta que se hayan hecho ensayos prácticos no será posible contestar á estas preguntas.

Se ha llevado con mucho sigilo la fabricación, porque Mr. Perew no quería que se hablase de su autómeta hasta que estuviera casi concluido; creyó que el mundo llegaría á tenerle por loco. Pero ahora que el problema está ya resuelto á satisfacción del inventor, éste ha permitido que sea examinado.

Lo que más impresiona al ver el autómeta es su naturalidad. Si no fuera por lo exagerado de su altura, pues tiene 7 pies y 5 pulgadas, casi podía confundirse con un hombre vivo. Es verdad que su mirada carece de expresión, pero no se olvide que muchos ojos humanos tampoco la tienen. Viste el autómeta un traje completamente blanco, y en la americana lleva una condecoración (bien fantástica, por cierto), un bonito *boutonnière*. En la enorme cabeza lleva un gorro de gigantescas proporciones. Es de tela blanca, como el traje, y se dice que nunca se ha fabricado un gorro tan grande.

Los pies del autómeta miden trece y media pulgadas de largo, son de goma hueca y llevan enormes zapatos de charol hechos *ad hoc*.

Las manos están modeladas con perfección asombrosa, parecen propiamente naturales. La imitación de la piel es una maravilla. Su color

bronceado, como si constantemente estuvieran á la intemperie y acostunbradas á un trabajo duro, completa la ilusión, así como también otros detalles que se observan en los dedos.

Por lo general el autómeta lleva en las manos unos pequeños aros de metal unidos á dos cadenas, que á su vez están sujetas al carruaje colocado detrás y que viene á ser el apéndice del hombre eléctrico.

Visto por primera vez en actitud de descansar no parece tan natural, pues carece del reposo muscular del cuerpo humano; pero cuando



(De fotografía, por Oscar A. Simon Bros. Buffalo, N.-Y.)

EL AUTÓMETA TIRANDO DEL COCHE

por medio del mecanismo interior se le pone en movimiento, su semejanza con un hombre vivo es verdaderamente notable.

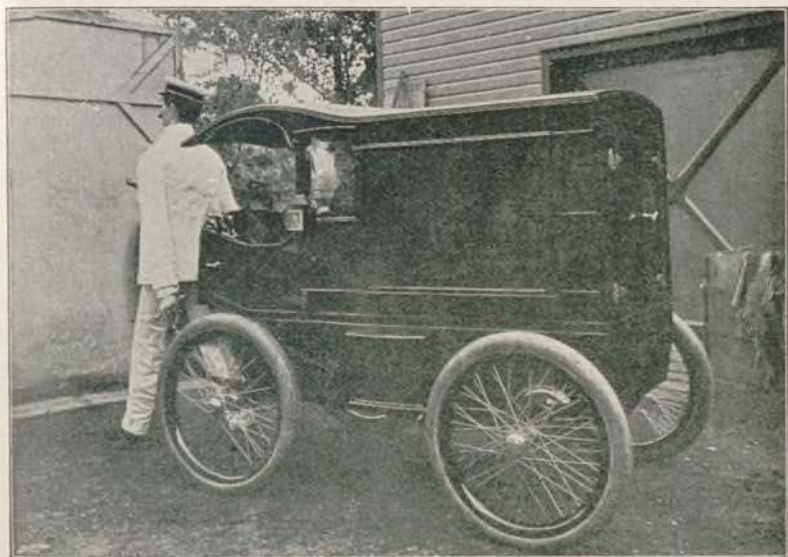
Los primeros ensayos se hicieron en un gran salón de Tonawanda, en el que la figura dió un paso algo indeciso adelantando el pie derecho y poniéndolo en el suelo con una especie de salto. Este movimiento fué acompañado de un ruido semejante al que produce un reloj al darle cuerda. Colocado el pie derecho hacia adelante, el autómeta pareció levantarse sobre la planta del pie; alzó el izquierdo, lo avanzó y lo puso en el suelo con más seguridad que el primero. En seguida comenzó á andar y marchó suavemente y con muy poco ruido. Las pisadas eran firmes, ligeras y elásticas. Impulsado por una batería eléctrica dió dos

veces la vuelta al espacioso salón sin detenerse. La marcha fué rápida, y al término del viaje las pisadas eran tan firmes como al principio.

El inventor asegura que el autómeta puede llevar por tiempo ilimitado el mismo paso que llevó en el salón de pruebas; pero en cuanto á este particular, digamos lo que dijo el hombre eléctrico:

—Voy á pie desde Nueva York hasta San Francisco.

La voz es firme, clara y concisa, y parece proceder de un gra-



(De fotografía, por Oscar A. Simon Bros. Buffalo, N.-Y.)

EL AUTÓMETA VISTO POR DETRÁS

fófono. Oculta en el seno lleva una máquina parlante el hombre eléctrico, al cual se le puede enseñar á decir lo que se quiera.

La Sociedad de autómetas de los Estados Unidos ha anunciado que el hombre eléctrico emprenderá pronto su primer viaje á través del continente, y que arrastrará un carruaje en cuyos asientos irán los señores Michaels y Dechinges.

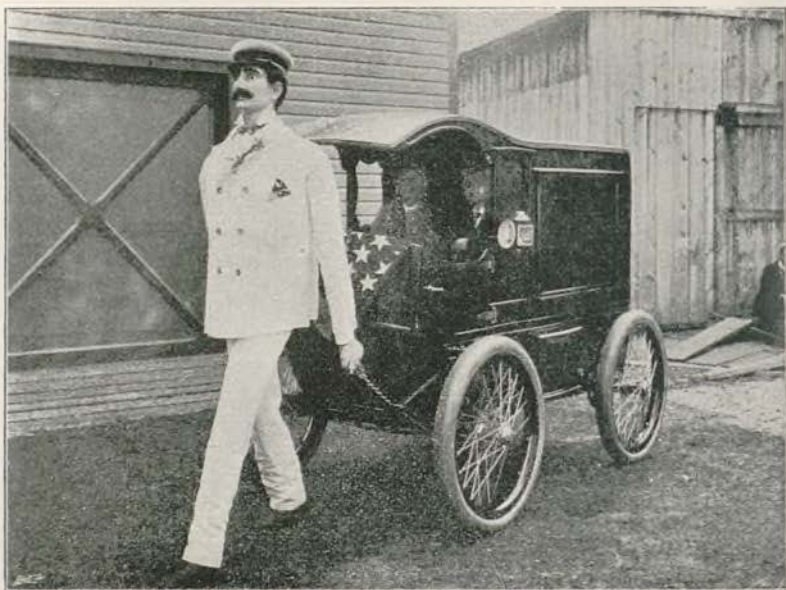
El inventor asegura que puede andar á razón de veinte millas por hora, ó sea cuatrocientas ochenta millas en un día, con tres paradas de una hora cada una.

El tren expreso entre Nueva York y San Francisco recorre el trayecto (3.250 millas) en ciento veinticuatro horas y treinta minutos. El hombre eléctrico tardaría en recorrerlo ciento sesenta y dos horas y

treinta minutos, ó sea treinta y ocho horas y treinta minutos más que el tren. No es mala marcha para hacerla *á patita*.

Cuando el autómatas hubo dado algunas vueltas en el salón de ensayos, el inventor le hizo ejecutar varias maravillas que fueron el asombro de los espectadores, á quienes les parecía imposible que el hombre eléctrico no fuese un hombre con vida.

Se colocó un trozo grande de madera en un punto por donde for-



(De fotografía, por Oscar A. Simon Bros. Buffalo, N.-Y.)

EL AUTÓMATA DE PASEO

zosamente tenía que pasar el autómatas, y cuando éste llegó al obstáculo bajó los ojos y lo miró como si pretendiera calcular la mejor manera de salvarlo. En seguida levantó el pie derecho y lo puso sobre el madero, hizo luego lo mismo con el otro pie y pasó al otro lado. Aquella escena parecía tener algo de sobrenatural que casi infundía espanto, que causaba miedo. Los espectadores sentían el impulso de huir ante aquellos ojos deslumbradores, cuyos movimientos dirige una maquinita colocada dentro de la cabeza.

Mr. Perew ha ocultado con grande interés el mecanismo interior de su hombre eléctrico; pero al exterior se ve que la piel, como si dijéramos, es de aluminio, metal elegido por su ligereza, y que un

fuerte armazón de acero sostiene al autómeta desde dentro. El interior contiene, sin duda, una poderosa batería eléctrica.

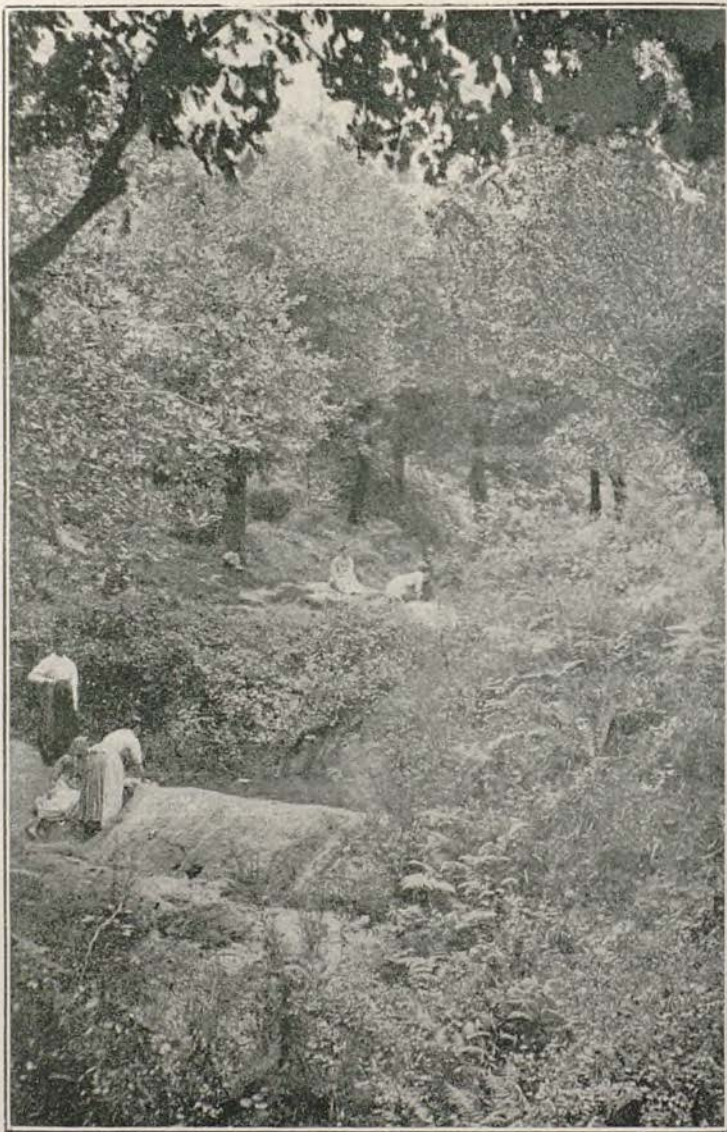
En la espalda, por la parte de la cintura, tiene el hombre de Perew un tubito de metal, de media pulgada próximamente de diámetro; tubito que está en combinación con la persona que dirige al autómeta desde el carruaje zaguero, y por el que pasa la corriente que impulsa y regula sus diversos movimientos. Las cadenas de que antes hemos hablado y este tubito constituyen las únicas combinaciones que existen entre el autómeta y el carruaje. Todo lo demás es obra del mecanismo interior.

Si el inventor de esta maravilla no fuese hombre práctico, poco caso se hubiera hecho de sus lucubraciones, pero no sucede así. Por eso ha encontrado hombres de negocios que, si han adelantado el capital, ha sido porque comprenden que han de sacarle un interés elevadísimo, después del reembolso.

Pronto se construirán nuevos hombres eléctricos del mismo tamaño y de la misma forma que el modelo, porque está plenamente demostrado que el triunfo de Mr. Perew ha sido grandísimo en cuanto á los detalles de su invento. Ahora lo que hace falta es probar la utilidad de éste.



LAS LAVANDERAS



FOTOGRAFÍA DE D. VÍCTOR FELIZAT
(Premiada en el Concurso de fotografía del Almanaque Bailly-Baillière).